Lorena López Míguez

DANDO EN LA DIANA

BBLOTK

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

©Lorena López Miguez, 2014

Primera edición: enero de 2014
Primera edición BBLoTK: julio de 2015
Depósito legal: M-23094-2015
ISBN 978-84-606-9248-5
Ilustración: © Roberto López Miguez, 2014

LORENA LÓPEZ MIGUEZ

DANDO EN LA DIANA

ÍNDICE

CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPITULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

A ti, mi compañero en el camino.

CAPÍTULO I

Aeropuerto de Madrid-Barajas, once de la noche, el avión procedente de Nueva York acaba de aterrizar, en él viajan dos amigas, Diana y Sofía. Vuelven de un viaje de negocios que ha durado cinco días menos de lo previsto, no obstante había sido un éxito.

Diana estaba feliz, ahora sólo le quedaban cinco días de trabajo para después disfrutar de sus quince días de vacaciones, por fin podría estar con su novio Pedro, ya que en los últimos meses había viajado mucho y le había descuidado un poco. Hoy le daría una sorpresa, estaba deseando llegar a casa.

Por su parte, a Sofía no le esperaba nadie más que su gato, que sin duda también se alegraría de que estuviera en casa pero, no era lo mismo que una pareja, hacía ya mucho que había decidido no tenerla para dedicarse plenamente a su trabajo, envidiaba la relación que tenía Diana con Pedro, siempre se les veía tan felices y, además, tenían planes de futuro juntos. Se decía a sí misma que ahora no tenía tiempo para esas cosas y, que algún día, también ella tendría sus propios planes de futuro.

—Oye, Di, ¿qué te parece si de camino a casa vemos el proyecto? Así adelantamos trabajo para mañana y podemos ir más tarde a la oficina, así Pedro podrá darte la bienvenida como es debido… —dijo Sofía riendo a la vez que le guiñaba un ojo a su amiga.

—Por mí estupendo, debemos tener todos los cabos bien atados antes de presentárselo a nuestro querido jefe, ya sabes lo quisquilloso que es.

Tras esperar, el cuarto de hora de rigor, para recoger sus maletas, se dirigieron a la salida del aeropuerto, encontraron un taxi en seguida y durante el trayecto a través de sus Pda´s le mandaban un email a su jefe acordando la reunión para comentar el proyecto de Nueva York. Una hora después, las dos amigas, se despedían. Sofía era la primera en bajarse aunque, vivían muy cerca la una de la otra, a ciertas horas es mejor no andar sola por la calle.

Diana entró sigilosa en su casa, Pedro seguramente ya estaría durmiendo, dejó las maletas en el pasillo, de repente oyó unas risas que venían del dormitorio. Pedro se habría dejado la televisión encendida como siempre, más risas, ¿de una mujer? Ahora se escuchan ¿gruñidos?, ¿qué está pasando ahí? Definitivamente no es la tele, se acerca y saca fuerzas de flaqueza para presionar el picaporte, la puerta se abre de golpe, la escena que aparece ante sus ojos tiene

que ser mentira, Pedro está en la cama con… ¿quién es esa? Ve que Pedro empieza a mover los labios, ¿le está hablando? No oye nada, solo un pitido, la chica intenta escapar y pasa al lado de Diana que sin saber cómo ya le ha enganchado el pelo con la mano y le grita, pero sigue sin oír nada. Pedro, por su parte, ya se había levantado y se había puesto los calzoncillos intentando en balde que Diana soltara a la chica, cuando lo consiguió ella volvió a oír. Pedro no paraba de excusarse pero Diana no quiso escuchar nada de lo que decía, aún no asimilaba lo que estaba pasando, se dirigió al vestidor, cogió una maleta, la abrió y empezó a meter dentro toda la ropa de Pedro que fue encontrando, él le había seguido hasta allí y continuaba con sus justificaciones, lo único que se le quedó en la cabeza a Diana fue: "*Di, lo siento, yo te quiero ya lo sabes"* y *"¿Qué querías qué hiciera? Pasas mucho tiempo fuera de casa."* ¿Estaba insinuando que la culpa de que él le pusiera los cuernos era de ella? Increíble.

—¡Tú no tienes vergüenza ni has oído hablar de ella! ¿Cómo te atreves a decirme encima que qué quería que hicieras? Yo quería que me quisieras lo suficiente como para entender que si viajo tanto en mi trabajo, es para conseguir más dinero, para empezar nuestra vida juntos. Pero, me equivoqué, tú no me quieres, has estado todos estos meses viviendo a mi costa, gastándote el dinero que yo gano con esa fulana. Pues bien, se acabó, te vas ahora mismo de mi casa, pídele a alguno de tus amigos que venga a por el resto de tus cosas porque no quiero volver a verte en mi vida, ¿te ha quedado claro? —Diana se mantuvo firme y serena a pesar de que por dentro se le estaba desgarrando el alma.

Sólo cuando Pedro hubo cruzado la puerta en dirección al ascensor, Diana se derrumbó, le dolía el corazón, con la mano se sujetaba el pecho mientras se sentaba en el sofá y lloraba desconsoladamente. Aquí se acababan años de amor incondicional, se había acabado la ilusión y la felicidad, ¿qué iba a hacer ahora? No sabía estar sola, llevaba prácticamente toda la vida con Pedro y, ahora, se empezaba a dar cuenta de lo obvio, que en los últimos tiempos de la relación, Pedro hablaba mucho más a menudo por el móvil, le ponía excusas para salir solo con sus amigos los fines de semana, ella no le había dado importancia, pensaba que si quería salir más con sus amigos era porque al fin y al cabo ella estaba mucho tiempo fuera de la ciudad y ellos eran su principal apoyo, cuando se sentía sólo. Necesitaba hablar urgentemente con Sofía.

—¿Qué pasa, Di? ¿Qué se te ha olvidado? —Contestó Sofía al otro lado del teléfono. Acababa de llegar a casa y después de darle los mimos de rigor al gato se había sentado a mirar el correo.

—Sofí yo…yo… —la voz de Diana sonaba quejumbrosa.

—Di, ¿qué te pasa? Dime, me estás asustando.

—Pedro…él…estaba, estaba con otra en nuestra cama, Sofi por favor sé que es tarde pero… ¿puedes venir? Te necesito por favor.

—No te preocupes, Di, voy a coger algo de ropa y voy para ahí, ¿de acuerdo? Quédate tranquila.

A Sofía le costó tres horas y dos tazas de té que Diana se durmiera, por la mañana, le dejó una nota y se marchó a la oficina. Cuando se despertó, tardó unos minutos en comprobar que lo que había pasado era real, Pedro no estaba y no volvería a estar. A partir de ese día, los que le siguieron fueron oscuros y solitarios, no quería ver a nadie, ni siquiera a Sofía, al único que vio fue a su hermano Manu, que fue a visitarla nada más enterarse de lo ocurrido, los demás se limitaban a llamar y a dejar mensajes en el contestador, compadeciéndola, todo le resultaba patético. ¿Cuánto tiempo tendría que pasar para que no le doliera tanto?

—Hola, hola —le dijo la voz de Sofía al otro lado del teléfono—. ¿Qué haces? No me digas que estás todavía en la cama…

—No —contestó Diana tratando de aclararse la voz para que no advirtiera su mentira —ya hacía rato que estaba levantada.

—Ah bueno, pensé que me ibas a obligar a ir a tu casa a ponerte las pilas… Esta tarde vamos a ir a tomar un café al centro, para organizar el plan de esta noche, ¿de acuerdo?

—Buff, Sofi no sé…. No tengo ganas de salir de casa, ya lo sabes y menos de ir de marcha.

—Perdona, pero no te estoy preguntando si te apetece, te estoy diciendo que es lo que vamos a hacer, necesitas salir, no puedes quedarte más tiempo en casa compadeciéndote. ¿Me oyes? No pienso consentirlo, ya has sufrido bastante. ¿No te parece?

—Sí —contestó Diana a la vez que sonreía, sabía que no había manera de negarse cuando Sofía imponía su voluntad —De acuerdo, ¿a qué hora y dónde quedamos?

—Muy bien, pues había pensado en aquella cafetería a la que solíamos ir cuando estábamos estudiando, en la que servían esos cafés vienés que tanto te gustaban y podríamos quedar a las tres y media o así para luego dar un paseo.

—Me parece bien, hace mucho tiempo que no paseo por allí. Bueno, Sofí, entonces nos vemos esta tarde —dijo Diana sin poder evitar que se le escapara un bostezo.

—Hazme un favor y, otro a ti misma, arréglate, date un buen baño de burbujas para desconectar, nos vemos luego. Ah y come, que seguro que ni si quiera cenaste ayer, ¿verdad?

Un largo silencio por parte de Diana le confirmó a Sofía sus sospechas, pero intentó quitarle hierro al asunto, tampoco quería ser muy dura con ella, al fin y al cabo, probablemente, ella estaría mucho peor si como Diana hubiera encontrado a su novio de toda la vida

retozando en su cama con otra; así que se limitó a recordarle a su amiga que fuera puntual y colgó.

Diana quería volver a la cama a pesar de que llevaba ya varios días metida en ella sin salir. Sofía tenía razón, no había cenado la noche anterior, claro que tampoco había comido, ni desayunado, de repente sintió nauseas, sin duda, su estómago reclamaba algo de alimento que digerir. Fue a la cocina como pudo y, sacó del mueble un paquete de galletas de chocolate, se sentó en el sofá y escuchó los mensajes del contestador:

—Mensaje número uno —dijo la voz melosa del contestador-. Diana, soy tu madre, ¿estás ahí, hija? Por favor contesta, nos tienes preocupados. Tu hermano me ha dicho que se pasará por tu casa mañana, podríais venir juntos a comer a casa, eso le gustaría mucho a tu padre, ya sabes que está muy pendiente de todo lo que le pasa a su pequeña. Por favor, hija, por lo menos piénsalo. Bueno, espero tu llamada. Te quiero. Un beso.

—Mensaje número dos: Hola, hermanita. ¿Cómo estás? Supongo que a estas horas mamá ya se habrá puesto en contacto contigo, mañana voy a verte, pequeña. Espero que, por lo menos, seas una buena hermana y me prepares un buen desayuno. Nos vemos mañana y, por favor, más te vale haberte desecho de esa bata tan asquerosa que llevabas puesta la ultima vez que nos vimos. Un beso, Di.

—No tiene más mensajes.

Menos mal que su hermano estaba ahí para apoyarla, era el mayor y siempre la había protegido de todo, a pesar de que él y su ex novio eran ya buenos amigos no tuvo ningún reparo en olvidarse completamente de él cuando se enteró de lo que le había hecho a su hermana, jamás le perdonaría, Diana lo sabía. Se miró en el espejo del salón, tenía una pinta espantosa, llevaba puesta la bata a la que se refería su hermano en el mensaje. Tenía razón, era horrorosa. Se quitó la bata, se fijó con más detenimiento en su cara, en algún lugar de aquel amasijo de ojeras se encontraban sus ojos, ahora se daba cuenta de que de verdad necesitaba un baño, su pelo parecía un nido de pájaros, le llevaría un par de horas estar más o menos decente para ver a Sofía esa tarde.

Fue a su habitación, conectó el equipo de música, le encantaba la música y bailar. Bailar, ¿cuánto tiempo hacía que no iba a bailar? Sofía lo sabía, por eso había decidido ir de marcha esa noche. Abrió el armario del vestidor, dentro tenía muchísima ropa. Desde que había ascendido en su trabajo podía permitirse muchos lujos, como ir de compras casi a diario, vivir en un ático enorme y un coche con el que descargar adrenalina pisando el acelerador.

Le llevó algunos minutos decidir que se pondría para ver a Sofía, al final, se decantó por una falda de tubo negra, una camisa blanca y

unas botas de tacón de aguja, que apenas había usado porque prefería los zapatos más cómodos y esos le destrozaban los pies y la espalda, pero por una tarde…

Después del largo baño, levantó las persianas del ático que llevaba en tinieblas muchos días. Fuera, el sol de octubre brillaba tímido entre las nubes que perfilaban los edificios más altos de la ciudad, salió a su gran terraza a respirar un poco de aire fresco, el de dentro estaba demasiado viciado.

Tras la ruptura, habían acordado que el ático se lo quedaba ella, al fin y al cabo fue quien lo había comprado. Las cajas, con las pertenencias de su ex, se apilaban a lo largo del pasillo a la espera de que vinieran a buscarlas. Aunque muchas de sus cosas no se encontraban en buen estado precisamente porque, por despecho, algunas habían volado por el ático rompiéndose en pedazos.

Pasaban diez minutos de la una de la tarde, tendría que comer algo, fue a la cocina pero, en la nevera la comida brillaba por su ausencia, qué remedio, miro en los muebles y encontró unas latas de conservas y en el fondo del congelador media barra de pan que puso en el horno para descongelar. Comió con ansia, tal y como su estómago lo pedía pero, con tanta que, al terminar, tuvo que ir corriendo al baño para echarlo todo fuera. Fue peor el remedio que la enfermedad. Ahora tenía el cuerpo vacío, ya no podría comer nada más, al menos hasta la merienda, a ver qué tal le sentaba…

Las aceras estaban repletas de gente, unos llevaban a sus hijos al colegio, otros iban a trabajar y unos cuantos como Diana, se dirigían a tomar el café de la tarde con los amigos. Era un día maravillosamente cálido para ser octubre, ni siquiera le hizo falta ponerse la chaqueta, vio como Sofía se acercaba a ella y la saludó con la mano.

—Vaya, vaya, me alegro de que me hayas hecho caso y ver que te has arreglado, estás muy guapa.

—Gracias, Sofi, aunque lo de guapa sé que es por cumplir, tengo espejos en casa, ¿sabes? —Bromeó Diana.

—¿Entramos? Tengo mono de café, he tenido una mañana frenética en la oficina.

—Sí, vamos, así podrás desahogarte y contarme tus penas, que ya has escuchado bastante las ajenas.

Entraron y se sentaron en la última mesa del local, que estaba al lado de una gran cristalera, no había más mesas en esa zona por lo que le conferían una intimidad inimaginable, para un local que se llenaba hasta la bandera a esas horas. Después de pedir, "*dos cafés vienés*", comenzaron con su charla, ya hacía unos días que no se veían, Diana quería estar sola y Sofi la había llamado cada día pero no quería agobiarla, sabía que necesitaba espacio.

—Bueno, Sofi, dime, ¿cómo están las cosas por la oficina?

—Pues… ¿qué te voy a decir que tú no sepas? Es un caos, faltas tú para poner un poco de cordura en esa casa de locos. Nuestro adorado jefe me llamó a su despacho, me preguntó por ti.

—¿Ah sí? Y, ¿qué le dijiste?

—Pues le dije que estabas más o menos, que esperaba que el lunes fueras a trabajar, por lo visto tiene pensado asignarnos un proyecto bastante importante que está organizando, no me ha querido dar detalles, pero por lo que me ha dado a entender tendríamos que viajar, al menos una de nosotras. Aunque de todas maneras me ha dicho que tardaría unos cuantos meses en firmar el contrato.

—Como siempre, seguro que nos dice una semana antes: *"Sofía, Diana, tal día tenéis que viajar a tal sitio y preparar un dossier con tal y cual"*. Pero, ya estamos acostumbradas.

Diana y Sofía se habían conocido en el instituto, fueron juntas a la universidad, estudiaron la misma carrera e hicieron las prácticas en la misma empresa donde, después de acabar, les ofrecieron un puesto de trabajo, llevaban ya siete años allí. Eran jefas del departamento internacional de una gran empresa de publicidad y marketing, lo que les permitía una jornada laboral muy flexible y realizar muchos viajes a lo largo del año. Lo bueno de ser amigas es que trabajaban muy a gusto, les encantaba su trabajo y, además, eran las "*niñas mimadas*" del jefe, que les daba carta blanca para actuar con cada cliente.

—Y tú, ¿cómo estas, Di? No te he querido preguntar estos días porque la respuesta era fácil de adivinar —le dijo Sofía tomándole la mano.

—La verdad es que no sé ni cómo estoy, hoy mucho mejor, pero no sé cuánto durará la mejoría, no he dormido en varios días, apenas he comido, todo se me viene encima, en cada rincón de la casa encuentro algo que me recuerda a él, le odio tanto y no lo entiendo, todo iba bien, es cierto que no pasábamos el mismo tiempo juntos, pero nos queríamos…bueno, yo le quería… Le quiero. Se me hace muy raro dormir sola, pensar que se ha acabado, que lo que vivimos fue una mentira por su parte…

—Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de él.

—Lo sé, pero no es fácil, son muchos años de mi vida que siento que se han ido a la basura, me siento estúpida porque él llevaba cinco meses engañándome y yo no lo vi, confiaba en él ciegamente.

—No te martirices y, piensa que es mucho mejor que los pillaras tú porque, está claro que, si es por él hubiera seguido engañándote. Cambiando de tema, he preparado una gran fiesta para esta noche, he llamado a las chicas. Primero, vamos a cenar a tu restaurante favorito, después, nos vamos a tomar los chupitos a "*La casa de la luna*" y por último a bailar en las mejores discotecas de la ciudad.

—¿Crees que soportaremos ese planazo? —Preguntó Diana soltando

una carcajada.

—Por supuesto, faltaría más, todavía somos muy jóvenes. Además, tengo que salir a buscar uno de mis ligues de una noche —dijo Sofía mientras le guiñaba un ojo.

Pagaron los cafés y se fueron a continuar su charla mientras paseaban. En esa época del año los árboles empezaban a desprenderse del abrigo de sus hojas, por lo que parecía que caminaban sobre una gran alfombra de tonalidades marrones y amarillas. Tras un par de horas de paseo, decidieron separarse, Sofía volvería a la oficina a buscar unos papeles de un proyecto que estaban preparando, para verlos con más detenimiento durante el fin de semana con Diana y, ésta por su parte, iba a aprovechar la tarde para llamar a su madre y decirle que al día siguiente irían a comer su hermano y ella.

—Hola, mamá —la voz de Diana sonaba un poco tímida.

—¡Ay, hija, por fin llamas! ¿Cómo estás, cariño? —Su madre se esforzaba por no parecer demasiado ansiosa, sin mucho éxito.

—Estoy bien, mamá. Te llamaba para decirte que mañana voy a ir a comer a casa y Manu también. ¿A qué hora vamos?

—Venid cuando queráis, aquí estaremos esperando. Me tenías muy preocupada, hija, tengo muchas ganas de verte, tenemos un regalo para ti.

—¿Un regalo? ¿Y eso?

—Pues te lo hemos traído de nuestro último viaje, lo vimos y dijimos "*esto es para Diana*", se que te va a encantar, pero bueno mañana lo verás.

—Vale, mami, mañana nos vemos y por cierto gracias por preocuparos tanto por mí, os quiero mucho.

—De nada, hija, ese es el deber de los padres, nosotros también te queremos mucho. Hasta mañana, cariño. Un beso.

—Un beso.

La temperatura en el ático era demasiado cálida, tumbada en el sofá le sobraba la colcha que se había echado por encima, el pelo le caía sobre la cara en rizos desordenados. El sonido del portero automático rompió el silencio e hizo que Diana se levantará a toda velocidad.

—¿Quién es?

—¿Diana? Soy Juan, vengo a buscar las cosas de Pedro. ¿Puedo subir?

—Ah, claro. Sube.

Cuando Juan iba a llamar a la puerta se dio cuenta de que ya estaba abierta, la luz del recibidor estaba encendida, lo que le permitió ver con claridad la enorme cantidad de cajas apiladas que había. Avanzó por el pasillo que daba al salón buscando a Diana; una fragancia que el conocía muy bien salía de la habitación, *"Gardenias"*. Miró en el

interior, Diana miraba por la ventana, parecía absorta en sus pensamientos. De repente, notando la presencia de Juan, se giró bruscamente, sus ojos se cruzaron apenas un segundo, suficiente para que el corazón de Juan se agitara. Parecía como si fuera la primera vez que veía a Diana. La miró con detenimiento, la encontró preciosa, más serena que de costumbre, quedó hipnotizado, sin articular palabra se acercó a ella y le dio dos besos, ahora llegaba el momento de hablar pero, no era capaz, sus labios se separaron pero de ellos no salió ningún sonido.

Diana estaba algo desconcertada por la manera en la qué Juan la estaba mirando, así que optó por ser ella quien rompiera el hielo.

—Hola, ¿qué tal estás?

—Hola yo…..yo —Juan titubeó un momento a la vez que sacudía la cabeza para añadir-. Yo estoy bien, pero la verdadera pregunta es: ¿cómo estás tú?

—Hoy me siento bien. He salido de casa y eso ya es todo un logro, vuelvo a hablar con la gente…En definitiva, creo que saldré adelante —dijo Diana sonriendo forzosamente, se le estaba cayendo el alma al suelo, pero tenía que disimular, no podía dejar que Juan la viera mal y le fuera con el cuento a Pedro. Aunque siempre había considerado que de los amigos de su ex, Juan era el único que también era amigo de ella.

—Ya veo, me alegro, Di, te mereces ser feliz y sinceramente, Pedro ha sido un imbécil por dejarte escapar —se acercó más y colocó su mano en la mejilla de Diana, atrapando con sus dedos una lágrima furtiva que había conseguido huir.

Diana no aguantó más, rompió a llorar y se abrazó a Juan, quien en un primer momento se quedó paralizado, sus manos y brazos la atrajeron contra su pecho para poder consolarla, a la vez que le decía al oído que todo iba a ir bien, que él iba a estar siempre ahí para ella. Cuando se calmó había pasado una hora, en la que Juan no había dejado de abrazarla, era lo más cerca que había tenido a Diana desde que se conocían y nunca hubiera imaginado que le gustaría tanto la sensación de tenerla entre sus brazos.

Separó a Diana dulcemente y buscó sus ojos, aún estaban anegados por las lágrimas, pero le devolvieron una mirada llena de afecto. Le dio un beso en la frente, miró su reloj, fuera ya había empezado a oscurecer, tenía que irse para darle las cajas a Pedro.

—Tienes que irte, ¿verdad?

—Sí, bueno, no tengo prisa, pero no quiero molestar. Seguro que tienes tus planes.

—He quedado después con las chicas para cenar, pero quédate un rato más, por favor —pidió Diana mientras cogía la mano de Juan entre las suyas.

—Está bien, me quedaré —le sonrió.

—Me tienes que contar, ¿qué tal te va con la chica aquella?

—No hay mucho que contar, salimos un par de veces, pero no fue a más, no era lo que estaba buscando.

—Y se puede saber, ¿qué es lo que estabas buscando?

—Pues… no quiero una chica para una noche, quiero una compañera, una amiga con la que vivir todo…Que me quiera tal y como soy—. se detuvo para mirar a Diana que estaba embobada -. ¿Qué pasa? ¿Te resulta difícil creer que yo busque eso en una mujer?

—No es eso, pero no pensé qué tuvieras una idea tan clara de lo que quieres en una pareja. —Se detuvo a pensar un momento, conocía a Juan desde hacía muchos años, eran buenos amigos, pero nunca habían hablado de temas tan profundos y nunca lo había visto como ahora.

Tenía un par de años más que ella, era alto, con el pelo y los ojos castaños, en definitiva, era un hombre normal. Bastante atlético y musculoso, de eso se había percatado mientras él la abrazaba cuando lloraba. A ella le había atraído desde que le conoció, pero nunca se lo dijo a nadie, porque era mucho más grande el amor que sentía por Pedro. Pero, en muchas ocasiones en las que habían coincidido, las miradas entre ellos estaban llenas de interés, aunque ninguno de los dos se había atrevido a comentar nada al respecto.

—Ya, bueno, a veces tengo mis momentos —rió Juan—. Lo siento, Di tengo que irme ya, pero si te parece bien podemos quedar un día de estos y seguimos hablando, no me gustaría que por lo que ha pasado tú y yo perdamos nuestra amistad.

—Estoy de acuerdo, a mi también me gustaría seguir viéndote, son muchos años ya de amistad y sería una pena. Llámame cuando quieras, de todas formas no creo que cojan todas las cajas en tu coche, así que podemos vernos y charlar cuando vengas a por el resto.

—Es verdad, bueno pues nos vemos pronto, Diana cuídate mucho —le dio un par de besos y se dirigió al pasillo para coger algunas cajas.

—Tú también y gracias, Juan.

—No hay de qué —le hizo un gesto de despedida con la mano, mientras se metía en el ascensor.

Diana cerró la puerta de casa, cogió el móvil del bolso y miró si tenía algún mensaje, pero no había nada. Se alegró, porque durante varios días había estado recibiendo mensajes de Pedro y eso le había causado un gran malestar. Guardó el teléfono y se dirigió a la habitación, era hora de cambiarse para la gran noche que había preparado Sofía.

Como era costumbre Diana llegó a la puerta del restaurante la primera, las demás acostumbraban a retrasarse mínimo diez minutos.

La siguiente en llegar fue Laura; era una chica alta y delgada, morena, con mirada de gato, de color verde, aunque la mirada no era lo único que tenía de gato, su forma de andar era bastante felina también. Diana le tenía mucho cariño, se habían conocido en una excursión de la universidad a Córdoba y se hicieron amigas enseguida. Cuando terminaron de estudiar a Laura le salió un trabajo en Madrid y así fue como se reencontraron Diana, Sofía y ella.

—Hola, Lau —dijo Diana mientras abrazaba a su amiga con cariño.

—Hola, Di me alegro muchísimo de verte, estás muy guapa. Te he echado de menos.

—Y yo a vosotras, creo que me va a venir muy bien esta noche de chicas. ¿Cuánto tiempo hace que no salimos las cuatro solas?

—Buff —resopló Laura -. Ya ni me acuerdo, pero seguro que mucho.

—Pero mira quien viene por ahí, es la chica más guapa de la ciudad. —Dijo Diana mirando por encima del hombro de Laura.

—Vanesita, dichosos los ojos. Definitivamente tenemos que quedar más a menudo, porque nos perdemos los estupendos cambios de look de Vane.

—Muy graciosa, Lau, ¿qué tienen de malo mis cambios de look? ¿No estoy guapa o qué?

—Bah, no le hagas caso a Lau, ya sabes que todo es por pura envidia, estás estupenda, como siempre —Diana le guiñó un ojo a Vanesa a la vez que se acercaba para darle un beso y un abrazo.

Vanesa era una de las últimas incorporaciones al grupo de amigas, aunque ya llevaban juntas casi seis años. Era la dueña de una de las tiendas de ropa y productos de la India a la que iban siempre a comprar, a las tres les encantaban los colores de los tejidos y tenían sus respectivas casas llenas de motivos hindúes. Con el paso del tiempo, inevitablemente, se hicieron amigas. Vanesa era la más bajita del grupo, sus grandes ojos negros parecían estar prisioneros tras las gafas de pasta de color rojo, siempre cambiaba el color de su pelo y el corte, por lo que cuando quedaban todas para tomar algo hacían apuestas para ver cual sería su próximo look. En esta ocasión, llevaba el pelo por encima de las orejas, se lo había rizado y se lo había teñido de rubio, lo que contrastaba con su anterior melena de color rojo por debajo del hombro.

—Nos falta Sofi, ¿qué raro no? Yo soy la última en llegar normalmente –dijo Vanesa.

—Sí, la verdad es que es raro, pero bueno estará al caer, solo han pasado…..Uy, media hora desde qué habíamos quedado. Di, tú eres la única puntual del grupo.

—Ya ves… Ahí viene Sofi —dijo Diana mientras saludaba con la mano a su amiga.

—Vaya, un día que salgo un poco más tarde de casa para no esperar tanto y soy yo la última. Bueno, entramos, ¿no?

—Sí, vamos, a ver si se nos va a pasar la reserva para cenar.

El camarero las acompañó a su mesa, se sentaron y ojearon la carta con detenimiento, al final terminaron pidiendo las mismas raciones de siempre y para beber un vino tinto, que encantaba a Sofía y a Laura, que cuando salían del restaurante lo hacían bailando y riendo de la borrachera que habían cogido. Por su parte, Diana y Vanesa eran las más cuerdas y ponían orden, no solían beber mucho, además preferían aprovechar esos momentos para hablar.

Pero esa noche se cambiaron las tornas, cuando terminaron de cenar en vez de una botella de vino se habían bebido dos entre las cuatro y es que todas querían estar un poquito a tono para la noche que les esperaba. Salieron del restaurante y pasaban de las doce, así que se dirigieron a *"La Casa de la Luna"* para tomar sus correspondientes chupitos. Para no desentonar con el resto de la velada, fueron todos de tequila, muy fuerte y que a ninguna de ellas le agradaba especialmente, pero un día es un día y tenían que animar a Diana.

Iban dirección hacia una discoteca, tropezando unas con otras y sin parar de reír, de vez en cuando alguien las observaba divertido, la verdad resultaba bastante cómico ver a cuatro amigas discutiendo a voz en grito cuál de ellas era la que más iba a ligar en la disco. Por fin, tras un trayecto que se les hizo mucho más corto que de costumbre, entraron en la discoteca y fueron directas al baño. Diana se miró en el espejo, a pesar de todo lo que había bebido estaba impecable. El top de seda morado con florecitas y escote vertiginoso, estaba en su sitio, sin una mancha. Miró el reflejo de sus amigas que estaban a su lado, no sabría decir cuál de ellas tenía el peor aspecto. Laura, tenía el pelo totalmente encrespado. Sofía, la camiseta llena de manchas y Vanesa las medias con mil y una carreras. Sonrió a su reflejo, se alegraba de tener unas amigas así, que se unían para apoyarla y animarla, *"son las mejores"*, pensó para sí misma.

—Bueno chicas, ¿vamos para la pista? Me muero de ganas de bailar —dijo Diana.

—Por supuesto, a mí hoy no hay quién me pare —Laura se dirigió a la puerta, de repente, como si hubiera recordado algo importante, se dio la vuelta y dijo —me pido la tarima para bailar.

—De eso nada —gritaron las demás a coro mientras corrían detrás de Laura.

Estuvieron bailando el resto de la noche. Subieron a Diana a una de las tarimas y no la dejaron bajar, sólo dejaban que de vez en cuando subiera algún chico para que bailara con ella, mientras le gritaban desde abajo.

"¿Qué diría Pedro si me viera ahora? A él no le gustaba nada ir a las discotecas, no le gustaba bailar, no le gustaba…Era un aburrido. ¿Qué estará haciendo ahora? No, basta, no voy a pensar en él, no merece ni uno sólo de mis pensamientos."

Desde la otra punta de la pista alguien observaba a Diana bailar sobre la tarima, no quería que le vieran y disimulaba todo lo posible, pero Sofía sí que se percató de su presencia y lo más importante, de cómo miraba a su mejor amiga. Con la excusa de ir a pedir otra copa se dirigió hacía esa persona, que se sorprendió mucho cuando ella le habló.

—Hola, Juan. ¿Tú por aquí?

—Eh…esto…hola, Sofía. Sí, he venido con unos amigos —dijo Juan señalando al grupo de gente que había detrás de él.

—Ya veo. Vaya, desde aquí hay unas vistas estupendas de la pista… Y de Diana, claro.

—Sí, es verdad, no me había fijado.

—Yo creo que sí, que te has fijado y mucho. Dime, ¿te gusta Di?

—Oye, Sofía, esta conversación es un poco rara, ¿no te parece?

—No creo que sea rara, lo que creo es que tienes miedo de admitir lo que sientes por ella. No has dejado de mirarla en toda la noche…

—Sólo la he mirado, Sofía, tú misma lo has dicho. No creo que mirar a una persona signifique que te gusta.

—No, mirar no significa que te guste, pero la manera que tienes de mirarla sí. Juan, di la verdad…

—Yo…bueno…sí, me gusta, pero no quiero que ella lo sepa, porque lo esta pasando muy mal y me sentiría como si me estuviera aprovechando de ella, si quisiera salir conmigo. ¿Entiendes?

—Sí, lo entiendo y tienes razón, ahora mismo no necesita una relación nueva, pero si te soy sincera creo que tienes posibilidades con ella, así que mantente cerca para cuando surja tu oportunidad…Me caes bien, eres un buen chico y creo que puedes hacerla feliz, pero dale tiempo…Bueno, creo que es mejor que vaya a reunirme con ellas, porque van a pensar que me ha pasado algo. Nos vemos, Juan y por favor disimula un poco—. Dijo Sofía riendo.

—No te preocupes lo haré y… Sofía, gracias por la conversación rara, me ha venido bien.

—De nada, hasta luego.

—Ciao.

Sofía volvió con sus amigas y durante el resto de la noche Juan siguió mirando a Diana, con mucho más disimulo, como le había recomendado Sofía. Diana no le vio esa noche, pero se lo pasó en grande con sus amigas, como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Cuando llegó a casa, estaba empezando a amanecer, se quitó los

zapatos y el maquillaje, se puso el pijama y durmió las pocas horas que le quedaban hasta que llegara su hermano para recogerla.

CAPÍTULO II

El sonido del timbre, la despertó. *"Mierda, me he dormido"*. Se levantó a toda prisa y corrió a abrir la puerta, su hermano estaba al otro lado con una bolsa de porras y churros en la mano.

—Vaya, vaya, esa cara parece de resaca… —Manu sonrió a su hermana.

—Bueno, parece que un poco de resaca sí que tengo –dijo Diana mientras se tocaba la cabeza.

—Venga, pasa para la ducha, que yo mientras voy a preparar un chocolate para los churros. Quieres azúcar para las porras, ¿no?

—Sí. Gracias, Manu. Enseguida vuelvo.

Se duchó a toda prisa, mientras se peinaba se sorprendió al ver la sonrisa de su cara, estaba contenta, se sentía bien consigo misma, ya no dependía de ningún hombre para ser feliz.

Al llegar a la cocina, le esperaba su hermano y un gran tazón de chocolate caliente.

—Definitivamente una ducha es mano de santo y pensar que hace quince minutos tenías una cara horrible.

—Ah gracias, Manu, eres un encanto.

—Era broma, Di. Bueno, ¿qué tal lo pasaste ayer? ¿Qué hicisteis?

—Pues, primero fuimos a cenar, después, a tomar unos chupitos a "*La Casa de la Luna*"…

—¿Sigue existiendo ese sitio?

—Sí, sigue existiendo y manteniendo el mismo éxito. Bueno, tras los chupitos nos fuimos a la disco, el plan era ir a varias, pero nos lo pasamos tan bien en la primera que decidimos quedarnos el resto de la noche, aunque yo me pase gran parte de la velada sin poder bajar de una tarima…Lo pasé muy bien, las chicas son geniales.

—Me alegro de que lo pasaras bien, Di, sin duda te hacía falta salir con tus amigas. ¿Estás lista para el interrogatorio que te va a hacer nuestra queridísima madre?

—Calla, no me lo recuerdes, no se qué le voy a decir, no quiero ser borde, pero no creo que pueda evitarlo si me insiste demasiado.

—No te preocupes, yo la cortaré si fuera necesario.

—Gracias, eres el mejor hermanito del mundo —se levantó de la silla y le dio un gran abrazo a Manu—. Bueno, ¿nos vamos? Así no pillaremos mucho atasco.

—Sí, es buena idea, al toro, Diana —se rió Manu mientras salía por la puerta de la cocina esquivando la colleja que le iba a dar su

hermana.

El trayecto hasta casa de sus padres nunca le había parecido tan corto, parece que cuanto menos quieres que llegue un momento este hace lo imposible por aparecer. Caminaron juntos hasta la puerta de la casa y llamaron al timbre. Unos pasos apresurados sonaron detrás de la puerta e, inmediatamente después, esta se abrió para dar paso a su madre.

—¡Chicos! —Gritó su madre eufórica-. Creí que nunca llegaríais, tenía tantas ganas de veros…

—Hola, mamá —dijeron Diana y Manu al unísono.

—Pero bueno, no os quedéis en la puerta, vuestro padre nos está esperando en el jardín con un pequeño aperitivo.

—Genial, me muero de hambre —dijo Manu.

—Tú sólo piensas en comer, acabamos de desayunar.

—Ya sabes cómo es tu hermano, vamos chicos.

Se adentraron en la casa, su madre les acompañó hasta la puerta que conducía al jardín y acto seguido desapareció en la cocina.

—Hola, papá —exclamó Diana a la vez que le daba un fuerte abrazo.

—Hola, pequeña. ¿Cómo estás?

—Bien, papá, la verdad es que mucho mejor.

—Me alegro, cariño. ¿Y tú, Manu? ¿Qué tal?

—Bien también, el trabajo bien, la vida social bien…

—Y las novias cero —dijo Diana riéndose.

—Quizás un día de estos te sorprendas.

—¿Ah, sí? Pues no creo que yo fuera la única sorprendida.

—Eso es cierto —dijo su padre-. Bueno, sentaos y picar algo.

—Está bien, ¿qué tenemos por aquí? Genial, es mi queso favorito —dijo Manu.

—Deberías empezar a aclararte sobre cuál es tu comida favorita, porque tienes demasiadas —se burló Diana.

Acto seguido su madre salió al jardín con una bandeja llena de vasos y refrescos, los dejó en la mesa y se sentó en una de las sillas que había al lado de su marido.

—Cariño, ven a sentarte a mi lado —dijo dirigiéndose a Diana.

Diana se sentó, aunque no tenía ganas de hacerlo, sabía lo que ese gesto de parte de su madre significaba, iba a dar comienzo el interrogatorio.

—Bueno, hija, cuéntanos cómo fue toda la historia de Pedro.

—Mamá, no sé qué quieres que te cuente, llegué y me lo encontré con otra en mi cama y fin de la historia.

—Ya, hija pero… te ha pedido perdón, ¿no?

—Sí y, ¿qué quieres decir con eso? ¿Qué cómo me ha pedido perdón yo le tendría que perdonar? —Diana estaba empezando a

alterarse.

—No es eso, pero es que me llamó su madre el otro día y me dijo que Pedro estaba muy mal, que estaba muy arrepentido y que quería volver contigo.

—Mira, a esa mujer lo único que le preocupa es que a partir de ahora no va a recibir regalos caros por parte de su hijo, porque los pagaba yo. Y para mí lo que ha hecho Pedro es imperdonable.

—Pero, Diana… Lleváis juntos toda la vida. ¿No te da pena? —Su madre se empezaba a poner pesada.

—Sí, mamá, me da pena haber malgastado tanto tiempo con una persona que no me quería igual que yo le quería a él, que me engañó durante cinco meses en mi casa, en mi cama y que no le removía la conciencia hasta que le pillé, eso es lo que me da pena. Por favor, deja ya el tema, quiero que él sea un capítulo cerrado de mí vida y me ayudaría mucho que dejaras de mentarlo cada cinco minutos —Diana notaba que las lágrimas estaban empezando a aparecer en sus ojos.

—Está bien, lo siento mucho, hija, ya sabes que yo te apoyo decidas lo que decidas, sólo quería saber si estabas segura de la decisión que ibas a tomar. Cambiando de tema, voy a ir a por el regalo del que te hablé por teléfono —dijo su madre mientras se levantaba de la silla.

—¡Ah! Es verdad, ya ni me acordaba —a medida que su madre caminaba hacia la casa el corazón de Diana comenzó a serenarse.

Fin del interrogatorio. Al menos por ahora, sabía que aunque su madre había dicho que le apoyaba decida lo que decida, no era del todo cierto. Le gustaba Pedro, le tenía cariño, porque durante muchos años lo consideró como a un hijo, por eso a ella le dolía tanto que Diana le apartara de sus vidas sin más y no se daría por vencida a la hora de insistir para que volviera con él.

—Aquí está. Toma, Diana. Directamente de París —dijo su madre tendiéndole un paquete envuelto en un papel con muchas rayas de colores y un lazo dorado alrededor.

—Gracias, no teníais que haberos molestado.

—Qué morro. ¿Y yo qué? ¿Para mí no hay regalo? —Manu volvió a entrar en escena, se había apartado un poco con su padre para que Diana y su madre hablaran.

—Ábrelo, hija. Espero que te guste, lo escogí yo personalmente —dijo su padre.

—Entonces seguro que me gustará, a ver… —murmuró mientras rasgaba el papel—. Un libro en blanco, hacía mucho tiempo que no tenía uno de estos y además es precioso.

—Recordé que te gustaba escribir tus pensamientos en estos libros cuando eras más pequeña y pensé que te vendría bien ahora, para poner en orden tus ideas —su padre se acercó para darle un beso en la frente.

—Muchas gracias, papá. Creo que es justo lo que necesitaba. —Diana le dio un fuerte abrazo, como cuando era niña e iba en busca de consuelo, su padre siempre había sabido como calmarla, era su compinche, era su amigo.

—Manu, tu también tienes un regalo —su padre metió la mano en el bolsillo y de él sacó un pequeño paquete, envuelto con el mismo papel que el regalo de Diana—. Espero que te guste.

—Gracia—. Manu arrancó el papel de un tirón y abrió la cajita que contenía—. Vaya, genial, un nuevo reloj para mi colección.

Manu coleccionaba relojes de bolsillo, le encantaban desde niño y su padre le regalaba uno cada vez que volvía de alguno de sus viajes. Tenía relojes de casi todas las partes del mundo y presumía ante todos de su gran colección.

—Déjame verlo, Manu —Diana se acercó para ver el reloj de su hermano—. Es muy bonito, se parece a uno que tienes, ¿no?

—Sí, se parece al de Grecia pero, los dibujos, son algo diferentes y la maquinaria también.

—Eres todo un experto, hermanito.

—Es mi colección, la veo todos los días.

—¿Qué os parece si vamos dentro? Tengo que terminar de preparar la comida y así mientras ponéis la mesa del comedor —dijo su madre.

—Por mí de acuerdo, tengo unos cuantos papeles a los que quería que Manu les echara un vistaz—. comentó su padre levantándose.

—Pues vamos a verlos.

Diana se dio cuenta de que así volvería a estar a solas con su madre y por miedo a que ésta comenzara otra vez con el tema de Pedro, dijo que ella quería buscar algo en su antigua habitación. Estaba al final del pasillo, para llegar hasta allí tenía que pasar por delante del despacho de su padre, dónde estaban Manu y él hablando sobre sus cosas. Desde que su hermano decidió ser abogado igual que su padre, todos los fines de semana se encerraban en el despacho para debatir sobre algún caso o darse consejos el uno al otro. Su padre era muy buen abogado, pero había que reconocer que Manu había conseguido superarle. Todos los bufetes de la ciudad habían hablado con él para incorporarlo a sus plantillas, pero él había permanecido siempre fiel al primer bufete que le dio su oportunidad y lo había llevado a otro nivel, le dio prestigio y categoría, ficharon a nuevos abogados, cambiaron sus oficinas y todo gracias a los casos que ganaba Manu, no cabía duda de que su padre estaba muy orgulloso de él. A Diana le encantaba verlos así, cuando era más pequeña pasaba por delante del despacho una y otra vez con algún pretexto sólo por verles trabajar juntos.

Entró en su habitación, que en otro tiempo llegó a ser su refugio y hoy en día parecía seguir siéndolo, permanecía todo en el mismo

orden en el que lo dejó cuando se fue de casa para irse a vivir con Pedro. Por todas partes había fotos de ambos, todas tenían asociadas bonitos recuerdos, el día que empezaron a salir, el día que cumplieron un año saliendo juntos, el primer San Valentín… Había una foto a la que tenía especial cariño, ocupaba el mejor lugar en la pared y era la más grande e, increíblemente, Pedro no aparecía en ella, era del primer viaje que hizo cuando empezó a trabajar en la agencia, estaba sentada en el borde de la Fontana di Trevi en Roma, esa foto se la había hecho Sofía, le encantó ese viaje.

Desde entonces no había vuelto a viajar a Italia, los viajes que hizo con la agencia le llevaron por muchos países pero, Italia no había estado entre ellos. Tenía ganas de volver, quería conocer la Toscana, con sus maravillosos paisajes y su gastronomía, volver a pasear por las calles de Roma, navegar por los canales de Venecia, verlo todo.

Siempre le decía a Pedro que cuando se fueran de vacaciones irían allí pero, al final, Pedro las planificaba sólo, sin contar con ella y a destinos bastante más tropicales. Al principio, no le molestaba que lo hiciera, porque pensaba que quería sorprenderla pero, luego, se dio cuenta de que el único motivo por el que lo hacía era para poder decidir él los países a los que irían, tampoco le extrañó demasiado que lo hiciera, porque al fin y al cabo ella se pasaba la vida viajando, Pedro tenía algo de envidia y quería llenar su pasaporte como ella.

Y así, fueron pasando los años y sus vacaciones siempre se parecían, del hotel a la playa, de la playa al hotel, a comer, a cenar, a desayunar, hacer alguna excursión y vuelta a España. En este punto cada vez le gustaba más su trabajo, por lo menos cuando viajaba por trabajo conocía lugares fantásticos e interesantes y no se limitaban a una zona específica del globo.

Se acercó a la foto para verla mejor, sólo habían pasado siete años, pero su cara había cambiado bastante, le faltaba ese brillo en los ojos que sólo da la felicidad y la sonrisa no era tan espléndida como la de entonces, pero mirando su foto se prometió así misma que volvería a Italia y volvería a ser feliz.

Su madre les gritó desde la cocina que la comida estaba lista, Diana salió de su habitación y se dirigió al comedor para poner la mesa, cuando llegó Manu y su padre habían terminado de hacerlo y su madre hacía su aparición con las bandejas de comida en la mano.

—Uhm, qué bien huele, mamá y tiene una pinta estupenda —dijo Manu acomodándose en su silla.

—La verdad es que tus platos siempre son estupendo—. corroboró Diana -. Y, aunque no lo fueran, para Manu lo serían, no entiendo por qué después de todo lo que comes al día no estás como un tonel. Tu metabolismo me fascina.

Una vez que terminaron de comer y recogieron la mesa, se sentaron

en el salón para tomar el café, hablaron de todo un poco, se pusieron al corriente de los asuntos familiares y al terminar alegando que tenían cosas que hacer, Manu y Diana dijeron que se iban.

—¿De verdad no podéis quedaros un poquito más? —Preguntó su madre con cara de pena.

—No, lo siento, mamá, pero le prometí a Sofía que iba a ver con ella un proyecto del trabajo y necesito ponerme al día para cuando vuelva el lunes a la oficina. Pero no te preocupes, te prometo que de ahora en adelante procuraré venir a veros más a menudo, ¿de acuerdo? —Diana sonrió a su madre a la vez que se acercaba y le daba dos besos.

—Me alegro de haberte visto, hija y, además, tan bien, te mereces ser feliz y últimamente no lo parecías pero, todo llega ya verás —su padre le dio un gran abrazo y un beso en la frente.

—Gracias, papá, nos vemos pronto.

—Bueno, papá, mamá, yo no sé cuando volveré pero seguro que no tardo mucho, gracias por la comida, estaba riquísima, como siempre.

—Gracias, Manu, ven cuando quieras. Tened cuidado por la carretera, llamad cuando lleguéis.

—De acuerdo —Diana se despidió con un gesto de la mano mientras cerraba la puerta de casa de sus padres tras de sí.

Ya en el coche los dos hermanos, charlaban y reían, en general la visita a sus padres no había sido tan mala como Diana se había imaginado.

—Entonces, Di, ¿dónde te dejo? —Le preguntó Manu.

—Pues llévame a casa de Sofía, he quedado allí con ella, después de hacer el trabajo, veremos una peli y luego me iré a casa.

—Ok. ¿Qué tal llevas lo de los comentarios de mamá?

—Sabía que ella no iba a estar del todo de acuerdo con el hecho de dejar a Pedro, así que no me sorprendió que intentara convencerme para que volviera con él.

—No sé cómo puede pensar que lo que ha hecho Pedro se puede perdonar, se ha portado como un cabrón. Pero, aquí, lo que de verdad importa es que tú estés bien con la decisión que has tomado.

—Ahora mismo no estoy bien del todo pero, supongo que es normal porque ha pasado muy poco tiempo, de lo que sí estoy segura es de que he tomado la decisión correcta.

—Además, seguro que en breve te mandan a hacer algún trabajo al extranjero y eso te ayudará a desconectar más.

—Sí, tengo ganas de irme fuera de España, así no me acordaré de Pedro en cuanto llegue a casa. Creo que eso es lo más duro.

—Todo pasa, Diana y esto también pasará, porque Pedro sólo ha sido uno de los capítulos de tu vida, pero no va a ser el único, ahora estás empezando otro que será muchísimo mejor.

—Gracias por la charla, hermanito, me viene bien que me des ánimo y apoyo.

—De nada, bueno, pues ya hemos llegado, dale recuerdos a Sofía de mi parte.

—Sí, se los daré. Cuídate, hermanito, te llamo esta semana, ¿vale? —Diana se acercó a su hermano y le dio un beso.

—Vale, entonces espero tu llamada, no olvides darle un toque a mamá para que sepa que estamos sanos y salvos.

—Ya está, ya se lo he dado, así se queda tranquila. Hasta luego, Manu.

—Ciao, Di —se despidió.

Mientra veía a su hermana caminar por la acera en dirección a la casa de su amiga, miró hacia la parte alta del edificio donde estaban las ventanas del piso de Sofía. Allí estaba, tal y como le había dicho en el mensaje que le envió antes de salir de casa de sus padres, asomada a la ventana, le lanzó un beso con la mano, él sacó un brazo por la ventanilla la saludó y le tiró otro, acto seguido Sofía desapareció, seguro que Diana acababa de llamar al portero para que le abriera. Manu sonrió y se fue en dirección a su casa, la vería más tarde, pero estaba impaciente. Sofía y él habían empezado a salir juntos hacía poco más de dos meses, pero como ella estuvo fuera de España por trabajo y después vino todo el lío de Diana y Pedro apenas habían tenido tiempo para estar juntos, ansiaba verla y estrecharla entre sus brazos. Esta relación les había pillado a ambos por sorpresa, se conocían prácticamente de toda la vida, pues Diana y ella habían sido las mejores amigas desde el instituto y cuando sus padres se separaron estuvo una buena temporada viviendo con ellos, en esa época también se enamoró de Manu aunque no se lo dijo a Diana. Por su parte Manu, no se había fijado en Sofía en ese sentido, sí, era muy guapa, pero era la mejor amiga de su hermana pequeña.

Hasta que, una noche en la que coincidieron, Manu se ofreció a llevarla a casa, porque era muy tarde. De camino al coche, fueron hablando de todo un poco, a Manu le pareció que era fascinante y divertida. Se le cayeron las llaves del coche y se agacharon a la vez para recogerlas, sus manos se tocaron apenas un segundo, pero sus miradas permanecieron clavadas la una en la otra, tenía ganas de besarla pero, dudaba. Sofía se lo puso fácil y fue ella quien le besó; fue un beso largo, puro, intenso, se levantaron sin dejar de besarse, cuando sus labios se separaron, se echaron a reír. Para cerciorarse de que lo que había pasado era real, Manu cogió la cara de Sofía entre sus manos y volvió a besarla. Ambos se sentían como dos adolescentes, continuaron el resto del camino cogidos de la mano. Hacía mucho tiempo que no tenían una relación sería, pero decidieron darse una oportunidad como pareja e intentarlo, a partir de esa noche

se llamaban a diario y se veían siempre que sus respectivos trabajos se lo permitían. Manu poco a poco se fue enamorando de Sofía, de cada palabra, de cada sonrisa… Sofía, por su parte, llevaba enamorada de Manu desde que tenía dieciséis años. En esa época pasaba mucho tiempo en casa de Diana. Una noche cuando todos dormían, o eso pensaba ella, se levantó para ir al baño, cuando volvía a la habitación se fijó en que la luz del cuarto de Manu estaba encendida, abrió la puerta muy despacio y lo vio dormido sobre los apuntes de su escritorio. Estaba muy guapo dormido, puede que incluso más que despierto, le acarició el pelo con cuidado para no despertarlo, se fijó en que en el corcho de la pared había una hoja escrita por Manu, era una copia de un poema que ella conocía muy bien porque era su favorito, de Pablo Neruda…*"Puedo escribir los versos más tristes esta noche…*", si antes le gustaba ahora aún más, se dijo así misma que él era su chico y que algún día estarían juntos. Apagó la luz del escritorio y volvió a la habitación de Diana. Le contó esto a Manu hacía un par de noches, después de cenar y él se enamoró un poco más de Sofía, si es que era posible.

Habían decidido esconderle su relación a Diana, porque les necesitaba a cada uno en sus respectivos papeles, a Sofía en el de mejor amiga y a Manu en el de hermano mayor, no como pareja pero, a Sofía le dolía no poder compartir con su mejor amiga la alegría que sentía ahora que por fin su amor secreto era correspondido.

Después de que Diana se fuera, ella iría a casa de Manu, estaba muy ilusionada, porque aún no se habían acostado y esa noche podría ser la noche…

Sonó el timbre y Sofía corrió hacia la puerta para abrir a Diana.

—Hola, guapa. ¿Cómo estás? —Diana sonreía en el descansillo.

—Muy bien, Di, pasa, tengo todo preparado en el salón.

Diana siguió a Sofía por el pasillo hasta el salón, era una habitación muy espaciosa y luminosa, la decoración muy colorista y sin un orden muy definido, pero resultaba muy acogedor. Se sentaron en el sofá, delante de ellas, en la mesita de café, Sofía había puesto el dossier del trabajo y unos refrescos.

—Bueno, ¿qué te parece si nos ponemos manos a la obra?

—Me parece genial, tengo muchas ganas de volver al trabajo y un poco a la normalidad.

—Mira la página veinte del dossier, el proyecto es para una campaña publicitaria pequeña, es decir, para nosotras pan comido, creo que tardaremos como mucho quince días en rematar todo el trabajo.

—Sí, por las dimensiones del proyecto creo que incluso algo menos. Enséñame en lo que has estado trabajando.

—Empecemos por los posibles locales para hacer el lanzamiento,

van desde la página veintiocho a la cuarenta. Personalmente me inclino por alguno de los de las páginas treinta, treinta y seis, y treinta y nueve. Son los que mejor se ajustan a las exigencias del client—. Sofía hablaba mientras Diana examinaba las páginas que le había sugerido.

—Eres genial, Sofi, estoy de acuerdo, esos locales se ajustan mucho a lo que nos piden. ¿Has hablado ya con algún distribuidor para invitarlo a la promoción?

—No, he dejado esa parte para que me ayudes, porque a ti se te da mejor convencer a la gente. De la página cuarenta y uno a la ochenta, tenemos las ideas del departamento de diseño, para los carteles y los regalos de la promoción, esperan nuestra opinión.

—Menos mal que la promoción es pequeña, ¿eh? —Diana se echó a reír -. Voy a hacer una lista de los distribuidores a los que hay que invitar, para el lunes llamarlos y confirmar su asistencia.

—Vale, yo elegiré el local que mejor se ajuste al presupuesto y llamaré para reservarlo.

—Creo que, a nuestros ayudantes, deberíamos dejarles el tema del catering, la decoración del local y la música. Ya lo han hecho más veces y se les da muy bien. Además, con ello nos ahorramos un par de días. Por cierto, la fecha del evento… ¿cuándo es?

—Ah sí, es el día siete de noviembre, tenemos tiempo de sobra, pero no nos podemos confiar, ya sabes que siempre hay imprevistos.

—Sí, también tenemos que preparar los datos de las invitaciones para que las impriman.

—Ok, ya he apuntado todo en una lista para que no se nos olvide nada.

Estuvieron más de dos horas, cada una con su parte del trabajo, una vez que terminaron expusieron sus ideas y dejaron el resto para verlo desde la oficina. Cambiaron el dossier y sus carpetas por un bol de palomitas con el que acompañar la película que había alquilado Sofía. Cuando terminó, Diana cogió sus cosas, se despidió de Sofía y se dirigió a su casa para disfrutar de una velada tranquila.

CAPÍTULO III

A Sofía le faltó tiempo para salir corriendo en cuanto Diana cerró la puerta y dirigirse al baño, esta noche necesitaba estar lo más guapa posible y pensaba que la mejor forma de estarlo era meterse a remojo en la bañera una hora con sales de baño. Por lo menos su piel quedaría impregnada del perfume de las sales, eso seguro. Cuando dio por concluido el baño se untó de aceite de coco y se secó para quitar el exceso, ahora su piel estaba más que perfumada. Le tocaba el turno a su pelo, estuvo probando frente al espejo multitud de peinados, para ver cual le favorecía más, al final se decantó por un moño despeinado y se dio un toque de maquillaje, apenas se le notaba, se echó unas gotas de su perfume y listo, la sesión de belleza había terminado.

En la habitación era el turno del vestuario, sacó del armario un conjunto de ropa interior que había comprado esa misma mañana, con la esperanza de que Manu viera como le sentaba, desde que lo vio colgado en la percha de la tienda supo que era ese el conjunto que quería llevar puesto en su primera vez con él, se lo puso, el color morado oscuro creaba un bonito contraste con su piel, le quedaba perfecto. Encima de la cama descansaba el vestido que iba a ponerse, de corte palabra de honor, con rayas blancas y azules, corto y entallado, conjuntado con una chaqueta y unos zapatos azules.

Estaba lista, miró el reloj, había terminado justo a tiempo, salió al pasillo donde tenía su bolso y su abrigo, los cogió y se los puso de camino al ascensor. Eran las diez de la noche cuando llegó a casa de Manu, llamó al portero y le abrieron sin preguntar, respiró hondo antes de llamar al timbre, estaba nerviosa, quería que saliera todo bien. ¿Estaría él también nervioso? Pulsó el timbre, se oyeron golpes de ollas y sartenes y acto seguido Manu hizo aparición, arreglándose la camisa color azul que llevaba, combinada con sus vaqueros, arreglado pero informal, tuvo que parpadear un par de veces al ver a Sofía, estaba preciosa, tragó saliva y por fin dijo:

—Hola, Sofi, estás…estás espectacular.

—Hola, Manu. Gracias, tú estás muy guapo.

—No te quedes ahí, por favor, pasa.

—Te sigo.

—La cena está casi lista, espero que te guste lo que he preparado.

—¿Tú lo has preparado? Pero si Diana me dijo que en los cinco años que llevabas viviendo en el piso no habías ni estrenado la cocina…

—Lo sé, pero me apetecía cocinar para ti, hoy es una ocasión especial.

—No tendrías que haberte tomado tantas molestias. ¿Crees que se podrá comer lo que has preparado? —Sofía se echo a reír.

—¡Oye! ¿Qué insinúas—. Manu la agarró por la cintura y la atrajo hacía sí—. Ahora tendrás que disculparte por el comentario.

—Ni hablar —Sofía seguía riendo.

—Ah, ¿no? Pues tú te lo has buscado —le cogió el bolso y lo dejó en el sofá, mientras la seguía agarrando y le quitaba el abrigo para dejarlo junto al bolso. Una vez quitados los obstáculos y las posibles armas de defensa, la apretó contra él—. Discúlpate. —Puso la cara más seria que podía en ese momento.

—No —Sofía le miraba desafiante—. Tendrás que obligarme.

—Está bien —Manu le dio un beso apasionado, pero no aflojo ni una pizca a Sofía, quería tenerla lo más cerca posible—. Discúlpate.

—No—. ese segundo no, no sonó tan convincente.

—Tendré que hacer otro intento —la tumbó en el sofá y con mucha delicadeza, la besó otra vez, mientras sus manos se colaban por debajo de su vestido —¿Y ahora? ¿Te disculpas?

—Estoy empezando a pensármelo —Sofía comenzó a desabrocharle la camisa.

—Vaya, entonces creo que esto va bien, espera un segundo, vuelvo en seguida —dicho esto desapareció por la puerta en dirección a la cocina.

Fue entonces cuando Sofía se percató del resto del salón, Manu había preparado un pequeño picnic en el suelo, tenía unas mantas de pelo, de esas tan suaves, a modo de alfombra para sentarse y un gran número de cojines, en el centro, dos platos con sus correspondientes copas y cubiertos. La iluminación de la estancia estaba a cargo de velas distribuidas estratégicamente. Manu lo había hecho para ella, se sintió feliz, era el detalle más bonito que un hombre había tenido con ella y el más romántico, sin duda. Cuando Manu entró de nuevo se encontró con una Sofía absorta que miraba el salón.

—Ya estoy aquí, ¿he tardado demasiado?

—No…no has tardado mucho —Sofía le contestó sin mirarle.

—Oye, Sofi, ¿estás bien? —Mientras lo decía le fue girando la cara, hasta que sus ojos y los de ella se encontraron. Los ojos de Sofía estaban llenos de lágrimas, pero una sonrisa de oreja a oreja le iluminaba el rostro.

—Estoy de maravilla, creo que nunca he estado mejor, es todo tan perfecto, me parece que estoy viviendo un sueño. —Acercó su boca a la de Manu y le dio un beso lleno de ternura.

—Me alegro de que te guste, princesa, no sabía si era lo apropiado… ¿Quieres que traiga la cena?

—Aún no, creo que estábamos con otro asunto, ¿no? —Sofía le sonrió coqueta, le sentó en el sofá y se subió encima de él.

Terminó de desabrocharle la camisa y empezó a besarle y a acariciarle el pecho. Manu por su parte ya se había hecho con la cremallera de su vestido y la bajó muy lentamente, entonces Sofía se puso de pie y el vestido cayó al suelo dejando a la vista el conjunto de lencería comprado expresamente para él, de inmediato supo que había acertado con el modelo por la cara de Manu, estaba fascinado, Sofía sonrió complacida y volvió a subirse encima de él.

—Deduzco por tu expresión que te ha gusta el conjunto…

—Deduces bien, pero lo que más me gustaría ahora mismo sería quitártelo.

—Pues, por mí no te prives… —Sofía le besó apasionadamente.

Manu la tumbó en el sofá con un rápido movimiento y se colocó sobre ella, mientras con una mano intentaba quitarse los pantalones, una vez que lo consiguió se centró en la tarea que más le cuesta a algunos hombres, desabrochar el sujetador, también lo consiguió con relativa velocidad, recorrió el cuerpo de Sofía llenándolo de besos, cuando llegó al borde de su tanga, se paró para mirarla, esperando algún gesto por su parte que le indicara que podía seguir, ella le miró y asintió levemente mientras enredaba los dedos en su pelo, le quitó el tanga y dieron comienzo a su noche…

Horas más tarde, Manu contemplaba absorto a Sofía mientras esta dormía placidamente en su cama, le acariciaba el pelo y admiraba su belleza con cada respiración. No podía creer que hubiera estado perdiendo tanto tiempo sin fijarse en ella, todas las cualidades que había buscado en una mujer, las había tenido delante de sus narices durante años sin percatarse. Después de hacer el amor en el sofá, habían tomado la cena y el postre sentados en las mantas, sin dejar de besarse y acariciarse; sin más ropa que él sus calzoncillos y ella su camisa. Cuando acabaron, Manu la cogió en brazos y la llevó hasta su cama, donde volvieron a hacer el amor, se quedaron horas abrazados hablando, hasta que el sueño pudo con Sofía, pero él seguía despierto desde entonces sin poder dejar de mirarla.

Las primeras luces del día empezaban a asomar por los huecos de la persiana de la habitación, Manu se levantó con mucho cuidado de la cama para evitar que Sofía se despertara, pero ella en cuanto dejó de notar el calor de su cuerpo en su espalda se despertó.

—Buenos días, amor. ¿A dónde vas?

—Buenos días, princesa, sólo iba al servicio. ¿Te apetece que nos demos un baño antes de desayunar?

—Sí, me parece una idea genial.

—Entonces voy a preparar la bañera y vengo a buscarte en cuanto esté lista.

—Está bien, no tardes.

—No tardaré. —Dicho esto Manu salió de la habitación.

Sofía se desperezó en la cama, había dormido de maravilla, aunque no habían sido muchas horas, había merecido la pena esperar por Manu, estaba muy contenta de estar con él, le quería muchísimo. Miró el reloj de su muñeca para ver la hora, eran las ocho de la mañana. Cogió del suelo la camisa de Manu y se la puso tal como había hecho por la noche, se dirigió a la ventana para levantar la persiana, la luz inundó toda la habitación en cuanto lo hizo, permaneció así, quieta, mirando la salida del sol, hasta que notó las manos de Manu alrededor de su cintura abrazándola.

—El baño ya está listo.

—Manu…

—Dime, princesa.

—No te lo he dicho nunca pero… te quiero. —Sofía se dio la vuelta para mirarle a los ojos.

—Yo también te quiero, Sofía, como no había querido nunca a nadie. Eres la mujer de mi vida.

—Y tú eres el hombre de la mía. Soy tan feliz de estar contigo…

—Mi princesa, siempre vamos a estar juntos. —Manu la besó levantándola en el aire. —El baño nos espera, ¿estás lista?

—Sí vamos, que se va a enfriar el agua.

El baño se prolongó un par de horas, tanto que cuando salieron tenían la piel de los dedos arrugada como si fueran uvas pasas y, su piel estaba impregnada de los aromas algo dulzones de las sales. Desayunaron también con mucha calma, porque el domingo es un día para descansar. Al medio día tuvieron que separarse, porque Sofía tenía que cambiarse de ropa además, seguramente, por la tarde Diana la llamaría y si no estaba por allí se iba a preocupar. Así que, se despidieron en la puerta con un tierno beso, Manu prometió ir a verla esa misma tarde para estar juntos de nuevo antes de la nueva semana laboral, que se presentaba bastante intensa para ambos.

CAPÍTULO IV

Diana se despertó esa mañana de domingo, bueno ya se podía considerar que era por la tarde, aun así se preparó un buen desayuno y se lo tomó mientras veía los dibujos, hacía mucho tiempo que no veía dibujos animados, pero hoy le apetecía reír.

Se dio una ducha y pidió algo de comida china, se sentó en el sofá para comer y seguir viendo la tele, una vez hecha la pausa para reposar la comida, se puso ropa cómoda para estar en casa, es decir, unas mallas y una camiseta algo floja, en el pelo se coloco un pañuelo a modo de diadema y se dispuso a hacer una pequeña limpieza general del piso. Cuando ya casi había terminado, sonó el timbre del portero automático.

—¿Quién es?

—¿Diana? Soy Juan, ¿puedo subir?

—Claro, ya te abro —y apretó el botón del portero automático.

Genial, tenía una pinta espantosa, no esperaba visitas y menos de Juan. ¿Qué iba a pensar? Bueno mirándose en el espejo no estaba tan mal, quizás con otra camiseta…Si otra camiseta sería lo mejor. Corrió hasta el vestidor y se puso una camiseta ajustada con un poco de escote, una de esas que tenía desde hacía un montón de años. Sonó el timbre, menos mal, justo a tiempo, salió al pasillo, se echo un último vistazo en el espejo del recibidor y abrió la puerta.

—Hola, Juan —dijo Diana con una gran sonrisa en los labios.

—Hola, vaya, hoy se te ve radiante.

—Gracias, pero no creo que sea para tanto. Pasa, pasa, no te quedes en la puerta.

—Siento haberme presentado sin avisar, pero salí a dar un paseo y estaba cerca de tu casa así que decidí venir, espero no molestarte.

—En absoluto, tú siempre eres bien recibido en esta casa además, no estaba haciendo nada en especial, sólo un poco de limpieza, que ya tocaba, siéntate. ¿Te apetece tomar algo? ¿Una cerveza?

—Vale, una cerveza, pero si tú te tomas una conmigo.

—Claro, faltaría más, marchando unas cervecitas… —Diana salió dirección a la cocina. Colocó las copas en una bandeja y sacó dos cervezas de la nevera, cuando se giró para coger unas patatas fritas y unas aceitunas del mueble vió que Juan estaba en la puerta de la cocina.

—Ah, hola, que susto me has dado…

—Perdona, venía a ver si necesitabas ayuda.

—Tranquilo. Vale, si quieres puedes ir llevando este mantel y, lo pones en la mesita de delante del sofá, yo voy en seguida con lo demás.

Diana volvió al salón y colocó las bebidas, las copas y los aperitivos en la mesita, Juan ya la esperaba sentado en el sofá y ella se sentó a su lado.

—Bueno dime, ¿qué tal lo pasaste el viernes con tus amigas?

—Pues la verdad es que muy bien, me reí muchísimo, me vino de perlas que Sofía me obligara a salir.

—Me alegro, Sofía es una buena amiga, ¿no?

—Sí, la mejor, es como si fuera mi hermana, sabe todo sobre mí y yo todo sobre ella.

—Eso es muy bonito, yo no tengo esa clase de relación con ninguno de mis amigos, digamos que más que amigos son compañeros de juerga. Mi mejor amigo se marchó a Londres a trabajar durante un año, pero no volvió, le salió una oferta de trabajo muy buena que no podía rechazar, seguimos en contacto por email pero no es lo mismo, él apenas viene a España y mi trabajo no me permite viajar tanto como me gustaría, así que…

—Es una pena, yo no me imagino mi vida sin Sofía, ha sido mi principal apoyo, mi confidente, todos pueden fallar, pero ella no, siempre está ahí.

—Bueno algún día espero tener una amistad tan fuerte como la vuestra.

—¿Y tú qué? ¿Saliste el viernes?

—Pues… —Juan se detuvo en mitad de la frase para pensar bien la respuesta. —Sí, salí a tomar algo con unos compañeros del trabajo, nada especial…

—Ah, eso también está bien, hay que llevarse bien con los compañeros del trabajo, al fin y al cabo es con quien más tiempo pasas a la semana. Aunque en mi caso también es a Sofía a quien más veo…-Diana se ríe, mirándole a los ojos.

Por un momento Juan se quedó mirando embobado a Diana mientras reían, pero volvió a la realidad en cuanto ella le ofreció otra cerveza y fue a la cocina a buscarla.

"*Pero ¿se puede saber qué te pasa? Seguro que ella ya se esta dando cuenta de que te gusta. ¿No sabes disimular? Deja de cagarla o al final ni siquiera podréis ser amigos. ¿Es eso lo que quieres? Claro que no, lo que quiero es besarla, abrazarla, aspirar el aroma de su pelo… ¿Se puede ser más ñoño? Seguro que no, venga, concéntrate que ahí viene y, recuerda, mantén la calma y no la mires con tanta intensidad. Vale, ahí vamos otra vez*".

—Ya estoy aquí, espero no haber tardado demasiado, he preparado unos montaditos, así nos valdrá de merienda-cena. ¿Qué te parece?

—Pues genial, así podremos estar más tiempo juntos —si pudiera Juan se hubiera dado una colleja a sí mismo por su gran genialidad.

—Sí, me gusta estar contigo, me siento muy relajada, supongo que es porque te conozco desde hace mucho y tenemos confianza, también te agradezco que no hayas nombrado a Pedro en nuestras conversaciones, se que él es tu amigo y que no debe resultarte muy fácil sentarte aquí conmigo como si no hubiera pasado nada.

—Pues, para serte sincero, pensé que iba a ser algo raro, porque antes tú y yo no es que habláramos muchísimo pero, es muy fácil hablar y estar contigo, soy amigo de Pedro, pero eso no significa que apruebe y, que me gusten todas las cosas que él hace. Además, ya llevábamos un tiempo algo distanciados, él ya no salía tanto con nosotros, se apartó del grupo, supongo que sería para evitar que alguno le descubriéramos. No me gustan las mentiras, pienso que si una persona que lleva tantos años con otra no tiene la suficiente confianza como para decirle, "*oye, esto no funciona, ya no te quiero y antes de hacernos daño creo que es mejor que lo dejemos*" y prefiere serle infiel durante meses, es un canalla porque, ante todo, tendría que tenerle un respeto a la persona con la que ha compartido su vida tanto tiempo y pensar que a él no le hubiera gustado recibir el mismo trato…Perdona, Di, no debería decirte estas cosas, probablemente sea de lo que menos quieres oír hablar.

Diana permaneció un rato en silencio, se levantó del sofá y se dirigió a la puerta de la terraza, la abrió y salió al fresco de la noche que ya era. Las luces de los edificios formaban un raro decorado en el horizonte. Sin querer, los ojos se le inundaron de lágrimas que corrían a gran velocidad hasta morir en su barbilla. No quería que Juan la viera llorar por segunda vez, ni siquiera sabía por qué estaba llorando, notó unas manos fuertes que le abrazaban la cintura, Juan apoyó su cabeza en el hombro de Diana.

—Lo siento mucho, Diana, perdóname, no quería hacerte daño de verdad, a veces soy un verdadero imbécil y no sé mantener mi bocaza cerrada.

Diana cerró los ojos con fuerza, apretó sus manos en puños, tragó saliva y decidió en aquel momento, que no iba a derramar ni una sola lágrima más por Pedro o por cualquier cosa relacionada con él, no se lo merecía. Se dio la vuelta para mirar a Juan, el pobre estaba bastante triste, pensaba que Diana estaba así por su culpa, le acarició la mejilla, se puso de puntillas para poder abrazarlo mejor y le dijo al oído:

—Perdóname tú a mí, no tienes la culpa de nada de lo que me pasa y me siento idiota, porque esta es la segunda vez que nos vemos y es la segunda que me ves llorar y me consuelas. Eres genial, me alegro de que estés aquí conmigo —le susurró Diana y antes de separarse de su

abrazo le dio un beso en la mejilla.

Pero, para Juan, ese fue el punto culminante y no aguantó más, con su mano levantó la cara de Diana, le limpió con los dedos el rastro de sus lágrimas y rozó con sus labios la boca de ella, no quería forzar nada, esperaba una señal por parte de Diana, que le llegó enseguida, ella separó los labios y comenzó a besarle con mucha fuerza, apretando su cuerpo contra el de él.

Los besos fueron cada vez más intensos y las manos de Juan se enredaban en el pelo de Diana, notaba cada parte de su cuerpo al tenerla tan pegada a él, la separó muy despacio y abrió los ojos.

—Vaya…Diana esto, esto ha sido…no encuentro las palabras…

—Lo sé…No esperaba que fuera a ocurrir esto—. Diana tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues, yo llevaba algún tiempo preguntándome como sería hacerlo y la realidad ha superado con creces mis expectativas. —Le cogió la mano y besó la palma—. Eres estupenda, preciosa, dulce, simpática…

—Para, para, que me voy a poner colorada y, con la vergüenza de haber llorado delante de ti otra vez ya tengo suficiente. Tú si que eres estupendo y, puestos a confesar, me has atraído siempre pero, estaba muy bien con Pedro, así que procuraba no pensar en ti en este sentido. Me gustas, Juan pero, tengo miedo, miedo de que lo que empecemos ahora no sea más que una relación que me haga de trampolín después de Pedro y no quiero que pase eso con nosotros, porque te aprecio demasiado como para perderte también como amigo, así que si te parece bien, me gustaría ir con calma, paso a paso, sin compromisos ni complicaciones, viendo poco a poco lo que nos va pidiendo la relación y lo que podemos aportar cada uno.

—Tranquila, Diana, no quiero presionarte, será como tu quieras, no tengo ninguna prisa, yo tampoco quiero que lo que haya entre nosotros acabe mal, así que seremos dos amigos que se divierten juntos, que se gustan, que se besan y…ya se verá que más —Juan rió al terminar la frase, abrazó a Diana y le dio un beso en la cabeza.

—Gracias, Juan. ¿Te importa si volvemos dentro? Empieza a hacer un poco de fresco.

—Claro, vamos. ¿Te apetece que encarguemos unas pizzas y veamos una película? —Juan puso su brazo alrededor de los hombros de Diana mientras volvían a entrar en el salón.

Diana sentía las mariposas en el estómago, lo que dicen que notas cuando estás ilusionada con un nuevo amor. Cenaron una pizza y, después, se sentaron en el sofá donde no pararon de besarse y acariciarse. Mientras, de fondo, en la televisión se veía una película, una comedia romántica a la que no habían hecho ni caso desde el principio.

De repente se acordó de que tendría que haber llamado a Sofía por

la tarde, se le había pasado por completo, así que disculpándose con Juan, cogió el inalámbrico y fue a su habitación. Tenía muchas ganas de contarle todo a Sofía y de que le diera consejo y opinión.

—¿Diga?

—Hola, Sofi, ¿qué tal? ¿Qué has hecho hoy?

—Hola, Di, pues bien, he pasado una tarde de lo más tranquila en casita, descansando para la dura semana laboral que nos espera —Sofía reía, mientras le guiñaba un ojo a Manu que llevaba toda la tarde con ella.

—Ah, me parece estupendo.

—¿Y tú qué? ¿Qué te cuentas?

—Pues yo tengo una noticia, que aún no he terminado de asimilar. ¿Estás sentada?

—Oye, me estas asustando. ¿Qué ha pasado? —Sofía sonaba algo preocupada.

—No te preocupes, no es nada grave, creo… Es broma, a ver, te cuento, ha venido Juan esta tarde para terminar de llevarse las cajas de Pedro.

—Vale, hasta ahí todo normal.

—Sí, sí, todo normal, hasta que…nos hemos besado.

—¿Qué? ¿Qué os habéis qué? —Sofía había alterado bastante su tono de voz.

—Sofí, respira, que te vas a poner mala, nos hemos besado. No tiene nada de malo, ¿no?

—No, pero… ¿Qué significa? ¿Qué va a pasar ahora entre vosotros? ¿Lo habéis hablado? Porque esto es algo que hay que hablar desde un primer momento, ya sabes, para dejar las cosas claras.

—Sí, lo hemos hablado y yo le he propuesto ir con mucha calma, sin presiones, sin compromisos y, a ver qué pasa porque no le quiero perder como amigo.

—Muy bien, Di, estoy orgullosa de ti —Sofía más relajada ahora reía-. Me alegro de que por fin Juan se haya atrevido a dar el paso. Y dime, ¿cómo ha sido? El primer beso digo.

—Pues ha sido muy bonito, ya te lo contaré con más detalle mañana pero, dime, ¿qué has querido decir con eso de que por fin se ha atrevido a dar el paso?

—Bueno, yo también te contaré mañana cosas con más detalle, no trasnoches mucho, ¿eh? Nos vemos en la oficina. Se buena, no hagas nada de lo que yo no haría.

—Sí, *"mamá"*, mañana nos vemos. Buenas noches.

—Buenas noches, Di, besitos.

—Besitos, ciao, ciao.

—Ciao.

Diana cuelga y se dirige de nuevo al salón donde le espera Juan

sentado en el sofá, al verla entrar por la puerta esboza una gran sonrisa mostrando sus dientes perfectamente alineados. Al ver esa maravillosa sonrisa que le dedica, Diana no duda y entra.

—Siento haberte hecho esperar, pero tenía que hablar con Sofía para ver cómo quedábamos mañana para ir al trabajo. —Juan nota como se ruboriza ligeramente.

—No te preocupes, no has tardado nada y… ¿ya has aclarado todo con ella? —Se imagina que lo más seguro es que hayan hablado de él y de los besos que se han dado.

—Sí, más o menos, ya puliremos los detalles mañana —una risita nerviosa se adueña de ella.

—¿Qué pasa? —Juan parece un tanto desconcertado—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—¡Oh! Lo siento, es que esta situación me parece un tanto cómica.

—¿Cómica?

—Sí, es que sin duda sabes que Sofi y yo hemos estado hablando sobre ti y, bueno sobre lo que ha pasado hoy, me ha resultado graciosa la situación, perdona, no quería incomodarte.

—No te preocupes, no me ha incomodado, ya me había imaginado que hablarías con tu mejor amiga, sobre nosotros…Dime, ¿qué opinión tiene Sofi? —Juan se levanta del sofá y camina despacio hasta colocarse delante de Diana, quiere mirarla a los ojos.

—Pues…-Diana titubea cohibida por la mirada de Juan -. La verdad es que le gusta bastante la idea, aunque me ha dado la impresión de que ella ya intuía algo desde hace tiempo y no sé por qué. ¿Tú sabes algo al respecto?

—Creo que algo sí, pero es mejor que primero te cuente Sofía lo que sabe y después yo te contaré lo que ella no te haya dejado claro – la coge por la cintura y la atrae despacio hasta que sus bocas están a escasos milímetros de distancia -. ¿Te parece bien?

—Supongo que tendré que quedarme con las ganas, porque por lo visto ninguno de los dos, va a contarme nada hoy, aunque—. Diana juega coqueta con el labio inferior de Juan—. Tal vez podría persuadirte para que me contaras todo—. Y sigue con su juego.

—¿De verdad crees que es tan fácil persuadirme? —Ahora es él quién juega con los labios de Diana—. Sobre todo teniendo en cuenta que me da un poco de vergüenza que te enteres…

—¿Por qué? —Diana se separa un poco, para comprobar si habla en serio y nota, para su sorpresa, que Juan se empieza a poner rojo, así que decide ahorrarle el mal trago—. Vale, esperaré a que me lo cuente Sofi y ya hablaremos.

—Gracias, pero por el momento podemos seguir por dónde íbamos, ¿te parece? —Comienza a besarla con avidez, aún sigue sin creerse que esto esté pasando entre ellos.

Ya en el sofá continuaron la velada, viendo el estreno en televisión de una de las últimas súper producciones *hollywoodienses*, una película de intriga y acción, que los tuvo en ascuas hasta el final. Diana permaneció acurrucada sobre Juan todo el tiempo, de vez en cuando se perdía en el hilo de sus pensamientos y se quedaba un rato mirando distraída la televisión con una sonrisa en la cara, que Juan veía cuando la miraba de reojo.

Avanzada la noche llegó la hora de la despedida. Al día siguiente los dos tenían que madrugar para ir a sus respectivos trabajos. Diana acompañó a Juan hasta la puerta, él cogió las cajas de Pedro que quedaban y las sacó al rellano para poder meterlas en el ascensor.

—Bueno, pues estas son las últimas cajas. Ahora voy a tener que inventarme otra excusa para venir a verte.

—No, ahora simplemente no te harán falta las excusas —Diana se puso de puntillas para darle un beso—. Llámame cuando llegues a casa, si no, no me quedaré tranquila.

—Sí, te doy un toque, ¿vale? No me apetece nada irme—. Le acaricia la mejilla y vuelve a besarla con más intensidad —Mmm..... Ahora sí que no quiero irme.

—Venga, no te hagas el remolón —dijo mientras le empujaba un poco hacía el ascensor riendo—. Mañana si quieres nos vemos, pero vete, que ya es tardísimo.

—Vale, vale, me voy, pero mañana nos vemos sin falta, ¿eh? —Y antes de que cierre la puerta del ascensor le roba un último beso -. Que descanses. —Diana alcanza a escucharlo a pesar de que el ascensor ya ha bajado.

Entra corriendo en casa con una gran sonrisa en los labios. "*Creo que esta noche voy a dormir de maravilla, aún no me creo que esto sea real"*. Y, con estos pensamientos, rauda y veloz, se pone el pijama, se lava los dientes y se acuesta. Se oye el tono de su móvil. "*Perfecto ya está en casa, ahora a dormir*". Luego el sonido de un mensaje. Coge el teléfono y lo lee. "*Gracias por esta magnífica noche que jamás olvidar. Buenas noches, preciosa, que duermas bien, besos.*" Teclea a toda velocidad y envía la respuesta. *"Yo tampoco voy a olvidarla, ha sido fantástica, que descanses, hablamos mañana, besos."* Coloca el teléfono en la mesilla de nuevo y después de dar un par de vueltas, se duerme.

CAPÍTULO V

"*Pi-pi-pi-pi*". El sonido del despertador devuelve a Diana de los brazos de Morfeo a la realidad, hoy es lunes y le espera un largo día de trabajo en la oficina. De un salto se levanta de la cama y sube la persiana de la habitación, fuera el sol ya brilla, aunque le acompañan rachas de viento fresco, por lo que seguramente le hará falta ir abrigada, así que saca del armario del vestidor unos pantalones negros de pinzas y una camisa de manga pirata color verde oscuro, coloca todo bien estirado encima de la cama y va al baño para darse la ducha de rigor de cada mañana. Se seca el pelo, se lava los dientes y se maquilla ligeramente, lista, ahora sólo le queda hacer la cama y ponerse los zapatos negros. Coge el bolso y la americana negra que hay colgados en el perchero de la entrada, las llaves, un último vistazo en el espejo y… perfecta. Hora de irse.

Ha llegado media hora antes, el metro no ha ido tan abarrotado hoy. "*Genial así podré desayunar en la cafetería de enfrente*". Allí, después de pedir lo de siempre, se sienta en su mesa.

—Buenos días, Diana, cuánto tiempo sin verte. ¿Estabas de vacaciones? –Le habla Luis, el camarero.

—Hola, Luis. Pues sí, me tomé unas mini-vacaciones. ¿Qué tal va todo por aquí?

—Bien, cómo siempre. ¿Has quedado con Sofía?

—No, ¿por qué?

—Porque me llamó hace un momento y me dijo que fuera preparando su desayuno, que en cinco minutos llegaría y, al verte a tí imaginé que habíais quedado para desayunar juntas… Mira, ahí llega, puntual, sí señor, voy a por su desayuno.

—Muy bien, hasta ahora —Luis sale corriendo a la cocina, mientras Sofía ya ha visto a Diana y avanza por la cafetería hasta su mesa—. Hola, Sofí, me alegro de que hayamos coincidido, porque así podremos charlar tranquilas antes de entrar.

—Buenos días, Di, esperaba encontrarte aquí, me muero de ganas de que me cuentes lo que pasó ayer.

—Hola, Sofía. Aquí tienes, tu café y tu croissant. —El camarero deja todo en la mesa.

—Muchas gracias, Luis.

—Bueno chicas, que os aproveche. ¿Os veo para el almuerzo?

—Gracias, Luis. Claro, luego nos vemos —respondió Diana.

Sofía miraba fijamente a su amiga, ni si quiera se movió para

despedir al camarero que volvía a su puesto tras la barra.

—¿Por qué me miras tanto? —Le preguntó Diana cuando Luis se había alejado lo suficiente como para no poder escucharlas.

—Se te ve muy contenta esta mañana, más relajada…

—¡Ah, es eso! Pues la verdad es que hoy he dormido fenomenal.

—No me digas y… ¿sola?

—Pues claro que sola. ¿Con quién querías que durmiera? —Diana miraba divertida la expresión de Sofía, parecía que intentaba adivinar si su amiga decía la verdad.

—Bueno, pues… ¿me vas a contar de una vez lo que pasó ayer?

—Si me lo pides así… A ver, lo que pasó es que Juan vino a casa para recoger el resto de las cajas de Pedro y, bueno, estuvimos charlando, hubo un momento en que tuve que salir a la terraza porque me dio la llorera. En fin, que vino a consolarme y… nos besamos, nada más.

—¿Y te parece poco? Os habéis besado, Diana. ¿Qué significa eso?

—Pues no sé qué significa para él, para mí…tampoco lo sé, sólo sé que me gusta, es guapo, divertido, inteligente, cariñoso…Y, estoy a gusto con él. La verdad es que siempre me ha atraído, pero nunca pensé que fuera a pasar algo entre nosotros…Lo que me recuerda que tú también tienes algo que explicarme, ¿no?

—Es verdad. Es que Juan lleva un tiempo interesado en ti, yo le recomendé que tuviera paciencia, que todo llegaría y no me equivoqué.

—Pero… ¿Cuánto tiempo? Y, ¿desde cuándo te pide él consejo sobre mí? —Diana estaba perpleja.

—No sé cuánto tiempo y, sólo hemos hablado de ti una vez y fue la noche que salimos con las chicas.

—¿Dónde? Yo no le vi.

—En la discoteca. Yo si le vi, no dejó de observarte en toda la noche, así que me acerqué a hablar con él.

—¿Y qué le dijiste? ¿Qué te dijo?

—Tranquila, tranquila, no fue nada del otro mundo, simplemente indagué un poco y, al final, conseguí que me dijera que le gustabas. Prometí no decirte nada. Y ahora… ¿qué vas a hacer?

—Pues, ir con calma, no quiero precipitarme, hace muy poco que lo he dejado con Pedro y Juan me gusta pero, aún no se hasta que punto…

—Tú no te rayes, ya irás viendo lo que pasa, pero creo que sí, lo mejor es que te lo tomes con calma. Bueno, cambiando de tema… ¿estás lista para la jornada laboral?

—Sí, ya me he ido mentalizando durante el fin de semana. Pero, seguro que va a ser más duro de lo que me imagino…Más que nada me preocupan las miradas de la gente y los cuchicheos, porque sé que

me van a afectar, aunque me digo a mí misma que todo eso me resbala, no es verdad.

—Di, yo voy a estar contigo, no lo olvides, no hagas ni el más mínimo caso de lo que digan los demás, tienes que estar por encima de todo eso—. Sofía cogió la mano de su amiga y le sonrió.

—Gracias, Sofi, sin tí no sería capaz —le dio un apretón en la mano.

—¿Vamos?

—Sí, vamos. Hoy te invito yo al desayuno.

Y, así, salieron las dos en dirección a la oficina, cuando llegó el ascensor a su planta y antes de que abrieran las puertas, Diana inspiró profundamente, cerró los ojos y soltó el aire. Entraron en la oficina, fueron directamente a sus mesas, dejaron las chaquetas y se sentaron delante de sus respectivos ordenadores. La mañana transcurrió bastante tranquila, aprovecharon bien el tiempo para terminar de darle forma a la fiesta que tenían entre manos, distribuyeron el trabajo entre sus ayudantes y, ya cerca del medio día, llegó su jefe y el temido momento para Diana, cuando la secretaría personal de este la llamó para hacerla entrar a su despacho para una reunión.

—Buenos días, Diana. ¿Cómo estás? ¿Cómo va el día?

—Buenos días, jefe. Pues, estoy bien, gracias y el día también bien, muy productivo.

—Eso es bueno, aunque tus días siempre son muy productivos, no es ninguna novedad —rió—. Bien, sólo quería ver qué tal te encontrabas, esta tarde tendremos una reunión, Sofía, tú y yo, tengo un nuevo proyecto que comentaros, si os viene bien claro…

—Claro, jefe, aquí estaremos, un proyecto nuevo siempre cuenta con toda mi atención.

—Muy bien, pues os espero a las cuatro—. Y volvió a centrar su atención en las montañas de papeles que se apelotonaban en su mesa.

—Hasta luego —Diana salió del despacho. Había sido menos duro de lo que imaginaba, su jefe era un hombre genial, se notaba que se preocupaba por sus empleados, algo poco usual en un jefe, sonrió, el día iba de maravilla.

Contó los planes que tenían para la tarde a Sofía. Se fueron a comer temprano, para seguir con el trabajo antes de la reunión, algo ligerito, tampoco había que abusar, sobre todo si la tarde iba a ser intensa. Unos diez minutos antes, Diana y Sofía fueron a la sala de reuniones para preparar un café, porque a esas horas y después de comer es lo que más apetece y mejor sienta. Cuando estaban colocando las tres tazas en la mesa, entró su jefe por la puerta.

—Vaya eficiencia, chicas, justo a tiempo.

—Esa es una de nuestras muchas virtudes, jefe—. Dijo Sofía mientras le acercaba la taza de humeante café y se sentaba.

—Lo sé, lo sé. ¿Cómo ha ido el día? Diana, ¿te ha costado la jornada de hoy?

—No, ha ido todo muy bien, se me ha hecho muy ameno el día, es agradable volver al trabajo.

—Entiendo—. Dio un largo sorbo a su café, entrecerrando los ojos -. Chicas, si os he reunido hoy aquí es porque además de disfrutar de vuestra grata compañía, quería informaros del nuevo proyecto que tengo entre manos. Bien, de momento no hay nada cerrado, pero el tema sería el siguiente: es para una campaña de marketing total, de un nuevo producto que está revolucionando el mercado italiano, se trata de unas piezas de joyería inspiradas en la nueva moda de hacer collares, pendientes, etcétera, con chapas de las latas de refresco. El proyecto lo está llevando una empresa italiana, obviamente, pero no una cualquiera, es la empresa de mi amigo Marcello Abaloni. Me ha pedido ayuda para la organización del evento, porque sabe que cuento con dos colaboradoras extraordinarias, que sois por supuesto vosotras…

—Nos va a poner coloradas, jefe—. intervino Sofía.

—¿Qué tipo de ayuda es la que necesita su amigo?

—Me encanta tu estilo, Diana. Ya estás centrada en el proyecto sin apenas haberte contado nada, eres toda una profesional —sonrió y se enderezó en su asiento—. Retomando el tema, el hijo de mi amigo Marcello, trabaja con él y es el encargado del proyecto, una de vosotras tendría que ir a Italia, mínimo un mes, para ayudarles a organizar la fiesta de presentación, así que ya me diréis quién será. Por otro lado, le he dicho a Paolo, el hijo de Marcello, que venga a España para ver el próximo evento que tenemos y, para conoceros y conocer vuestro trabajo. Y, dicho todo esto, ¿preguntas? —Dijo dirigiéndose a Diana y Sofía.

—¿Tiene alguna preferencia, entre nosotras para este proyecto? Me refiero a sí cree que una es más válida para este tipo de trabajo que la otra —preguntó Sofía.

—Bueno, chicas, ya sabéis que me encanta el trabajo que hacéis las dos como equipo y no podría decidir cual de vosotras es más válida, porque es como si a un padre le preguntaran a cual de sus hijas quiere más. Tendréis que hablarlo entre vosotras y decidirlo, tenéis de plazo hasta la fiesta que estáis montando para decírmelo, porque tendré que organizar el viaje, la estancia y demás. Bueno, yo no, será mi secretaría. —Se echa a reír, mira a Diana que permanece callada y pensativa—. Diana, ¿todo bien? ¿Alguna pregunta?

—¿Eh? Lo siento, estaba pensando en todo lo que nos acaba de contar. En el proyecto… ¿nos dejarán hacer según nuestro criterio o serán ellos los que den las pautas?

—Eso tendréis que preguntárselo a Paolo cuando venga, si le

demostráis de qué sois capaces en la fiesta, estoy seguro de que os dejará hacer lo que os dé la gana. Aunque, según lo que me ha dicho su padre, tiene un carácter un tanto…

—Un tanto ¿qué? —Dijeron Diana y Sofía a coro, se miraron divertidas.

—Pues…un tanto…difícil, quiero decir que puede resultar duro de llevar, porque es joven, como vosotras, pero se cree que sabe más que nadie y eso en esta vida no es bueno. En fin, espero que todo vaya bien, aunque sé que mis chicas son muy diplomáticas y correctas. Y consiguen siempre lo que quieren con mucha sutileza —les guiñó un ojo, dio un último sorbo al café y se levantó en dirección a la puerta.

—Jefe, una última pregunta… ¿A qué ciudad de Italia tendríamos que ir? —Preguntó Diana.

—¡Ah! ¿No os lo he dicho? Es en Roma, un privilegio sin duda, os dejo que meditéis el tema, yo me voy, hasta mañana, chicas.

—Hasta mañana, jefe —contestó Sofía, mientras su jefe desaparecía por el pasillo en dirección al ascensor, se volvió hacia Diana -. ¿Qué te parece? Unas vacaciones en Italia, sí señor. Vas tú, ¿no?

—¿Yo? Y, ¿por qué? —Diana miraba atónita a Sofía—. También puedes ir tú o ¿es qué tienes algún plan del que yo no sepa nada?

—No, no es eso, sólo es que creo que te vendría de perlas una escapadita de España, para relajarte, desconectar, aclarar tus ideas. Además, no has vuelto a Italia desde nuestro primer viaje, ¿no? Y siempre has dicho que te había encantado y qué te gustaría conocer más el país. Pues, esta es tu oportunidad —en el fondo Sofía, no quería ir a Italia, porque no quería separarse durante tanto tiempo de Manu ahora que por fin estaban juntos. Pero, eso no se lo podía decir a Diana, al menos de momento.

—Tengo que pensarlo, no es una decisión para tomar así a la ligera y tenemos tiempo, aún faltan unos días hasta la fiesta, que por cierto tenemos que seguir con los preparativos, porque si no se nos va a amontonar el trabajo. Voy a llevar el texto de las invitaciones para que nos impriman unas, a ver qué tal quedan, si están bien, las mandamos a imprimir hoy, mañana se las damos a nuestros ayudantes para que se encarguen de mandarlas y listo, una cosa menos.

—Bien, me parece perfecto, mientras yo voy a ultimar los detalles de la fiesta con el dueño del local, para que no surjan imprevistos, porque no ha dado nunca una fiesta como esta en su local y tengo miedo de que la pifie, así que le daré unas directrices….

—Que por nada, nada, nada del mundo debe incumplir —Diana se ríe, conoce de sobra el carácter de Sofía—. Pobre hombre, no sabe dónde se ha metido…

—Ha sido bastante insensato la verdad —ahora es Sofía la que se ríe—. ¿Y los invitados? ¿Cómo va ese tema?

—Pues, de momento, tengo casi la mitad confirmados, creo que mañana o pasado tendré la lista definitiva para pasarla al local.

—Perfecto. ¿Lo ves? Eres la más indicada para ir a Italia, siempre tienes todo controlado.

—¡Ay Sofí, no te pongas pesada! Y deja de decir tanto "*perfecto*", que me pones nerviosa.

—Está bien, está bien, no te insistiré más, perdona. Pero me niego a dejar de decir "*perfecto*" porque cuando algo es "*perfecto*" lo es y punto —Sofía cruzó los brazos en el pecho como una niña cabreada y Diana no pudo evitar soltar una carcajada.

—Venga, señorita perfección, a trabajar, que quiero irme pronto a casa. Nos vemos en un rato, cuando tenga las invitaciones te las llevo para que les eches un vistazo. —Y diciendo esto salió también de la sala de reuniones.

El resto de la tarde la pasaron, decidiendo y preparando los detalles de la fiesta con sus ayudantes. Cuando eran las seis y media, dieron por acabada la jornada, cogieron sus respectivos bolsos y chaquetas y, salieron del edificio dirección a la boca de metro.

El teléfono de Diana vibraba dentro de su bolsillo, lo sacó y vio que en la pantalla parpadeaba un sobre de mensaje, era de Juan. "*Hola, guapa, ¿cómo ha ido el día? ¿Quieres que nos veamos? Besos*". A lo que Diana respondió: "*Hola, acabo de salir del trabajo, el día bien, me encantaría verte, ¿te apetece ir a cenar a algún sitio? Besos".* Unos segundos y llega la respuesta "*Estupendo, te paso a buscar a las nueve*". Diana vuelve a meter el teléfono en su bolsillo, Sofía no se ha dado cuenta de nada, está con los cascos puestos escuchando música y dando cabezadas. Un rato más tarde le da un codazo, ha llegado a su parada, es hora de bajarse, Sofía se quita los cascos y guarda el Ipod en el bolso, continúan el trayecto hasta la salida prácticamente sin hablar, después de todo el día juntas hay poco qué decir y el cansancio hace mella en Sofía que apenas ha dormido esa noche por estar con Manu. Ellos hoy no se verán, el abogado tiene mucho trabajo acumulado y saldrá tarde, pero hablaran por la noche, eso es lo que le ha dicho al medio día cuando Sofía le llamó desde el baño de la oficina para que Diana no le oyera. Las dos amigas se despiden, quedando para desayunar al día siguiente a la misma hora.

Diana cerró la puerta del ático tras de sí, se quitó los zapatos, le dolían los pies, fue a la nevera en busca de algo para picar pero, la nevera estaba vacía, siempre se olvidaba de hacer la compra. Aunque mira por donde, sí que hay lo que le apetece, un buen trozo de chocolate con leche, es la hora de la merienda, un poco no hace daño. Y así, descalza y con el trozo de chocolate entre los dedos, se tira en el sofá, le da al botón del contestador, tiene mensajes, porque la luz parpadea.

"*Mensaje número uno: Hola, Di, ya sé que seguramente a mí es a quien menos ganas tienes de oír, sólo quiero que sepas que al contrario de lo que crees, te he querido muchísimo aunque, tal vez, no he sabido demostrarlo como es debido. Espero que algún día me perdones y, podamos ser amigos. Siento mucho todo el dolor que te estoy causando, me voy a vivir a Nueva York y, supongo que si te llamo es para de alguna manera quitarme el lastre, espero que encuentres la felicidad que te mereces, un beso."*

"No tiene más mensajes".

Los ojos de Diana estaban anegados por las lágrimas. "*Pedro, ¿por qué? ¿Por qué ahora? Se va, lejos. Yo también te quise muchísimo, con todo mi corazón. Te lo di todo y tú me lo has arrebatado todo. Y ahora me llamas. ¿Para hacerme más daño? ¿Es así como quieres qué sea feliz? ¿Recordándome a cada instante tu traición? "*

Rompió a llorar en el sofá, incumpliendo así la promesa que se había hecho a ella misma. Cuando se le acabaron las lágrimas miró el reloj, eran las ocho y media, Juan llegaría en media hora, tenía que cambiarse, fue al vestidor, cogió unos vaqueros bajos una camiseta de manga larga y escote y se puso unas zapatillas. Fue al baño, un vistazo en el espejo, se maquilla un poco para que no se le note que ha estado llorando una hora, se peina y se pone una diadema. Se perfila los ojos con color negro, justo a tiempo, Juan acaba de llamar al portero, practica una sonrisa en el recibidor y baja a toda prisa a la calle.

—Buenas noches, Di. Estás muy guapa —la sonrisa de Juan podría iluminar un estadio.

—Hola, Juan. Gracias, tú también estás muy guapo. Perdona, pero no sé si voy bien vestida para el sitio donde vamos a cenar —Diana se miró los vaqueros y sus zapatillas y, después, miró a Juan. Realmente estaba muy guapo, también iba en vaqueros, una camiseta negra de manga corta y una chaqueta de estilo militar, se había echado un poco de gomina y el pelo se le había quedado de punta.

—¿Perdonarte? ¿Por qué? Vas genial para el sitio al que vamos y para cualquier sitio al que quisieras ir —volvió a sonreír y le cogió la mano.

Diana se dejó llevar por él, hasta un restaurante italiano que había a un par de calles de distancia de su casa, asentía y sonreía cuando Juan le hablaba, pero en realidad no oía su voz, su mente le traía una y otra vez las palabras de Pedro en el contestador.

—Di, Di… ¡Eh! —Le pasaron los dedos de la mano de Juan por delante de los ojos.

—Esto…lo siento, ¿qué decías? Me he distraído.

—Sí, ya lo he notado. ¿Estás bien? Pareces un poco ausente esta noche —Juan le acaricia la mano por encima de la mesa, ella se queda

ensimismada mirando ese gesto de cariño.

—Sí, estoy bien. Estoy bien, no te preocupes, cosas del trabajo —se fuerza a sonreír no quiere que él note su tristeza.

—Vale. ¿Qué te apetece tomar? —Juan mira la carta.

—Pues me apetece un plato de *spaghetti a la bolognesa*, ¿y a ti?

—Pues yo también voy a pedirlos, porque los de aquí están de vicio.

Durante el resto de la velada Diana apenas habló, cuando terminaron de cenar volvieron paseando hasta su casa y se despidieron en el portal.

—Diana, sé que algo te pasa, llevas toda la noche rara, no quiero que me lo cuentes, solo quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

—Lo sé, Juan y, siento haber sido una compañía tan mala esta noche, perdóname —le dio un beso en los labios.

—Estás perdonada, que descanses, espero volver a ver pronto tu bonita sonrisa.

—Buenas noches, Juan. Gracias por la cena.

—Buenas noches, Di.

Ya en casa, Diana se puso el pijama, se lavo los dientes y pasó la noche dando vueltas. No pegó ojo.

"¿Por qué me está afectando tanto esta llamada? Se supone que él ya no me importa. Pobre Juan, no se merece esto, quizás es demasiado pronto para empezar algo, no quiero hacerle daño, espero que no sea tarde…Ay, Dios mío. ¿Qué hago? Sofía tenía razón, creo que el viaje a Italia me vendría estupendo. No pensaría en Pedro, en Juan, en nadie, sólo en el trabajo y en volver a ver ese maravilloso país. Sí, sin duda ha sido demasiado precipitado empezar algo con Juan. Aunque sea poco a poco, es muy pronto, sólo han pasado… Uff, ni un mes desde lo de Pedro. Joder, soy un desastre, no es el momento. Sí, Juan me gusta, pero no siento nada. ¿No? No siento nada, necesito tiempo, irme será lo mejor. Sí, es lo mejor, mañana lo hablo con Sofía. Decidido me voy a Italia. Soy una puñetera peonza".

Cuando faltaban apenas un par de horas para levantarse, se durmió.

CAPÍTULO VI

Los días posteriores fueron un estrés constante para Diana. Entre las montañas de papeles y cosas por hacer de la fiesta, ahora también se le sumaba la llamada de Pedro. Hablaba cada día con Juan, pero no habían vuelto a quedar desde su salida al restaurante. Él ya intuía que algo no iba bien, Diana cada vez se mostraba más distante, así que decidió ser él quien diera el paso, para ponerle las cosas más fáciles.

—Hola, Di. ¿Cómo estás? ¿Te pillo en mal momento?

—Hola, Juan, estoy bien y es un buen momento, acabo de tomarme un descansito para un café. Dime, ¿pasa algo?

—Pues, verás, es que últimamente creo que te estás sintiendo un poco agobiada por nuestra relación y yo no quiero que lo pases mal…

—Yo… no sé qué decir, Juan. Tampoco quiero hacerte daño a ti, pero sí, es verdad, me siento un poco…abrumada, porque no he dejado el tiempo suficiente entre una relación y otra. Lo siento…

—Tranquila, Diana. Lo entiendo y es normal, ya te dije que no tengo ninguna prisa, cuando tú sientas que estás preparada hablamos. ¿De acuerdo?

—Sí, también quería que supieras que voy a ir a Italia por trabajo.

—¿Italia? Qué guay. Tiene que ser un país muy bonito. ¿Ya has estado antes?

—Sí, estuve hace varios años y es un país precioso. Tenía muchas ganas de volver. Y ahora voy a pasar una buena temporada allí, es genial.

—¿Cuánto tiempo te vas? —La voz de Juan se quebró ligeramente, por suerte Diana no se dio cuenta.

—Pues, en principio un mes.

—Vaya, qué suerte. Bueno, entonces si quieres, hablamos cuando vuelvas, sé que en estos días tendrás la fiesta y después tendrás que preparar el viaje, espero que te vaya muy bien por Italia.

—Muchas gracias, Juan, por ser tan comprensivo, por ser mi amigo, por…todo.

—De nada, Di, cuídate mucho.

—Tú también, un beso —colgó el teléfono, sentía una mezcla de alivio y tristeza.

Juan la conocía de verdad, sabía lo que ella necesitaba en ese momento. No le contó a Sofía los motivos por los que había terminado su relación con él, ni qué le había convencido para irse a Italia,

porque el desencadenante de todo había sido Pedro, otra vez él. Era la primera vez que le ocultaba algo a su amiga, pero se veía incapaz de contarlo, era muy duro, tenía miedo de que ella no lo entendiera, al fin y al cabo parecía ridículo que basara sus decisiones en Pedro y sus planes, pero así era.

Apenas faltaban unos días para la fiesta que estaban organizando y todo debía quedar perfecto, llegarían los italianos para ver su trabajo y valorarlo, estaba en sus manos que todo fuera bien.

Reinaba el silencio más absoluto en la oficina después de comer, tan sólo era interrumpido por el traqueteo acelerado de algún ordenador. Sofía discutía por teléfono en la sala de conferencias, se veían sus aspavientos a través del cristal. Sin duda algún proveedor no estaba haciendo bien su trabajo, Diana seguía toda la escena sentada en su escritorio, no habían hablado mucho a lo largo del día, cada una había tenido que dedicarse a su parte del trabajo. Cuando Sofía salió de la sala tenía la cara roja a causa del enfado.

—¿Se han revelado los proveedores?

—Buff —resopló Sofía—. Ni me hables, no soporto que la gente sea tan incompetente en su trabajo.

—Tranquila, Sofía, relájate, que se te ve muy tensa. Todo saldrá bien, como siempre.

—Sí, pero hasta que no pase esa noche yo no descansaré.

—Lo sé, yo tampoco. La verdad es que estoy bastante nerviosa, el proyecto italiano depende de esto.

—¿Te apetece que cenemos juntas hoy?

—Por mí vale. Pero nada de trabajo, ¿eh?

—Pues claro que no, ya he tenido suficiente. Paso por tu casa sobre las nueve.

—Muy bien. Y ahora volviendo al tema de la fiesta… ¿Sabes si han llegado ya los italianos?

—Me parece que iba el jefe a buscarlos esta tarde al aeropuerto, así que les conoceremos mañana. Sólo faltan tres días para la fiesta y, después, decidirán cuando te vas a Italia. Va a ser la primera vez que estemos tanto tiempo separadas, se me va a hacer muy raro.

—A mí también. Espero llevarlo bien y no agobiarme. Me pregunto cómo serán los italianos. ¿Será guapo el hijo de Marcello?

—Uy, uy, uy. ¿Ya estás pensando en ligarte al italiano? Además, aunque no fuera guapo, con la labia que tienen los italianos, seguro que es irresistible —Sofía reía picarona.

—Anda, ya estás desvariando, era simple curiosidad…Bueno, ya es hora de irse a casa, voy a apagar mi ordenador y te espero abajo.

—Vale, voy a mi mesa a hacer lo mismo, nos vemos abajo.

Las dos amigas volvieron juntas en metro como cada día. Al llegar a casa Diana se dedicó a ordenar y limpiar un poco, poner una lavadora,

limpiar el polvo, pasarle una bayeta al baño… Cuando terminó se lavó un poco y se cambió de ropa para ir a cenar con Sofía, pantalón pitillo con botines negros y una camisa larga blanca, se mojó el pelo y se echó un poco de espuma para ondularlo, colorete en las mejillas, la raya negra en el ojo, toque de perfume. Sofía llamó puntual al portero. Su amiga la esperaba en la calle, se había puesto un pantalón vaquero con unos botines, una camiseta morada de manga larga y una chaqueta de cuero marrón por encima, el pelo lo llevaba recogido en una coleta alta, para que se vieran los enormes pendientes que le colgaban de las orejas.

—¡Qué guapa, Sofi! Muy roquera, me gusta tu look. ¿A dónde quieres ir?

—Gracias, Di, tu también estás muy guapa. Había pensado ir a *Rockefeler*, a comer unas tapas y tomar unas cervecitas.

—Ah, muy bien. Vamos.

Cogieron el autobús, a pesar de que, *Rockefeler,* no quedaba excesivamente lejos como para ir andando, así evitaron el dolor de pies a causa de los tacones. Les dieron mesa en seguida, al ser un día por la semana no había mucha gente. Tras pedir un par de raciones y sus correspondientes cervezas, se enfrascaron otra vez en una interminable conversación.

—Oye, Di, tengo algo importante que contarte, habría querido hacerlo antes, pero pasó todo lo de Pedro y no me parecía el momento más correcto. —La cara de Sofía impresionó a Diana, lo que tenía que contarle debía ser importante de verdad, porque había abandonado su espíritu bromista y permanecía seria.

—Sofí, ¿qué pasa? ¿Es algo malo? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, Diana, es sólo que…llevó un tiempo saliendo con un chico.

—Uff, ¿era eso? Menos mal. —Diana se echó contra el respaldo de la silla, respirando aliviada. —Por un momento esperaba una noticia terrible, aunque mirándolo bien, lo es. Porque "*la gran Sofía*" se ha retirado del mercado. —Diana se reía mirando a su amiga. —Ahora sólo cabe una pregunta, ¿quién es el afortunado?

—Bueno… de hecho, le conoce—. Sofía empezó a sonrojarse.

—¿Lo conozco? Vaya, eso si que es raro. Nunca me habías dicho que te interesara alguno de los chicos a los que conozco.

—Ya…la verdad es que fue todo muy inesperado pero, si te soy sincera, llevaba bastante tiempo enamorada de él, pero no creía que estuviera a mi alcance.

—¿Quién no podría estar a tu alcance, Sofí? Eres fantástica. Ese chico, sea quien sea, tiene muchísima suerte de que le hayas elegido.

—Gracias, Di. Perdóname por no habértelo contado antes pero, esto es muy nuevo para mí y tenía miedo de estropearlo. Nos van las cosas

muy bien, él es maravilloso…

—Me alegro pero, ¿vas a decirme quién es él de una vez?

—Vamos a hacer una cosa, le llevaré a la fiesta y así sabrás quien es.

—Eso no vale, Sofía, no me puedes dejar ahora con la intriga, dímelo por favor.

—Nada, nada, como comprenderás si he aguantado tanto para contártelo no voy a ceder ahora cuando sólo faltan tres días para la fiesta. No seas impaciente.

—¿Ni siquiera me vas a dar una pista?

—No, ni una pista, tendrás que esperar.

—¡Jo! —Diana cruzó los brazos sobre el pecho y puso una mueca de enfado imitando a una niña pequeña.

Se echaron las dos a reír, pasaron el resto de la noche entre bromas, se despidieron a las dos de la mañana, Diana se lavó los dientes y se puso el pijama, qué bien lo pasaba con Sofía, a pesar de verse todos los días siempre conseguía sorprenderla. Llevaba meses saliendo con ese chico y ella había estado tan absorta en sí misma que no había notado nada, intentó recordar algún indicio que se le hubiera pasado por alto. No la había visto con nadie, no había escuchado ninguna conversación, no había notado ningún cambio significativo, sin duda se había tomado muchas molestias para que ella no lo descubriera. El chico era especial para Sofía, de eso si que estaba segura, porque era la primera vez que ella admitía estar enamorada desde que Diana era su amiga, pero… *"¿Quién será el chico misterioso?"* Diana cayó redonda en la cama, estaba cansadísima, los días previos a una fiesta eran desquiciantes y esta tenía el factor de los italianos añadido.*"Mañana será otro día"*.

El sol le daba de lleno en los ojos, se despertó y apenas lograba distinguir nada en la habitación, se le había olvidado bajar la persiana, cuando se acostumbró a la luz, pudo comprobar que aún faltaban diez minutos para que sonara el despertador. Puso los brazos bajo la cabeza y disfrutó del paisaje que le brindaba la ventana de su habitación. *"Una mañana preciosa, espero que sea un buen día"*. Dio un salto y se levantó, para su sorpresa estaba llena de energía, a pesar de que había dormido menos horas de las acostumbradas. Se metió en la ducha y ya que disponía de unos minutos extras decidió hacerse unos bonitos rizos en el pelo. En el vestidor, eligió un vestido azul eléctrico de tirantes, estilo griego, con un cinturón ancho negro. Se puso las medias y los botines de la noche anterior, el maquillaje ligero y natural, los ojos perfilados y rimel en las pestañas. Se sentía muy bien y también se veía así en el espejo. De verdad el día prometía, salió de casa con una gran sonrisa en los labios. Desayunó sola en la cafetería, porque Sofía iba a llegar tarde a la oficina, según le puso en un

mensaje que le mandó. Subió a la oficina y se sentó en su escritorio a comprobar los emails.

Eran casi las once de la mañana cuando Sofía por fin apareció, Diana miró su reloj sorprendida, fue inmediatamente a su mesa.

—Sofí, pero qué tarde llegas. ¿Qué te ha pasado?

—Hola, Di. Sí, es tardísimo, no te vas a creer lo que ha pasado… Nuestro querido jefe me llamó justo cuando estaba a punto de salir por la puerta de casa.

—¿El jefe? ¿Y eso?

—Pues por lo visto Marcello llegó ayer por la tarde, como ya sabes pero, su hijo Paolo, que debería venir en el mismo avión, lo perdió, así que cogía uno esta mañana. Y… adivina a quién le ha tocado ir a recogerle al aeropuerto.

—No, no me digas que le has ido a buscar al aeropuerto pero, ¿no podía haber ido nuestro jefe? Digo, si son tan amigos Marcello y él…

—Al parecer, Marcello y él salieron hasta tarde ayer, para ponerse al día y no pensaban aparecer por la oficina hasta después de comer, así que me tocó a mí pagar el pato.

—Y, el tal Paolo, ¿ha venido contigo a la oficina?

—No, le he dejado en el hotel, vendrá con su padre después.

—Y, ¿qué tal es?

—Es guapo, pero no he hablado mucho con él, estaba bastante cabreada y ya sabes que cuando estoy así suelo ser borde con todo el mundo, por eso procuré hablar lo justo y necesario. Además, mi italiano necesita una revisión urgente, apenas me acuerdo de decir cuatro cosas.

—Bueno, pues ya veremos entonces esta tarde si el mío está mejor que el tuyo. Toma, te he traído los últimos trámites de la fiesta, con esto creo que ya podemos zanjar el tema y centrarnos en los italianos.

—Pero… ¡Si lo has terminado todo! Diana, eres genial, tenía miedo de no acabarlo hoy, muchas gracias. Esto se merece una buena comilona, hoy invito yo, ya que tú me acabas de salvar la vida. Por cierto…qué guapa te has puesto. ¿Es para impresionar a los italianos? Porque si es así seguro que los dejas patidifusos.

—Nada más lejos, simplemente hoy me siento genial y quería que se notara también por fuera.

—Pues, lo has conseguido con creces, estás rompedora, así te aseguras el viaje a Italia, fijo. —Sofía le guiñó un ojo -. ¿Tomamos un café? Después de tanto trabajo, merezco un descanso —se echó a reír y Diana con ella.

—Eres un caso…Venga, uno rapidito, que nos necesitan los chicos para aprobar los platos del catering y la elección del Dj.

—Vale, *mamá*, cuanta responsabilidad me quieres inculcar, un café rapidito y a seguir currando.

—Así me gusta, *hijita*, que seas obediente —agarró a Sofía del brazo —. Vamos, calamidad, que nos van a dar las uvas.

Tomaron el café en la mesa de Sofía y, continuaron con el trabajo. A la hora de comer, fueron con sus ayudantes para agradecerles su esfuerzo y su ayuda. Fue una comida muy divertida. Para las dos era primordial que reinara un buen ambiente en el trabajo, sus ayudantes les tenían un gran aprecio pues, aunque delegaban muchas funciones en ellos, trabajaban como los demás e incluso a veces mucho más. Cuando estaban tomando el postre a Sofía le llegó un mensaje del jefe, diciéndole que llegaría a la oficina sobre las cuatro de la tarde con los italianos, que prepararan la sala de reuniones y les esperaran allí. Sofía le enseñó a Diana el mensaje, eran las cuatro menos veinte así que dejaron a sus ayudantes de tertulia y se dirigieron hacía la oficina. Una vez allí llevaron a la sala de reuniones los dosieres del proyecto que tenían entre manos, para enseñarles a los italianos su manera de trabajar. Prepararon café y unas pastitas que les llevaban cada día desde la cafetería de enfrente. Sonó el teléfono de la sala de reuniones, era Carla, de recepción, les avisaba de que el jefe acababa de llegar a la oficina y que venía acompañado. Las cuatro menos cinco, por suerte ellas ya tenían todo listo cuando hicieron aparición. El primero en entrar fue Marcello, era un hombre bastante corpulento, por su aspecto rondaba los sesenta, aunque su mirada y su sonrisa irradiaban juventud. Detrás de él entró su hijo Paolo, no había heredado ni la sonrisa ni la mirada jovial del padre, por el contrario permaneció serio y con una expresión de dureza en los ojos, unos ojos que eran de un azul inmenso. Tenía el pelo negro y ligeramente ondulado y le llegaba por debajo de las orejas. Era alto y con buen cuerpo. Diana se quedó buceando en aquellos ojos, la hipnotizaron totalmente pero, volvió en sí, cuando, detrás de Paolo, apareció su jefe para realizar las debidas presentaciones.

—Marcello, estás son mis dos mejores empleadas, Diana y Sofía —dijo señalando a cada una de ellas.

—Mucho gusto señoritas, yo soy Marcello Abaloni —las saludó mientras les daba la mano.

—El gusto es nuestro, es un placer tenerles entre nosotros —dijo Diana.

—Lo mismo digo—. Sofía se adelantó hacia Paolo que permanecía como ausente y le alargó la mano -. Hola de nuevo, Paolo.

—Hola, Sofía, me alegro de volver a verte.

—Ella es mi amiga y compañera Diana —Sofía le indicó a Paolo con un gesto de la mano y Diana se aproximó.

—Encantada, Paolo. —Volvió a perderse en sus ojos que la miraban con una mezcla de interés e indiferencia, él le devolvió el apretón pero para su sorpresa no le dirigió la palabra, dejando a Diana confusa que

se dispuso a servir el café y a indicarles a Marcello y a su jefe que tomaran asiento.

Durante la reunión, hablaron de todos los puntos de interés del proyecto, explicándoles el por qué de cada decisión y de cada elección. Sus invitados preguntaban todo lo que no tenían claro y, ellas, educadamente, contestaban pero, no llegaban a comprender el comportamiento de Paolo con Diana, cuando era ella quien explicaba algo el italiano se mostraba bastante altanero e incluso grosero, sin embargo, cuando era Sofía la que hablaba era el hombre más encantador. Ella comenzó a encontrarse incómoda con tal situación, sobre todo porque notaba que con cada palabra hiriente de Paolo, Diana se entristecía y que le estaba costando horrores aguantar el resto de la reunión. Así que, Sofía para ayudarla pidió a los presentes que les disculparan durante unos minutos, para comprobar unas cuestiones con su amiga.

—Gracias, Sofi, ya no podía más—. Diana dio un largo suspiro -. ¿Qué coño le pasa a ese tío? ¿Le he hecho algo en otra vida o qué? Es que no lo entiendo, yo creo que he sido muy educada y correcta, ¿no? ¿O es que he dicho algo que estuviera fuera de lugar?

—De verdad que no sé a qué viene todo esto, es muy raro, es como si le molestaras sólo por estar en la misma habitación. Además, me ha parecido bastante prepotente. ¿Te has fijado que nos hacía unas preguntas rebuscadas y estúpidas como para pillarnos en algún fallo del proyecto?

—Sí, pero se está pasando muchísimo conmigo y no sé a qué viene. ¿Crees que los demás lo han notado?

—Lo dudo, nuestro jefe no es muy perspicaz que digamos, en cuanto a su amigo Marcello parece que está acostumbrado a las escenitas de este tipo de su hijo. Bueno, ¿estás más relajada? Tú no le hagas ni caso, recuerda que estoy contigo.

—Ya, pero ahora me está aterrando la idea de irme a Italia si tengo que trabajar con semejante espécimen, va a ser un desastre.

—Tranquila, Di, todo irá bien, simplemente ignórale, que te resbalen sus comentarios, no merece la pena angustiarse por un tipo así.

—Está bien —Diana respiró hondo—. Allá vamos otra vez.

Las dos amigas, volvieron a la sala de reuniones, Diana con un estado de ánimo renovado y fortalecido por el apoyo de Sofía, no dudó en hablarle con mayor seriedad a Paolo y mostrar total indiferencia cuando le contestaba de malas formas. Respiró aliviada cuando por fin terminó la reunión y los tres hombres, tal como habían entrado, juntos y en fila, se marcharon. Sofía se quedó un poco más en la oficina, para colocar la sala de reuniones y preparar unos informes con las dudas que habían tenido los italianos con respecto a su trabajo

para intentar solventarlas. Diana, por su parte, había quedado agotada con la reunión y, disculpándose con su amiga, se fue a casa tan pronto como Paolo hubo salido del edificio. Iba tan rápida hacia la boca del metro, que parecía que sus pies apenas tocaban el suelo, tenía una necesidad imperiosa por estar a salvo, en casa, se sentía dolida por la manera en que Paolo se había dirigido a ella, por ser totalmente injustificado.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Paolo, cuando vio a través de los cristales tintados del coche que le llevaba de vuelta al hotel a Diana corriendo por la calle, era una chica realmente guapa, interesante, él se había portado como un auténtico cretino con ella, era su manera de poner a prueba a las mujeres que le interesaban, curiosa y estúpida manera. Si aguantaban el chaparrón o ignoraban sus comentarios mordaces merecían la pena, si por el contrario se ofendían o incluso lloraban ya no había nada que hacer. Por eso se había sorprendido con Diana, porque contra todo pronóstico aguantó todas sus impertinencias e incluso, al final de la reunión, hacía como si no las escuchara o no fueran con ella. Ahora, desde la privacidad que le brindaba el coche, podía observarla sin reparos, deleitándose con el movimiento de su cuerpo al andar, el vestido que llevaba le sentaba como un guante. Estaba deseando que llegara el día siguiente para volver a abordarla, le gustaba, de eso no había duda. De repente, Diana bajó por las escaleras de lo que debía ser la boca del metro, qué pena, le hubiera gustado seguir disfrutando de su belleza durante más tiempo pero, en ese momento el coche también comenzó a andar de nuevo y le sacó de sus pensamientos, devolviéndole a la realidad.

"*Mañana, mañana volveremos a vernos Diana*".

Diana estaba sentada en su sofá, con un gran bol de helado entre las manos, durante el resto de la tarde había estado intentando con todas sus fuerzas olvidarse de Paolo. ¿Se puede odiar a alguien al que acabas de conocer? Si fuera así Diana le odiaba pero, a pesar de todo eso, le seguía pareciendo un hombre guapísimo y qué ojos, nunca había visto unos ojos así.

"Si no fuera un tío tan prepotente y estúpido, me colaría por él".

Esa noche fue la primera que soñó con Paolo, lo que provocó que se despertara sobresaltada en mitad de la noche.

"¿Se puede saber que te pasa Diana? ¿Cómo puedes soñar con este imbécil?"

Cayó en un sueño muy profundo y no despertó hasta la mañana siguiente, el sol volvió a despertarla como el día anterior.

"Otra vez se me ha olvidado bajar la persiana".

Y, otra vez, como entonces se levantó unos minutos antes de que

sonara el despertador, la diferencia entre los dos días residía en que por desgracia ayer había conocido a Paolo y, por lo tanto, hoy no le parecía un gran día en absoluto, ni tenía el buen humor de entonces. Eligió un vestido color marrón clarito, con un ribete en las mangas y en el escote de color verde, se puso las botas altas y se hizo una coleta alta rizándose las puntas, se maquilló exactamente igual que el día anterior y se dirigió con gran pesar a la oficina para el nuevo día de trabajo.

CAPÍTULO VII

Paolo se despertó temprano esa mañana, mucho más temprano de lo habitual, estaba nervioso, levantó el auricular del teléfono y pidió que le subieran el desayuno. Lo comió con calma, al lado de la ventana, deleitándose con la vista, Madrid era una bonita ciudad, ruidosa como todas las ciudades, pero con mucho encanto. Después del desayuno se dio una ducha y se puso un traje de color azul marino, como aún faltaban un par de horas hasta que su padre le llamara sacó su portátil y comprobó su correo. A las diez en punto llamaron a la puerta, era su padre, el coche les esperaba abajo para ir a la oficina. Marcello miró a su hijo con asombro, nunca había estado listo tan pronto y hoy cuando él llamó a su puerta ya había desayunado, se había duchado y vestido. Paolo tan sólo necesitó coger su maletín y juntos bajaron en el ascensor.

—Menuda sorpresa, Paolo, no pensé que estuvieras listo tan pronto.

—Lo sé, hoy me he despertado temprano, no he dormido mucho la verdad.

—¿Y eso? ¿Extrañas tu cama?

—No, papá, supongo que el primer día después de un viaje siempre me encuentro algo raro.

—Bueno, ayer apenas hablamos después de volver de la oficina, no me has dicho qué impresión te dieron las chicas y la empresa.

—Pues de momento me han causado muy buena impresión…

—¿En serio? ¿Diana también? Porque ayer no lo parecía, pobre chica, le hiciste pasar un mal trago, fuiste bastante grosero, bueno, supongo que en tu línea. Es guapa, ¿verdad?

—Sí, es muy guapa y me pareció que es buena en su trabajo, que sabe lo que hace. Además, tiene años de experiencia. ¿Te han dicho ya quién de las dos va a ir a Italia con nosotros?

—¿Por qué? ¿Tienes algún interés particular?

—Me conoces demasiado bien para que tenga que contestar a esa pregunta, papá.

—Ya…Espero que te comportes, Paolo, no quiero ningún escándalo, ni problemas, procura ser serio por una vez, mi amigo quiere a esas chicas como si fueran sus propias hijas, así que te lo pido por favor, nada de jueguecitos.

—Tranquilo, papá, no te causaré problemas, me portaré bien.

—Gracias, hijo. Dime, ¿hoy te portarás bien con Diana?

—Ya veremos, sabes cual es mi manera de probar la valía de una mujer, pero si tu amigo te pregunta si tienes alguna preferencia sobre quién debería ir a Roma con nosotros pues… espero que digas que Diana, mañana es la fiesta y quiero comprobar si realmente es tan buena como parece.

—Pues yo no tengo ninguna duda al respecto, sé que te llevarás una grata sorpresa con las dos.

Montaron en el coche que les llevaría a la oficina, Paolo estaba deseando llegar y ver a Diana. ¿Qué cara pondría ella al verle? Teniendo en cuenta como la había tratado el día anterior, seguro que no muy buena.

Mientras, en la oficina, Sofía le daba los últimos retoques a los informes que había preparado para los italianos, Diana estaba a su lado, para ayudarla, supuestamente pero, lo único que había hecho por el momento era quejarse de Paolo. Sofía se mostraba sería mientras escuchaba las protestas de su amiga pero, por dentro reía a carcajadas, le resultaba cómico el enfado de su amiga. El día anterior, durante la reunión, se había percatado en la forma en la que Paolo miraba a Diana mientras hablaba, para ella había pasado inadvertida si no, no estaría tan enfadada pero, no para Sofía que hasta había visto en alguno de los momentos de más apuro para su amiga como Paolo esbozaba una sonrisa, para después ocultarla con las más absurdas groserías. Paolo parecía estar provocando a Diana adrede, como si quisiera probar algo pero, no sabía qué, creía que le gustaba porque, sus ojos, no mentían como él quisiera. Parecía que estaba almacenando mentalmente cada uno de sus movimientos y facciones, disfrazando su atracción con indiferencia e incluso una pizca de desprecio para que ella no se diera cuenta. Por lo menos, esto último, sí que lo consiguió, Diana estaba indignada, no se le pasó por la cabeza todo lo que a su amiga, siguió despotricando a gusto hasta que una llamada de la fiel recepcionista Carla avisó de que los italianos habían llegado.

—Bueno, Di, ¿estás lista para otro asalto con Paolo?

—No tengo ganas de enfadarme ya por la mañana, a ver si con un poco de suerte no requieren nuestros servicios hasta después de comer.

—Anda, no seas mala, quién sabe a lo mejor Paolo tenía un mal día ayer y hoy se muestra encantador contigo…

—No creo. Será mejor que vayas tú a preguntarle al jefe si nos necesita ahora o no, prefiero retrasar el encuentro con Paolo todo lo posible.

—A veces eres como una niña, Di. Ya te dije ayer que le ignores, no te comas la cabeza predisponiéndote a ser borde con él por cómo se portó, haz borrón y cuenta nueva. Muéstrate tan encantadora como

eres y no le quedará más remedio que tratarte bien.

—Tienes razón, Sofi, perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, tranquila. Voy a ver si el jefe nos necesita, vuelvo enseguida.

—Está bien.

Diana observó como su amiga caminaba hacia el despacho de su jefe, sonreía a pesar de que se sentía mal por haber sido tan quejica. Sofi tenía razón, a veces se comportaba como una niña. De repente, vio aparecer a Paolo por el pasillo e hizo todo lo posible para que él no la viera, iba con su padre, entraron en el despacho del jefe, pasaron unos minutos y salió Sofía sonriendo.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó ansiosa Diana.

—No te preocupes, no nos van a necesitar hasta por la tarde.

—¡Uff, menos mal! Así me dará tiempo a mentalizarme.

—Sí, ¿terminamos los informes para los italianos?

—Vale.

—Oye, se me ha ocurrido algo… ¿por qué no vas a por unos cafés a la máquina?

—¿Ahora?

—Sí, ahora, es que me ha apetecido uno de repente.

—Está bien, termina mientras este apartado por mí, qué menos ya que voy a por el café.

—Bueno, ni que fueras a China a buscarlos, sólo vas al final del pasillo.

—Anda, pero es a ti a quien se le ha antojado el café.

—Qué morro tienes. Venga, date prisa.

Diana fue riendo hasta la máquina, de repente se le borró la sonrisa de la cara, junto a la máquina estaba Paolo. ¿De dónde había salido? Se suponía que estaba en el despacho del jefe, no le había visto pasar, estaba de espaldas hablando con Sofía, pero…Sofía le debería haber visto, ¿no? Paolo se dio la vuelta con un café humeante entre las manos y le faltó poco para derramarlo encima de Diana que involuntariamente se había detenido justo detrás de él. Le sostuvo con gran esfuerzo la mirada, navegando en sus maravillosos ojos, poniéndose colorada a medida que pasaban los segundos.

—Buenos días, Diana —la voz de Paolo sonaba serena y sacó a Diana de su ensoñación.

—Bue…buenos días, Paolo.

—¿Venías a por café?

—Sí, para Sofía y para mí. Así nos los tomamos mientras trabajamos.

—Mi padre y tu jefe se han encerrado en el despacho y prácticamente me han echado, así que he decidido tomar un café y dar un paseo por la oficina. ¿Te importa si os acompaño?

Ante tal pregunta Diana quedó paralizada, Paolo quería pasar la mañana con ellas, pero… ¿Por qué? Y lo más importante, ¿qué debería decir ella? Pasó unos minutos debatiendo consigo misma sobre qué hacer.

—Esto…seguro que te aburres, nuestro trabajo no es tan entretenido…

—No me aburriré, así también podré ver cómo trabajáis. Pero bueno, si te vas a sentir molesta con mi presencia…

—No, no es eso, no me molesta tu presencia…Yo…yo sólo pensé que…bueno, voy a coger los cafés y vamos juntos a la mesa de Sofía. ¿Vale?

—Vale, pero déjame que pague yo los cafés —se adelantó y echo las monedas en la máquina, al hacerlo quedó aún más cerca de Diana, y no quiso perder la oportunidad de aspirar su aroma, olía muy bien, ella retrocedió unos pasos para evitar tanta proximidad—. Bueno, ya está, ¿nos vamos?

—Sí —Diana sentía que las mejillas le ardían, debía de estar roja como un tomate.

Guió a Paolo por la oficina, presentándole a alguno de sus compañeros y enseñándole parte de lo que estaba planeado para la fiesta del día siguiente. Paolo no le quitaba ojo, se notaba segura de sí misma, estaba en su salsa, al principio parecía algo nerviosa, pero se fue relajando a medida que hablaba. Diana no se podía creer que ese fuera el mismo chico que ayer se había mostrado tan desagradable con ella, a lo mejor Sofía tenía razón y ayer había tenido un mal día.

Paolo pasó el resto de la mañana con Diana y Sofía, las chicas eran muy agradables y el tiempo se le pasó volando, por eso a la hora de la comida miró varias veces con asombro su reloj. Su padre y su amigo salieron del despacho y le invitaron a que se les uniera para ir al restaurante a comer pero, Paolo lo estaba pasando demasiado bien como para preferir ir con ellos. Las chicas se mostraron encantadas de que las acompañara junto con el resto de sus compañeros. Fue una comida muy alegre, el italiano resultó ser todo un bromista y enseguida hizo buenas migas con todo el equipo. Diana, en tan sólo una mañana tenía una imagen muy distinta de él.

"¿Es posible que sea la misma persona?"

De repente los ojos de Paolo se posaron en los suyos y no tuvo más remedio que aparcar sus pensamientos y volver a centrarse en la conversación. Por su parte Sofía los observaba a los dos y veía cada miraba que se dedicaban. Paolo cada vez que tomaba la palabra se aseguraba de que Diana estuviera pendiente e, inconscientemente, ella no paraba de sonreír. Tenía la típica expresión bobalicona que se nos pone a todos cuando nos estamos empezando a enamorar y, cada gesto, palabra o acción de la otra persona nos resulta fascinante,

única. Paolo era más difícil de descifrar, no sabía a ciencia cierta si Diana era solamente algo físico para él o si había algo más; le pareció que hacían buena pareja, además, Diana iba a pasar una buena temporada viviendo y trabajando en Italia con él y, si las cosas seguían como hasta el momento, parecía inevitable que algo pasara entre ellos.

—¿Habéis visto qué hora es? —dijo uno de marketing poniéndose de pie de un salto y por inercia todos miraron sus respectivos relojes, ya fueran de pulsera o los de sus teléfonos móviles.

—Es verdad, es tarde, volvamos a la oficina antes de que lleguen nuestros jefes, aún nos quedan cabos sueltos para mañana. —Diana se levantó provocando que el resto la imitara.

Cada uno fue poniendo su parte para pagar la comida, cuando Diana iba a poner lo suyo la mano de Paolo la detuvo.

—¿Me permites que te invite a la comida de hoy?

—Oh, vaya gracias pero, no es necesario, la verdad es que es el jefe quien paga las comidas de Sofía y las mías.

—Bueno, entonces… ¿me concedes el honor de cenar esta noche conmigo? Así podrías enseñarme algo de la ciudad.

—Me parece bien —dijo Diana sonriendo.

El resto de la tarde, la pasaron separados, Diana terminando su parte del trabajo con Sofía y Paolo encerrado en el despacho con Marcello y con el jefe. A las cinco, la puerta del despacho se abrió, primero salió Marcello e inmediatamente después Paolo, recorrió la oficina con la mirada buscando a Diana, estaba de espaldas a él hablando con uno de sus ayudantes, tras decirle a su padre que le esperara abajo se dirigió hacia ella. Pegó sus labios al oído de Diana, que al notar el roce se sobresaltó y dio un brinco hacia atrás, las manos de Paolo la sujetaron con fuerza por la cintura para evitar que cayera y así la aproximó aún más a él, Diana notaba el roce de su cuerpo e incluso su respiración por el movimiento acompasado de su pecho.

—Lo siento, ¿te he asustado?

—No, bueno, sí, es que no me esperaba que vinieras tan sigiloso.

—Venía a preguntarte a qué hora te recojo esta noche —le preguntó sin apartar las manos de su cintura.

—A las nueve o nueve y media. ¿Te va bien?

—Me va perfecto, estoy impaciente. Entonces, hasta luego, Diana —dicho esto le dio un beso en la mejilla, separó sus manos del cuerpo de Diana y se fue.

Diana permaneció aún unos momentos aturdida, cuando reaccionó Paolo había desaparecido de la oficina, su ayudante la miraba divertido. ¿Cuánto tiempo había pasado? Sacudió la cabeza para volver a centrarse y continuó con el trabajo, aunque no podía evitar

seguir pensando en Paolo. Sofía y ella salieron juntas de la oficina, Diana estaba tan nerviosa que le pidió a Sofía que la acompañara a casa y le aconsejara sobre qué ropa ponerse para su cita con Paolo, el peinado y todo lo demás, no sabía por qué pero presentía que esa noche iba a ser importante y quería estar preparada.

CAPÍTULO VIII

Sofía fue colocando los vestidos que le parecían más apropiados para la ocasión encima de la cama de Diana, mientras, ella se daba un baño. Colocó también los zapatos a juego con cada uno de ellos. Su amiga apareció en la puerta de la habitación envuelta en un albornoz de color morado y con una toalla enrollada en el pelo. Sonreía y Sofía le sonrió a su vez.

—Mira, Di. ¿Qué te parecen estos vestidos?

—Mmmm…déjame que los mire bien, el verde no, porque el escote no me gusta, ¿cuál es el que más te gusta a ti?

—Vamos a hacer una cosa. ¿Por qué no te los pruebas todos y vemos cuál es el que más nos gusta?

Diana miró el reloj que había en su mesilla, eran las siete y media, tenía tiempo de sobra.

—De acuerdo —dijo mientras se quitaba el albornoz.

Fue probando uno tras otro y uno tras otro los fue descartando. Cuando ya no le quedaban vestidos que probar se sentó en la cama.

—Ya no hay más. ¿Qué voy a hacer, Sofi?

—Cualquiera de los vestidos te quedaba estupendamente, pero… ¿qué tiene de especial la cita de ésta noche, Diana? Estás más nerviosa de lo habitual.

—La verdad, no lo sé pero, no me vale ninguno de estos vestidos y —. De repente Diana se quedó inmóvil mirando el armario. —A no ser que—. Se levantó, fue al armario y de una funda colgada al fondo sacó un bonito vestido azul, nuevo, incluso tenía la etiqueta puesta, lo dejó en la cama con mucho cuidado y con aire satisfecho miró a Sofía.

—¿Y este vestido? ¿De dónde lo has sacado? Es precioso.

—Este es el vestido que tengo que llevar esta noche. Me había olvidado de que lo tenía, lo compré para una cena de aniversario que iba a tener con Pedro pero, al final, no lo celebramos y el vestido se quedó sin estrenar—. Bajó la cremallera con mucho cuidado y se lo puso. Tenía unos tirantes finos con unas pequeñas piedrecitas y las mismas adornaban el generoso escote y salpicaban la falda. El vestido con su color azul noche parecía un pedazo de cielo nocturno.

Sofía la ayudó a peinarse y a maquillarse. A las nueve estaba lista, se despidió de su amiga y esperó ansiosa a que Paolo llamara al portero, cuando lo hizo salió como una exhalación, se obligó a calmarse mientras bajaba en el ascensor. Cuando abrió la puerta, allí estaba él, con un bonito traje de color azul marino, parecía que se

habían puesto de acuerdo, estaba muy elegante.

—Buenas noches, Diana, estás preciosa —se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Paolo —dijo Diana casi en un susurro, mientras aspiraba el perfume de su cuello.

Al separarse Diana no pudo evitar perderse en sus ojos una vez más, podría quedarse así toda la noche pero para Paolo hubiera sido un poco aburrido.

—Bien, ¿por dónde quieres empezar? ¿Cena o visita turística?

—Creo que lo mejor sería ir a cenar primero y dejar el paseo para más tarde.

—Por mí estupendo. ¿Tienes alguna preferencia en lo que se refiere al restaurante?

—Para ser sincero, me he tomado la libertad de hacer la reserva en un restaurante que me ha recomendado el recepcionista del hotel. Espero que no me haya engañado y sea bueno de verdad.

—¿Y sabes llegar hasta allí?

—Sí, he mirado el callejero en Internet antes de salir del hotel, así que puedo guiarte sin problema —le dijo mientras le guiñaba un ojo, le agarró la mano y comenzó a andar.

Paolo parecía haber memorizado el callejero de la ciudad, incluso sabía por qué calles se atajaba y se evitaban las aglomeraciones de gente. Llevaban unos veinte minutos andando cuando se paró en seco y con una sonrisa triunfal le dijo a Diana:

—Ya hemos llegado, menos mal que no me he perdido, porque hubiera quedado fatal. ¿Qué te parece? ¿Lo conocías?

Diana estaba perpleja, miraba a Paolo y a la fachada del restaurante, no lo podía creer. ¿Cómo había podido reservar mesa allí? Era uno de los restaurantes más caros y más exclusivos de la ciudad, no hacía mucho que había leído un artículo en el periódico en el que decían que solamente para reservar mesa había una lista de espera de tres meses. Paolo la miraba sonriendo complacido, había conseguido la reacción que esperaba.

—Pero… ¿Aquí? ¿En serio? ¿Vamos a cenar aquí?

—¿Qué pasa? ¿No te gusta el sitio?

—¿Gustar? Me encanta, pero no me creo que esto sea real.

—Pues lo es. ¿Qué? ¿Entramos?

—Vamos —Diana le sonrió y tiró de él hasta la puerta del restaurante.

El local era exactamente como lo había imaginado, se respiraba elegancia y buen gusto en el ambiente. El maître preguntó a Paolo su nombre y le indicó a un camarero que les acompañara hasta su mesa. Diana se sentía como si estuviera dentro de un sueño, todo aquello era demasiado perfecto para ser verdad. Entraron a un salón con techos

altísimos, de los que colgaban lámparas de araña de cristal, que le daban un toque años veinte. En el centro, había unas quince mesas de varios tamaños, la mayoría ya estaban ocupadas. A ambos lados, el salón se dividía en dos galerías, a su vez divididas en reservados. Al fondo, había un pequeño escenario dónde unos músicos amenizaban la cena a ritmo de jazz. El camarero les condujo hacía uno de los reservados de la parte derecha del salón, separó la silla de Diana para que tomara asiento, esperó a que se acomodaran y les entregó la carta.

—¿Puedo traerles alguna cosa mientras deciden?

—Sí, bueno, ¿qué te gustaría beber?

—Oh, yo beberé un poco de vino tinto, por favor.

—Bien, entonces tráiganos un vino tinto para empezar.

—Muy bien, señor. ¿Desea alguno en particular?

—Pues, tráiganos un Ribera del Duero de cosecha del dos mil cuatro.

—Enseguida —el camarero anotó algo en su maquinita y desapareció con la misma solemnidad con la que les había acompañado hasta allí.

—¿Qué te parece de momento? ¿Era como lo imaginabas?

—No, dicen que la realidad supera siempre a la ficción, en éste caso también es así. Es un sitio precioso, entre las luces y la música se crea un ambiente de película. ¿Te lo recomendó de verdad el recepcionista del hotel?

Paolo se echó a reír.

—Lo cierto es que el restaurante lo he elegido yo, al pobre recepcionista lo usé de telefonista para que me pusiera en contacto con algunos conocidos, los cuales me debían algunos favores y que, casualmente, son los dueños del local y… ¡Tachán! Aquí estamos.

El camarero volvió con la botella de vino y se la enseñó a Paolo. Este movió la cabeza asintiendo y el camarero descorchó la botella, le echó un poco en su copa y volvió a esperar a que Paolo asintiera para servirle a Diana y retirarse.

Paolo levantó su copa hacia Diana.

—Brindemos.

—Está bien, ¿por qué quieres brindar?

—Por una velada mágica, con una bella princesa.

—Pues yo quiero brindar por una noche inolvidable.

—Entonces queda así: por una velada mágica e inolvidable con una bella princesa.

Diana sonrió y levantó su copa para chocarla con la de Paolo, bebió un trago, el vino estaba delicioso y cada uno volvió a mirar la carta.

—¿Quieres que pidamos algo de entrante o prefieres ir directa al plato principal?

—Unos entrantes no estarían mal. ¿Te gusta el queso?

—Claro, pidamos un poco de Provolone. Y después, ¿qué quieres comer?

—Creo que voy a pedir el solomillo con salsa de setas y verduritas.

—Suena bien, pediré lo mismo.

El camarero apareció como si hubiera estado escuchando su conversación, Paolo pidió los platos de los dos. El entrante, el queso Provolone, no tardaron ni tres minutos servírselo con sus correspondientes panecillos.

—Por cierto, Paolo, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Cómo hablas tan bien el español?

—Ah, pues la verdad es que fue por una mujer.

—¿Ah sí? ¿Una novia?

—No, una novia no, fue mi madre, era española. Murió hace diez años.

—Vaya, lo siento.

—Tranquila, ya ha pasado mucho tiempo aunque, lo cierto es que la, echo de menos cada día, era una persona muy especial y una enamorada de su país. Venía cada verano, mientras, mi padre seguía trabajando. Recorríamos su pueblo, íbamos a la playa y me contaba anécdotas de cada rincón. ¿Y tú por qué hablas italiano?

—Mi historia no es tan bonita, básicamente se resume a que el primer trabajo que realicé en el extranjero fue en Roma y me gustó tanto que cuando volví estudié el idioma.

Volvió el camarero con sus solomillos, estaban en su punto y se deshacían en la boca.

—Umm…. Está buenísimo.

—Sí, es verdad, y la salsa le da un toque…perfecto. ¿Puedo yo ahora hacerte una pregunta, Diana?

—Claro, faltaría más.

—¿Cómo una chica tan preciosa como tú no tiene novio?

—Bueno…yo—. Diana empezó a titubear.

—Perdona, no debería ser tan cotilla, no tienes por qué contestar.

—No, no, no pasa nada, el caso es que hasta hace muy poco, lo tenía. Llevábamos juntos muchos años y todo iba muy bien hasta que un día llegué antes de lo previsto a casa después de un viaje a Nueva York y…. le pillé en nuestra cama con otra.

Paolo se quedó con el tenedor en suspenso entre el plato y su boca, miraba a Diana con una expresión de sorpresa, vio como sus ojos se empañaban y como intentaba disimular y calmarse. Extendió su mano hacía la de ella, que permanecía inmóvil y le dio un apretón.

—Lo siento, Diana, debió de ser muy doloroso para ti.

—Sí, lo fue, pero lo estoy superando, tengo claro que me va a llevar algún tiempo, pero por lo menos lo peor ya ha pasado y ahora quiero volver a centrarme en mí, en lo que yo quiero y en ser feliz.

—¿Y ya sabes lo que quieres?

—De momento, quiero que la fiesta de mañana salga bien y que nuestros clientes queden contentos y, después, ya veremos—. Paolo sonreía y ella le sonrío a su vez. Decidió que lo mejor era sacar otro tema de conversación.

—¿Ya se sabe quién es la que va a venir a Italia con nosotros?

—¿Por qué? ¿Tienes alguna preferencia?

—La verdad es que sí, me encantaría que vinieras tú, para poder conocerte más. —Diana notó que se ruborizaba e intento mantener la calma.

—A mí también me gustaría conocerte más y lo más probable es que sea yo la persona que vaya con vosotros.

—¿De verdad? Eso sería genial.

Paolo hizo un gesto con la mano al camarero para que se acercara a retirarles los platos y para que les diera la carta de postres. Diana eligió un tiramisú, mientras que Paolo pidió una crepe rellena de crema, bañada con sirope de chocolate. Cuando terminaron, Paolo pidió la cuenta y fue a pagar a la barra para que Diana no viera el coste de la cena, ella, recordando lo que había leído sobre el restaurante, estaba segura de que la cantidad sería bastante desorbitante y le pareció un gesto muy galante por parte de Paolo invitarla a semejante festín.

Salieron del restaurante, la luna llena resplandecía en el cielo, apenas se veían estrellas debido a la contaminación lumínica de la ciudad pero, poco importa cuando la luna está tan bonita. Decidieron dar un paseo para digerir la cena y seguir con la charla.

De pronto, Diana se dio cuenta de que sus pasos les habían llevado hasta el portal de su casa, miró el reloj incrédula, no se podía creer que fueran ya las dos de la mañana.

—Muchas gracias por la cena y por el paseo, lo he pasado muy bien —Diana se acerca y le da un beso en la mejilla a modo de despedida, pero cuando intenta separarse nota las manos de Paolo en su cintura.

—Yo también lo he pasado muy bien, Diana, lo que menos me ha gustado es que se me ha hecho muy corta la noche —Paolo lo dijo con la boca pegada a su cuello.

—Bueno, pero no sufras que nos veremos mañana en la fiesta. —La voz de Diana sonó más insinuante de lo que pretendía.

—Sí, es un gran consuelo saber que mañana a estas horas aún estaré contigo. ¿Quieres que venga a buscarte?

—No, no hace falta, probablemente iré bastante antes, para ultimar

y comprobar que todo esté como es debido. No me gustan las sorpresas en el terreno laboral.

—Vale, pero, al menos, ¿me dejarás ser tu pareja en la fiesta? —Paolo la atrajo aún más hacía si, estaban totalmente pegados el uno al otro.

Diana comenzó a notar como el corazón, más que palpitar, le galopaba dentro del pecho, la respiración de Paolo le hacía cosquillas en el cuello.

—Por supuesto, seré tu pareja encantada.

—Bien, entonces nos vemos mañana, Diana. Buenas noches. —Esta vez se separó de ella al hablarle para poder mirarla a los ojos.

—Buenas noches, Paolo. —Diana se distanció un poco cuando notó que las manos de Paolo aflojaban, pero de repente estas volvieron a tomar fuerza alrededor de ella, provocando que se sobresaltara y, cuando se quiso dar cuenta, su boca y la de Paolo se fundían en un beso. Fue un beso breve pero, no por ello falto de pasión.

—Vaya…—. fue lo único que consiguió decir Diana una vez que sus bocas se separaron.

—Perdona si te ha molestado, es que no podía aguantar más sin besarte, tenía ganas de hacerlo desde que te he visto salir por el portal.

—No, no me ha molestado, en absoluto. Ha estado muy bien.

—Bueno, esta vez es la definitiva. Hasta mañana, Diana, que descanses —le dio otro beso en los labios sin apenas rozarlos.

—Hasta mañana, descansa tú también.

Entró en el portal, con una sonrisa de oreja a oreja se dio la vuelta para comprobar si él permanecía fuera. Allí estaba, mirándola y despidiéndola con la mano. Ella le devolvió el gesto y se metió en el ascensor. No podía creerse que en apenas veinticuatro horas tuviera una impresión tan diferente de ese hombre. Estaba fascinada.

Por su parte, Sofía y Manu también habían disfrutado de una velada inolvidable. Sofía no había tardado ni quince minutos en llegar desde la casa de Diana a la de su hermano. Llamó al portero aún con la respiración acelerada.

—¿Si? ¿Quién es?

—Hola cariño, soy yo. ¿Me abres?

—Hola. Claro, ahora mismo.

Tenía tantas ganas de verle que incluso estuvo pensando en subir andando, porque le parecía que el ascensor tardaba una eternidad, si no fuera porque aún estaba reventada por la caminata lo hubiera hecho.

—Hola. Mmmm... —A Manu no le dio tiempo a decir nada más, Sofía le planto un beso y le metió en casa de un empujón.

Le llevó prácticamente a rastras hasta la habitación y le tiró en la

cama.

—Madre mía, amor, como vienes esta noche…

—Me moría de ganas de estar contigo. ¿Tienes alguna queja, cariño?

—No, no, ninguna, por mí perfecto. Me encanta empezar así la noche —le sacó la camiseta.

—Pues entonces calla y déjate hacer.

—Así me gusta aún más.

Una hora después Sofía con sólo la camiseta de Manu puesta a modo de camisón, daba vueltas por la habitación como si fuera un león enjaulado. Manu la miraba divertido, era como ver un partido de tenis.

—Sofí, ¿qué te pasa? ¿Qué es lo que te preocupa?

—Nada… es sólo… es que estoy nerviosa por lo de mañana.

—Pero, ¿por qué? No es la primera vez que haces un proyecto de este tipo, ya eres toda una experta y, seguro que va todo fenomenal.

—No es por el proyecto, eso está más que controlado.

—Entonces, ¿por qué estás nerviosa?

—Por Diana, por cómo se va a tomar lo nuestro. Mañana se va a enterar y tengo miedo de que le parezca fatal, de que se enfade conmigo, de que…

—Sofí, ven aquí anda, siéntate y mírame—. Sofía se sentó a su lado en la cama, Manu le levantó la barbilla para obligarla a mirarle—. Todo va a salir bien, conozco a Diana, seguro que le parece estupendo que tú y yo estemos juntos, no digo que no le vaya a chocar de primeras…Pero, lo aceptará, porque nos quiere y quiere que seamos felices. Y yo, desde que estoy contigo, soy muy feliz, te quiero, Sofía. —Le dio un beso y Sofía se abrazó a él.

—Yo también te quiero, Manu y también soy muy feliz contigo, pero entiende que Diana es lo único estable que he tenido en mi vida hasta ahora, siempre ha estado a mi lado y no quiero perderla, a ti tampoco por supuesto, pero su amistad es muy importante para mí.

—Lo sé, cariño, pero hazme caso, todo irá bien.

—Eso espero —Sofía recogió su ropa del suelo y empezó a vestirse.

—Quédate esta noche, por favor.

—No puedo, no he traído ropa, ni nada y mañana he quedado por la mañana con tu hermana para ir al local a ultimar. —Sofía vio tristeza en los ojos de su novio—. Pero, podemos hacer otra cosa, ya que estamos en tu casa, puedes coger tú tus cosas y venir a la mía a dormir, ¿qué te parece? —La expresión de Manu cambió por completo.

—Genial, quiero aprovechar el tiempo al máximo contigo, Sofía, nunca tengo demasiado, son muy pocas las ocasiones que tenemos para dormir juntos, me encanta despertarme a tu lado.

—Y a mí al tuyo. Pues venga, ¿a qué esperas? Vístete y coge tus cosas, cenamos en mi casa.

—A sus órdenes, señorita —Manu hizo un gesto imitando el saludo militar y fue al armario a por algo de ropa.

Cenaron un poco de fiambre, algo ligerito para no ir muy llenos a la cama, después estuvieron viendo la televisión, más bien haciendo un poco de zapping, cuando se cansaron, se fueron a la cama. Después de volver a hacer el amor, esta vez con mucha más calma, cayeron rendidos.

A la mañana siguiente Sofía se despertó temprano, antes de que sonara el despertador. Con mucho cuidado, para no despertar a Manu que seguía durmiendo a pierna suelta a su lado, fue al baño, se dio una ducha y se vistió. Después fue a despertarle para despedirse, le dio un beso y le acarició el pelo, él abrió los ojos despacio aclimatándose a la claridad que se colaba por la persiana.

—Hola, cariño. Buenos días.

—Buenos días, princesa. ¿Ya te vas? —Manu se incorporó y miró el despertador.

—Sí, voy a por algo para desayunar con tu hermana.

—¿Te veré para comer?

—No, comeré con ella también, quedamos aquí a las ocho para arreglarnos para la fiesta, ¿vale? —Sofía se acerca y le besa.

—Vale, mi amor. Que tengas un buen día.

—Gracias, tú también. Hasta luego.

Manu vio como Sofía salía de la habitación, un momento después escuchó el ruido de la puerta de la calle al cerrarse.

A las diez en punto Sofía estaba en la puerta de la casa de Diana, en la mano llevaba una bolsa de papel de la pastelería de la esquina, con unos mini croissants.

—Buenos días, Di —dijo moviendo la pequeña bolsa delante de su cara.

—Hola, Sofi, ¿qué es lo que huele tan bien?

—Unos mini-croissants, ¿te apetecen?

—Claro, ve haciendo un café mientras, voy a calzarme, vuelvo en seguida.

—Eso está hecho.

Sofía dispuso todo en la mesa de la cocina, las tazas con sus correspondientes cucharillas y un plato en el centro con los bollos. Diana entró justo cuando comenzaba a salir el café.

—¿Qué? ¿Estás nerviosa? Parece que no has pegado ojo esta noche —mientras Diana lo decía Sofía bostezó.

—La verdad es que no he dormido muy bien.

—Tranquila, todo va a ir sobre ruedas, como siempre.

—Oye…antes de que se me olvide, ¿cómo fue la cita con Paolo?

¿Dónde cenasteis?

—Ah, eso… —Diana hizo una pausa para dar más dramatización a su respuesta y para poner ansiosa a Sofía—. Jamás adivinarías a dónde me llevo, porque aún no me lo creo ni yo.

—Ay, Di, dímelo de una vez, me tienes en ascuas.

—Vale, vale, sólo espera un minuto.

Diana desapareció por el pasillo, unos minutos después regresó a la cocina con una revista en la mano y con aire triunfal la dejó en la mesa delante de Sofía.

—No puede ser… ¿Te llevó a aquí?

Diana le contestó asintiendo con la cabeza.

—Pero… qué suerte tienes. ¿Es tan maravilloso cómo parece?

—¿El qué? ¿Paolo o el sitio? —Diana se echó a reír.

—El sitio mujer, lo de Paolo lo discutiremos después.

—Las fotos de la revista, comparadas con la realidad, son basura, es increíble, la comida buenísima, el servicio impecable y el ambiente… mágico.

—Me estás dando envidia, ahora dime que Paolo fue un desastre para compensar.

—De eso nada, solamente el haberse tomado tantas molestias para conseguir una mesa allí, le hizo ganar muchísimos puntos. Hablamos durante toda la cena y fue muy agradable. Después estuvimos paseando bastante tiempo hasta que llegamos a mi portal.

—Y… ¿paso algo más?

—Me preguntó si podía ser mi pareja en la fiesta de esta noche.

—¿Y…?

—Nos despedimos con un beso en la mejilla.

—Venga ya. No me lo creo, tuvo que pasar algo mas Di…

—Entonces—. dijo Diana interrumpiendo a Sofía.

—Menos mal que hay algo más.

—Me agarró y me planto un beso.

—Este final de la cita es mucho mejor, dónde va a parar. ¿Y tú, cómo te sientes?

—Bien, me gusta Paolo, es simpático, muy atento y…

—Y está buenísimo —ahora fue Sofía quien la interrumpió y se echo a reír.

—Sí, eso también. Y tiene una mirada que me desmonta.

Diana quedó en una nube, Sofía la miraba con una sonrisa en los labios. Terminaron el desayuno en silencio. Recogieron la mesa y Diana fregó las tazas.

—Bien, todo listo. ¿Nos vamos?

—Sí, pongámonos en marcha, el dueño del local nos espera y hay que hacer el último repaso.

—Sofi, ¿a qué hora tenemos cita en la peluquería?

—Ah, sí, a las cuatro y media. Podemos comer tranquilas.

—Bien, no me gusta ir con la comida en la boca.

Las dos amigas pasaron el resto de la mañana comprobando que todo estuviera en su sitio en el local y dando el visto bueno al trabajo de sus ayudantes. A las dos de la tarde fueron a comer a un restaurante cerca de la peluquería.

Hacia las siete, después de: manicura, pedicura y peinado, dejaron la peluquería. Una vez que salieron del metro las dos amigas se despidieron.

La fiesta empezaba a las diez de la noche y Diana contaba con poder estar allí sobre las nueve y media. Tenia unas dos horas para vestirse y maquillarse.

Sacó su vestido del armario, era blanco, por encima de la rodilla, de la zona del escote salía un encaje que le llegaba hasta los hombros haciendo una especie de manga. La espalda iba al aire hasta la cintura. Se puso primero las medias y después el vestido frente al espejo del vestidor. El pelo se lo habían rizado y recogido en la zona alta de la cabeza, haciendo un efecto cascada. Los zapatos y el bolso de mano a juego era color champán.

Ya en el baño, se echó unas gotas de perfume y se maquilló. Sombra de ojos efecto ahumado, rímel, perfilador de ojos, base de maquillaje, un toque de colorete y un poco de gloss en los labios.

Del joyero del vestidor cogió unos pendientes largos con pequeños diamantes y un brazalete de oro blanco. El abrigo de punto color beige, colgaba en el recibidor, sonó el timbre del portero, el taxista esperaba abajo. Miró complacida su reflejo en el espejo del ascensor, montó en el taxi y se dirigió a la fiesta.

CAPITULO IX

Diana entró en el local, dejó su abrigo en el ropero y llegó a la entrada de la sala. Era un hall a modo de balcón del que salían unas escaleras que llegaban hasta la sala en sí. Se asomó desde la parte alta de la escalera, abajo ya estaban las luces encendidas, unas cortinas colgaban desde el techo y bajaban por unas columnas. En el centro estaba la pista de baile y a mano derecha la barra. En la parte de atrás estaba el pequeño habitáculo del Dj y en la parte izquierda la barra de comida. En el fondo unas cuantas mesas con sus correspondientes sillas. Distribuidos estratégicamente a lo largo de la sala había algunos carteles publicitarios.

Diana bajó las escaleras y se dirigió a un pequeño cuarto que había oculto tras una de las paredes del fondo, en él estaban las bolsas con algunos productos de los que se iban a presentar en la fiesta y que se iban a repartir al final de la misma entre los distribuidores invitados. Comprobó unas cuantas y con aire satisfecho fue a la barra.

—Buenas noches, señorita. ¿Puedo servirle una copa? —La saludó el camarero desde detrás de la barra.

—Buenas noches. De momento no, muchas gracias. Soy Diana, una de las organizadoras de la fiesta. ¿Cuál es su nombre?

—Ah, sí disculpe, soy Marcos. Encantado.

—Igualmente, Marcos, si le surge alguna duda o contratiempo durante la noche, puede dirigirse a mí o a mi compañera Sofía.

—De acuerdo, muchas gracias.

—¿Sabe si ya ha llegado el Dj?

—Si, estaba aquí hace un momento. ¡Bruno, eh Bruno! —Llamó el camarero hacia la cabina del Dj, de donde asomó una cabeza rubia cubierta de rizos—. Ahí le tiene, ese es el Dj, Bruno.

—Bien, gracias. —Diana fue a encontrarse con el Dj, el camarero la siguió con la mirada—. Buenas noches, Bruno, ¿no? —Diana le tendió la mano y él se la estrechó.

—Sí, soy Bruno, su Dj de esta noche —Bruno sonrió y se apartó un rizo que le había caído delante del ojo.

—Yo soy Diana, me imagino que mis ayudantes le habrán dado algunas directrices sobre la música que queremos que suene esta noche. ¿Me equivoco?

—Sí, Pablo y María me dieron algunas ideas.

—Perfecto, bueno pues de momento eso es todo. —Diana se dio la vuelta para irse, cuando Bruno la sujeto por el brazo.

—Espere… perdone pero, me gustaría que me diera su opinión sobre la canción que había pensado para la entrada.

—De acuerdo, ¿que había pensado?

—Pues verá, después de hablar con sus ayudantes, como me dijeron que la mayoría de los invitados eran jóvenes y, que se conocían casi todos de otras fiestas… Pensé que lo mejor sería poner una canción fresca y joven para darles la bienvenida como *"Glad you came"* de *"The Wanted*". ¿Qué le parece?

—Me parece una elección muy acertada, Bruno, póngala cuando hayan llegado algunos invitados.

—Muy bien, gracias, Diana.

—De nada, luego nos vemos.

Empezaron a llegar los primeros invitados muy puntuales y, a las diez y cuarto, estaban prácticamente todos. Diana se paseo por la sala saludando a unos y otros, haciendo las presentaciones pertinentes. Estaba charlando con una de sus ayudantes, cuando levantó la vista y vio a Paolo en lo alto de las escaleras, llevaba un traje oscuro, le sonreía, fue a su encuentro al final de la escalera. El italiano cogió una de sus manos y se la beso galantemente sin dejar de mirarla a los ojos.

—*Buona notte*, Diana.

—*Buona notte*, Paolo.

—Estás preciosa —con una mano Paolo acariciaba la mejilla de Diana.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

—¿Te apetece tomar algo?

—Sí, gracias. Una copa de vino.

—Bien, vuelvo enseguida —Diana lo vio desaparecer entre la multitud.

—Hola, holaaa…Pero bueno, qué guapa estás —Sofía le habló a su espalda.

—Sofi—. Diana le dio un beso y un abrazo —Ya pensaba que me ibas a dar plantón por tu novio nuevo, por cierto… ¿dónde está?

—Está haciendo cola para dejar los abrigos en el ropero, en seguida baja. ¿Ya ha llegado Paolo?

—Sí, acaba de llegar, ha ido a por vino.

—Le habrás dejado sin aliento con tu modelito.

—Seguro, pero… ¿qué hace aquí Manu?

—Hola, hermanita. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú por aquí? —Manu se acercó a Sofía y con un brazo le rodeo la cintura.

—Di, te presento a mi novio, Manu —Sofía sonreía algo tensa.

—¿Tu qué? —Diana les miraba atónita.

—Ha dicho novio, Di. ¿Estás sorda? —Manu reía viendo a su hermana con la boca abierta.

—Pero…pero… ¿cuándo ha pasado esto?

—No hace mucho, unos meses nada más. —Sofía trato de restarle importancia.

—¿Por qué no me lo habías contado? Creía que éramos amigas y que nos lo contábamos todo…

—Y así es, perdóname, Diana, pero no sabía como te lo tomarías con todo lo de Pedro…Y después, me entró miedo a que te enfadaras por no habértelo contado, fue pasando el tiempo y yo—. Manu puso una mano en el hombro de Sofía.

—Verás, Diana, el caso es que Sofía y yo estamos muy bien juntos y…nos queremos. Vamos en serio.

—Eso parece.

—Ya estoy aquí. Ah, hola, Sofía. Buenas noches —Paolo llegó por detrás de Diana, le dio dos besos a Sofía y le tendió la mano a Manu —. Hola, soy Paolo.

—Un placer, soy Manu, hermano de Diana y novio de Sofía.

—Encantado, ¿queréis ir a picar algo?

—Claro, me muero de hambre —dijo Manu siguiendo a Paolo.

Diana y Sofía se quedaron atrás una frente a la otra.

—Di, por favor, perdóname, no te enfades conmigo.

—¿Tú también le quieres? —Diana estaba muy seria.

—Sí—. Sofía se quedo un poco cortada —Di, llevo enamorada de Manu desde…desde siempre y, cuando hace unos meses vi que él me correspondía, estaba feliz. Pero, ahora, si tú no lo apruebas yo…yo… no podré volver a serlo. Eres muy importante para mí, Diana, no quiero perderte—. Diana vio los ojos de su mejor amiga llenos de lágrimas.

—Eh, tranquila, si tú le quieres y él te quiere a mi me parece perfecto. Eres mi mejor amiga y eso no va a cambiar, salgas con quien salgas, pero me hubiera gustado enterarme antes. —Diana se acerco a Sofía y le dio un beso—. Me va a resultar un poco raro verte con mi hermano —Sofía le dio un fuerte abrazo.

—Gracias, Di, eres la mejor. Ahora sí que soy feliz.

—Me alegro mucho por los dos. Bueno, vamos a por nuestras parejas, seguro que tu *novio* está devorando el catering.

—Sí, vamos.

Manu que había permanecido bastante serio al ver que Diana y Sofía no les habían seguido hasta la barra de catering, empezó a sonreír cuando vio aparecer a las dos amigas riendo. Se acerco a su novia, le dio un abrazo y le preguntó en un susurro:

—¿Todo bien, princesa?

—De maravilla, mi amor. —Y le dio un beso en los labios.

Paolo miraba a Diana con curiosidad, ella sonreía, se la veía tranquila, hacia un momento había notado cierta tensión entre Sofía y

ella pero, ahora, había desaparecido por completo. Le ofreció la copa de vino y un platito con canapés.

—Gracias, ya empezaba a tener hambre.

—De nada, ¿te he dicho ya que estás preciosa?

—Sí, ya lo has hecho —Diana se echo a reír, Paolo le guiñó un ojo divertido.

—Y bien, finalmente… ¿Vendrás a Italia conmigo?

—Pues, esta noche, tenemos que decirle al jefe cual de las dos va a ir, así que tendrás que esperar a que se lo digamos, para saberlo tú. ¿Por qué no me sacas a bailar? Me encanta esta canción.

—Claro, así a lo mejor consigo sonsacarte.

Se dirigieron a la pista de baile, sonaba *"The way you look tonight"* cantada por *Michael Bouble*, Paolo cogió a Diana por la cintura poniendo algunos dedos en el trozo de espalda que estaba al descubierto y la atrajo hacia él, con la otra mano tomó la de ella y comenzaron a deslizarse por la pista. El italiano acercó su boca al oído de Diana y comenzó a cantar algunas partes de la canción. Diana se separó un poco, le miró a los ojos y comenzó a reír.

—Esto me recuerda a la escena de una película.

—¿Ah sí? ¿A cuál?

—A la de *"La boda de mi mejor amigo",* es una de mis películas favoritas y esa escena es una de las más bonitas.

—Sí, ya se cuál es. ¿Eres una romántica?

—Sí, supongo que sí, un poco de romanticismo en la vida no está de más.

—Entonces, creo que puedo añadirle un poco más de romanticismo a este momento. —Paolo acercó su boca a la de Diana y la besó. —Dime, que vendrás conmigo a Italia, por favor.

—Disculpad la intromisión, pero nuestro jefe quiere vernos. —Dijo Sofía acercándose a la pareja.

—Estoy segura de que podrás esperar mi respuesta unos minutos más, ¿verdad? —Y dándole otro beso, se aleja con Sofía al encuentro con su jefe.

El jefe y Marcello charlaban con una copa en la mano al lado de la barra, al ver llegar a las chicas pidieron un par de copas de vino para ellas.

—Bueno, chicas, creo que esta vez os habéis superado a vosotras mismas, la fiesta es un éxito, nuestros clientes están encantados, tanto que nos han pagado un plus. Y eso hace que yo este aún más orgulloso de vosotras.

—Gracias, jefe, va a hacer que nos pongamos coloradas —dijo Sofía.

—Chorradas, sois las mejores y no me cansaré de decirlo. Marcello opina como yo, ¿verdad, amigo?

—Claro, habéis hecho un magnifico trabajo y soy muy afortunado por poder contar con una de vosotras para mi proyecto en Roma, por cierto… ¿cuál de vosotras vendrá?

—Pues verá, Marcello, he decidido ir yo, espero que le parezca bien —le informó Diana.

—Me parece muy bien, tenía la esperanza de que viniera usted, ya que mi hijo no para de hablar de lo encantadora y de lo buena profesional que es.

—Oh, vaya, muchas gracias.

—No se merecen. Bueno, señorita, entonces estaremos en contacto, e iremos preparando todo para que dentro de unas semanas pueda incorporarse a nuestro equipo. Ha sido un placer conocerla a usted también, señorita Sofía.

—Igualmente, Marcello pero, entonces, ¿se van pronto?

—Sí, mi hijo Paolo y yo nos vamos mañana en el primer vuelo.

—Bien, chicas, hablaremos el lunes en la oficina, podéis retiraros a seguir disfrutando de la fiesta.

Manu esperaba a Sofía, en una de las mesitas del fondo. Diana estaba muy seria y pensativa, no sabía que Paolo fuera a irse al día siguiente, pensaba que se quedaría unos días más.

—Di, ¿estás bien? Pareces triste.

—Sí, estoy bien, es sólo que me acaban de dar una noticia que no esperaba, perdonadme. Por cierto, Manu ¿has visto a Paolo?

—¿Al italiano? Sí, le he visto. Subió las escaleras en cuanto fuisteis a hablar con el jefe.

Diana miro a Sofía, esta asintió con la cabeza y acto seguido Diana ya estaba subiendo las escaleras a toda velocidad. No había ni rastro de Paolo, ni en el vestíbulo, ni en el ropero, ni en la calle, no habían estado tanto tiempo hablando con Marcello y el jefe, pero había sido suficiente para que Paolo se fuera. Paró un taxi y le dio la dirección del hotel donde se hospedaba el italiano, por el camino empezó a enfadarse, no entendía por qué se había ido sin despedirse y más si, como había dicho Marcello, se iban al día siguiente. Pagó al taxista y entró en el hotel a toda velocidad, preguntó en recepción el número de la habitación de Paolo y se dirigió hacia allí.

—Un momento—. contestó Paolo, cuando Diana llamó a su puerta. —Diana… ¿qué haces aquí?

—¿Qué, qué hago aquí? Te has ido de la fiesta sin despedirte y tampoco me has dicho que regresas mañana a Roma, pensaba que yo te interesaba algo pero, creo que me he equivocado. —Diana se dio la vuelta para marcharse pero, Paolo la retuvo abrazándola por detrás.

—No te vayas así, Diana, claro que me interesas, es sólo que no me gustaba la idea de despedirme de ti, porque sólo hace unos días que nos conocemos pero, me gusta estar contigo y tenía miedo de sentir

tanto en tan poco tiempo.

—¿Sentir? —Diana se dio la vuelta para mirarle a los ojos y ver si lo que decía era verdad.

—Sí, sentir, me tienes loco, Diana, me gustas mucho y si no vienes a Roma, no se qué voy a hacer, supongo que tendré que buscar algún proyecto en España, porque quiero estar contigo.

—Pues, puedes estar tranquilo, porque voy a ir Roma y vamos a poder estar juntos.

—¿De verdad? —Diana asintió y él la besó—. ¿Cuándo irás a Roma?

—Por lo que me ha dicho tu padre en unas semanas. Bueno, tengo que irme, he de volver a la fiesta. —se disculpó Diana mirando el reloj del teléfono móvil.

—Comprendo, se estarán preguntando dónde estás.

—Me alegro de haber aclarado las cosas contigo, voy a echarte de menos aunque vayan a ser pocos días los que estemos separados…

—Yo también te voy a echar de menos—. Abrazó a Diana e incluso la levantó un poco en el aire, para volver a besarla.

—Lo siento, Paolo, pero tengo que irme, de verdad. —Le dio otro beso y se separó de él—. Nos vemos en Roma.

—Sí, ¿puedo llamarte?

—Claro, estaré esperando que lo hagas. Buenas noches, Paolo y buen viaje.

—Buenas noches, Diana.

Paolo se quedó mirando el ascensor, hasta que las puertas se cerraron y se despidió de ella con una sonrisa. Se sentía un poco mal, había empezado a mentir a Diana y eso que apenas habían empezado una relación. Se había ido de la fiesta porque conocía a una de las invitadas, no había terminado muy bien con ella y por miedo a que le montara una escena, se había ido corriendo. Aunque no todo era mentira, sí que sentía algo por Diana a pesar de que sólo hacia un par de días que se conocían. Era muy guapa, simpática e inteligente y él se sentía muy atraído por ella. No sabia que era exactamente, esperaba que no fuera amor, odiaba enamorarse porque le hacia sentir vulnerable, fuera lo que fuera estaba claro que lo terminaría de descubrir en Roma.

Cuando Diana llegó a la fiesta, muchos de los invitados ya se habían marchado, en el camino de vuelta, en el taxi, estuvo sopesando todo lo que le había dicho Paolo. A ella también le gustaba, pero no se fiaba del todo de él, le parecía que estaba dándole coba, diciéndole todo lo que él pensaba que ella quería oír. Ella sí tenía miedo de verdad a sentir algo por el italiano, tenía miedo al dolor que viene después de un desengaño, sobre todo porque aún no había desaparecido el causado por Pedro. Vio a Manu y a Sofía bailando en

la pista agarrados, se le hizo un nudo en la garganta al recordar que ella había sido así de feliz hasta no hacia mucho. Sofía levantó la cabeza y vio a Diana en las escaleras, la saludó con la mano y se acercó a ella aprovechando que su pareja había ido al baño.

—Hola, ¿estás bien? ¿Conseguiste hablar con él?

—Sí he hablado con él, pero he tenido que ir hasta su hotel.

—¿Al hotel? Pues sí que se había dado prisa.

—Dice que se fue sin despedirse porque cree que siente algo por mi y que le iba a resultar muy duro hacerlo.

—Bueno pero, eso es algo bonito, ¿o no? —Sofía no vio en Diana la alegría que se suponía que debería sentir.

—Supongo pero, no me lo creo del todo. No me fío de él, Sofi, me ha parecido más una excusa que una explicación.

—Tú no te preocupes, si es verdad que el siente algo por ti, tendrá ocasión de demostrarlo en Roma.

—Sí, lo sé. —Sofía la abrazo.

—Todo irá bien, ya lo verás, probablemente Paolo no será el hombre de tu vida, pero mientras te haga feliz aprovéchalo, si él no es el definitivo ya aparecerá otro.

—Antes os he visto a mi hermano y a ti bailando, no he podido evitar sentirme un poco celosa. Se os ve tan felices y tan enamorados…lo siento.

—No tienes nada que sentir, si te soy sincera yo también tuve celos en su momento cuando estabas con Pedro. No te comas más la cabeza con el tema de Paolo, disfruta del resto de la noche. Algunos de los invitados me han preguntado por ti, querían felicitarte por la organización.

—Esta bien, vamos a buscar a Manu y después iré a hablar con los invitados.

Diana procuró no pensar en Paolo el resto de la noche y pasarlo bien, tal y como le había recomendado Sofía que hiciera. Despidieron a sus ayudantes, felicitándoles por el buen trabajo que habían hecho y a las cinco de la mañana ya se habían marchado todos los invitados. Sofía, Manu y Diana cogieron un taxi, primero dejaron a Diana en casa y después ellos fueron a la de Sofía. Nada más entrar en la suya, Diana se descalzó, fue a la cocina y se calentó un vaso de leche, mientras este daba vueltas en el microondas se puso el pijama. Ya de vuelta, en la cocina, se bebió la leche y escuchó el sonido del móvil en la habitación, seguramente eran Sofi y Manu avisándole de que ya estaban en casa. Se lavó los dientes y se metió en la cama. No llevaría ni media hora en ella cuando volvió a escuchar el sonido de su móvil, esta vez era un mensaje, cogió el teléfono de la mesilla y miró el sobrecito parpadeando en la pantalla, lo abrió, era un mensaje de Paolo.

“Diana perdóname, no quería que terminara así nuestra última noche juntos. Estaré esperándote en Roma, besos. Paolo. “

Se queda un rato pensativa no sabe si contestarle o no, finalmente le escribe.

“No pasa nada, tranquilo. Yo tampoco quería despedirme así de ti, pero bueno supongo que no es nada que no podamos arreglar en Roma. Buen viaje, nos vemos allí. Besos. “

Esperó unos minutos para ver si le contestaba, pero no aguantó más y se durmió profundamente. Cuando despertó eran las doce y media de la mañana, se levantó y fue a trompicones al baño, se lavó la cara y se hizo una coleta. Encendió el portátil y lo llevó al salón, mientras se cargaba la página del correo electrónico, fue a prepararse un té a la cocina. Se sentó en el sofá con las piernas cruzadas y el tazón de té verde bien caliente entre las manos. Pinchó en la bandeja de entrada, algunos mensajes eran de sus amigos, otros de propaganda que fue eliminando y por último había uno de Paolo, lo acababa de enviar.

“Hola Diana, he llegado hace dos horas a mi casa, me llegó tu mensaje tan pronto como aterricé y encendí mi teléfono. He preferido mandarte un email, ya que así puedo permitirme el lujo de explayarme. No he podido dormir esta noche, me fastidia haber sido tan imbécil y haberme marchado así de la fiesta, quería disfrutar de tu compañía hasta el último momento y en lugar de eso lo estropeo todo marchándome corriendo, de verdad que lo siento muchísimo. En tu mensaje decías que no pasaba nada, pero sé que te debes sentir algo molesta, si no muy decepcionada conmigo, no me extraña y lo entiendo. Quiero que sepas que nunca había conocido a alguien como tú, que en apenas unos días se ha hecho dueña de mi mente y de mis pensamientos. Se me van a hacer eternas las horas hasta que pueda volver a verte, porque ya añoro tu sonrisa. Te prometo que en cuánto aterrices en Roma, te compensaré por todo (si tú quieres claro). Espero tener pronto noticias tuyas. Besos, Paolo. “

Diana había tomado su té a medida que iba leyendo el email de Paolo, dejó la taza en la mesita delante del sofá. Seguía sin fiarse del italiano y, ahora, que no paraba de disculparse, se reafirmó en pensar que no le estaba contando toda la verdad. Si quería que cuando fuera a Italia las cosas entre ellos funcionaran bien, no había empezado de la mejor manera. Así que decidió mandarle un email para dejarle las cosas claras.

“Hola Paolo, me alegra saber que ya estás sano y salvo en casa. Con respecto a tu email, te diré que sí, estoy algo decepcionada, pero más a raíz

de que no me cuentes la verdad. Sé que algo tuvo que pasar en la fiesta para que te largaras a la carrera, por mucho que me halague la idea de que sientas algo por mí, no me resulta creíble. He tenido una dosis suficiente de mentiras en los últimos tiempos, así que te agradecería que si te importo un poco, me dijeras la verdad. Independientemente de todo esto y al contrario de lo que puedas pensar, yo también te voy a echar de menos, porque me gustas mucho y quiero que cuando vaya a Roma las cosas entre nosotros estén bien. Besos, Diana. "

Volvió a releerlo antes de darle a enviar, a lo mejor se equivocaba con Paolo, pero su instinto le decía que no, pulsó el botón.

En su habitación, en Roma, Paolo leía el email, sin dar crédito. Diana había resultado ser más perspicaz de lo que pensaba. ¿Y ahora qué? Era el momento de decidir la clase de hombre que quería ser con ella, sincero y honesto o mentiroso y canalla. Con otras mujeres no hubiera tenido dudas, siempre era un canalla, pero Diana no era como las demás. Quería que ella le conociera de verdad, quería que se enamorara de él, no de su personaje. Fue a darse una ducha para despejarse, tantas horas sin dormir empezaban a pasarle factura. Tenía que pensar la respuesta para Diana. Se secó y se puso un pantalón de tela flojo y una camiseta. Cogió el teléfono y llamó al restaurante de la esquina para que le llevaran algo de comer. Por norma general sólo tenía bebida en casa y a veces por un casual un cartón de leche y unas galletas para el desayuno. Decidió contestar mientras el email de Diana, se la imaginó nerviosa frente al ordenador esperando su respuesta y sonrío al sentirse importante para ella. Comenzó a escribir.

"Hola de nuevo, Diana, no te equivocas al pensar que te he mentido con respecto a los motivos que me hicieron irme corriendo de la fiesta y dejarte sola. Yo también quiero que las cosas estén bien entre nosotros, por eso voy a contarte la verdad…

Paolo suspiró, por primera vez en mucho tiempo iba a abrirle su corazón a una mujer.

"… La verdad es que en la fiesta, cuando fuiste a hablar con mi padre y con tu jefe, vi que entre las invitadas había una mujer con la que había tenido una especie de relación sentimental, si puede llamarse así, que no acabó bien y tuve miedo de que me viera y montara un escándalo, porque ella es capaz de eso y más. Por eso me fui. Aunque, en mi defensa, debo decir que no todo lo que te dije fue mentira, es cierto que siento algo por ti, no sé todavía cómo llamarlo, pero tengo claro que no quiero perder la oportunidad de estar contigo para descubrirlo. Espero que puedas perdonarme y, que valores este ataque de sinceridad, créeme si te digo que eres la única mujer que quiero que me conozca tal y como soy, con todos

mis defectos y virtudes. Sé que todo esto es mucho más fácil decirlo por escrito que cara a cara, pero entenderé que no quieras hablar más conmigo hasta que nos veamos y puedas valorar si te sigo mintiendo. Bueno, nada más, te dejaré tiempo y espacio para que pienses, no quiero agobiarte. Te estaré esperando, besos, Paolo. "

Aún no habían pasado ni cinco minutos desde que le había mandado el email a Diana, cuando su teléfono empezó a sonar.

Era ella, increíble, iba a tener que empezar a decir la verdad más a menudo, era evidente que las mujeres lo valoraban más.

—¿Si?

—Hola, Paolo.

—Hola, Diana. ¿Has leído mi último email?

—Sí, por eso te llamo…gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por decirme la verdad.

—Gracias a ti por perdonarme, me sentía muy mal, de verdad.

—Yo también, tenía en mi cabeza montado otro final para la fiesta pero, bueno, no pasa nada, ahora tenemos en nuestras manos el arreglarlo. ¿Cómo ha sido la vuelta a casa? —Diana escuchó a través del teléfono el sonido de un timbre -. ¿Tienes visita? Si quieres te llamo más tarde…

—No, no, es que había encargado comida al restaurante de la calle y me la traen.

Diana miró su reloj.

—Vaya, sí, ya es hora de comer, yo también debería empezar a preparar algo. ¿Por qué no me agregas al *Skype*? Y así además de poder hablar gratis, podemos chatear mientras comemos.

—Claro, espera un segundo, voy a pagar al chico.

—Sí, tranquilo.

Paolo comprobó que era lo que había pedido, pagó al chico que le esperaba en la puerta y le dio diez euros de propina. Era el hijo de la cocinera del restaurante, los fines de semana hacía los repartos a domicilio para sacarse un dinero y, así poder ayudar a sus padres con los gastos de la universidad. Paolo lo conocía desde que era pequeño y sabía de sus aprietos económicos, por eso le daba buenas propinas.

—*Graccie sinore, Paolo*. Ciao

—*Ciao, Marco*. —Paolo cerró la puerta detrás del chico. —Ya estoy de nuevo contigo, Diana, perdona por la espera.

—No pasa nada, entonces… ¿me agregas al *Skype* y comemos?

—Sí, ahora mismo, a ver…Sí, ya te tengo, listo. Pues a comer se ha dicho, hablamos por el chat.

—Vale, hasta ahora, Paolo y que aproveche.

—Igualmente, un beso, Diana.

—Un beso, Paolo.

Diana cogió el portátil y lo llevó a la mesa de la cocina para poder contestar a Paolo, mientras preparaba la comida. Preparó una ensalada de lo más completa, no le faltaba de nada.

Se puso a comer, estuvo a punto de atragantarse un par de veces con los disparates de Paolo, era muy divertido. Estuvieron hablando toda la tarde a través del Skype, tanto chateando cómo por video-llamada. Eran cerca de las diez de la noche cuando se despidieron, ambos tenían que madrugar al día siguiente, Diana se metió en la cama y le sonó el tono de mensaje del móvil.

"*Gracias por éste día de conversación inolvidable. Dulces sueños, preciosa.*"

Contestó inmediatamente.

"Gracias a ti, que descanses, mañana será otro duro día de trabajo. Besos."

Dejó el teléfono en la mesilla y con una gran sonrisa se durmió.

CAPÍTULO X

A Diana le esperaban semanas de preparativos para el viaje a Roma. No viajaría hasta el mes de diciembre pero, teniendo tanto por hacer el tiempo sería un poco justo. Su primera semana allí, la pasaría en uno de los hoteles del centro de la ciudad, hasta que el apartamento que la empresa le había conseguido estuviera listo.

A Sofía, sólo la veía en horario de oficina, ya que desde que Manu y ella no tenían que esconder su relación se dedicaban a hacer escapadas de fin de semana y, a salir con los amigos comunes. Incluso habían quedado un par de veces para cenar con los padres de Manu y Diana, a los que les encantó saber que estaban juntos.

Por eso, en esa tarde de sábado, Diana estaba en su ático cómodamente cálido, fuera soplaba un aire gélido a pesar de que aún no había empezado el invierno. En el salón había, esparcidas por la mesa, miles de listas con cosas para llevar en su viaje, su amiga Laura se había ofrecido para ir a verla y de paso ayudarla.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—En principio han dicho que sería un mes, porque sólo voy a ayudarles con los remates del proyecto. Pero, lo más seguro, es que se alargue algo más, depende de los clientes.

—Pues, irás cargada de maletas, ¿no? Yo por lo menos, me llevaría la casa a cuestas.

—Bueno, cuando viajas tanto como yo, procuras sintetizar al máximo el contenido del equipaje pero, aún así…sí, iré cargada de maletas. —Diana se echó a reír y su amiga con ella.

—Háblame de ese tal Paolo. ¿Es guapo?

—¿Paolo? ¿Quién te ha hablado de él? No hace falta que me lo digas, ha sido Sofi. ¿Quién si no?

—Sí, ha sido ella, la llamé el otro día para ver qué tal estaba, me soltó la bomba de que estaba saliendo con tu hermano, me quedé con la boca abierta por cierto. Y, después, le pregunté por ti y me dijo que andaba rondándote un tal Paolo, que por el nombre deduje que era italiano y ahora tú te vas a Italia…

—Qué perspicaz. —Dijo Diana y Laura le sacó la lengua como si fuera una niña.

—En fin, que no me contó mucho más, porque por lo visto no sabía muy bien cómo estaban ahora las cosas desde que él se ha ido.

—Pues para completar tu información, te diré que Paolo es el dueño, junto con su padre, de la empresa a la que voy a ayudar en

Italia. Es muy guapo, moreno, ojos azules, un cuerpazo…

—Calla, calla, no me des más detalles de su físico, que una no es de piedra y ya llevo mucho a dos velas.

—Eso es porque quieres, porque según me han informado a mí mis fuentes, que también las tengo, hay un vecino tuyo al que tienes loquito por tus huesos o, ¿no?

—Ya ha estado Sofía largando de mí también. Oye, vamos a tener que hablar más tu y yo sin intermediarios, ¿eh?

—Sí, aquí, al final, quien más sabe de todas es Sofi.

—Bueno, venga, no te vayas por las ramas y sigue contándome lo que pasó con el italiano.

—Vale, a ver, el caso es que salir, lo que se dice salir, sólo lo hicimos un día, el día antes de la fiesta y, después, fue mi acompañante. En la fiesta hubo un pequeño problemilla y se largó sin decirme nada. Me enteré de que al día siguiente se iba a Roma, así que fui a su hotel a pedirle explicaciones…No me convenció mucho lo que me contó, pero al final se portó bien y me contó la verdad, así que, ahora, seguimos hablando por teléfono y chateamos todos los días.

—Pero, ¿no pasó nada entre vosotros? Me estás contando todo sin *chicha*, quiero los detalles sucios.

—Mira que eres, sólo nos besamos, nada más…

—¿Nada más? Vaya, al final va a resultar que eres una niña buena y todo.

—¿Lo dudabas? Además, no tuvimos ocasión para hacer algo más y aunque la hubiéramos tenido, no creo que hubiera sido capaz. El cuerpo aún no me pide ese tipo de contacto.

—Como experta que soy en relaciones de mierda, te comprendo y creo que haces bien. No te precipites, para que cuando pase lo valore como es debido.

—Bien, yo ya he terminado. Ahora te toca a ti, ¿qué me dices de tu vecino?

—Pues se llama David, es compositor, rubio, ojos color miel, muy simpático y divertido…

—Parece buen chico, ¿por qué no le das luz verde?

—Me lo estoy pensando, ya sabes, de momento estudio el terreno. El caso es que antes de conocernos formalmente cada día volvía a casa con una tía diferente…

—Vaya, un gigoló.

—Sí, pero cuando nos presentamos dejó de traer chicas. En lugar de eso se pasa por casa cada dos por tres, con cualquier excusa con tal de hablar conmigo. Me trae regalitos. Ya me ha pedido un par de veces que salga con él, pero de momento le he dicho que necesito pensarlo. Aunque también le dije que hoy le daría una respuesta.

—¿Hoy? ¿Por qué hoy?

—Cuando me lo pidió la primera vez le tuve que dar una fecha para la contestación, como aún faltaba mucho tiempo, pensé que se cansaría y que volvería a sus antiguas costumbres. Pero, no fue así, en lugar de eso es aún más atento y detallista conmigo. Cuando he salido de casa, me ha recordado que hoy tendría que darle una respuesta.

—¿Y qué le vas a decir?

—Le voy a decir que sí, pero me gustaría prepararle algo especial para compensarle por la espera y por sus atenciones. ¿Me ayudas?

—Claro, además aquí hoy hemos terminado.

Las dos amigas salieron de casa, fueron al garaje y montaron en el coche de Diana. Llegaron a uno de los enormes centros comerciales nuevos, de las afueras de la ciudad, plagado de tiendas. Compraron algo de comida para preparar una suculenta cena y algunas velas aromáticas. Fueron a casa de Laura, David no llegaría hasta la noche así que aún les quedaba tiempo suficiente para prepararlo todo. Diana hizo de chef, mientras su amiga preparaba el comedor y se arreglaba. Una ensalada les serviría de entrante y como plato principal unos canelones rellenos de atún. Todo estaba listo, Laura se acercó al equipo de música y le dio al play.

—Qué canción más chula —dijo Diana mientras salía de la cocina hacía el comedor.

—¿Verdad? Es de David. —Laura cerró los ojos y se quedó escuchando con una sonrisa en los labios.

Cuando acabó la canción Laura abrió los ojos de nuevo, llevaba un vestido morado y blanco y se había recogido el pelo en una trenza de lado.

—Bueno, mi niña, todo listo. Estás muy guapa.

—Gracias, creo que ahora me estoy poniendo nerviosa…

—Pues, quédate tranquila, porque cuando vea todo lo que le has preparado el que se va a poner nervioso va a ser él, ya verás. —Se acercó a su amiga y le dio un beso—. Mañana quiero todos los detalles.

—Hecho y muchas gracias por tu ayuda, Di.

Salió de casa de Laura montada en su coche, su teléfono sonó dentro del bolso, era un mensaje. Cuando paró en un semáforo lo miró, era Vanesa, le preguntaba si quería acercarse a su casa para salir a cenar. Llevó el coche al garaje de su casa y llamó a Vanesa.

—Hola, Di, menos mal que hay una que me contesta, os he mandado el mismo mensaje a todas, pero las demás ni siquiera dan señales de vida.

—Hola, Vane, ya me imagino…Sofi estará con mi hermano y en cuanto a Laura la acabo de dejar en casa, con todo preparado para una cita con su vecino. Así que, quedamos tú y yo, solas ante el peligro.

¿Quieres ir a cenar entonces?

—Sí, ¿te apetece? Es que necesito salir un poco de casa. —Se notaba un deje de tristeza en la voz de Vanesa.

—¿Estás bien, Vane?

—Sí…es sólo que…os echo de menos. Me da la sensación de que nos estamos distanciando, Sofi está con tu hermano, Laura va a salir con su vecino y tú…te vas a Italia con tu italiano.

—No seas tonta, Vane. Es cierto que ahora no estamos tan en contacto como antes pero, bueno, no te preocupes en lo que a mi concierne tú eres una persona indispensable en mi vida y, aunque me vaya a Italia, no me voy a olvidar de ti. Venga, voy a subir a cambiarme y paso por tu casa.

—Si quieres como yo ya estoy cambiada, voy para ahí y te recojo.

—Vale, pues hasta ahora.

—Hasta ahora.

Diana subió a su casa, no podía evitar sentirse un poco mal por Vanesa, lo cierto es que el vínculo más fuerte lo tenía con Sofía, pero ella también era su amiga, una de las mejores, no era justo que la hubieran descuidado tanto. Se puso sus vaqueros desgastados, una camiseta de manga larga y sus botines negros. El pelo suelto, recogido sólo en la parte de delante. Toque de rimel, lápiz de ojos y un poco de colorete. Sonó el timbre del portero, abrió, era Vanesa. Dejó la puerta de casa entreabierta y fue al vestidor a por su chupa de cuero negro y un pañuelo para el cuello. En el pasillo se encontró con Vanesa de frente.

—Hola, guapa. ¿Estás lista?

—Hola, sí, estoy lista. Anda dame un abrazo, bobona, con lo que te quiero yo. —Diana se acercó a su amiga y la abrazó con fuerza. De repente, Vanesa se puso a llorar. —Ey pero, ¿qué pasa Vane? Hay algo que no me has contado, ¿a que si?

—Sí, perdona, Di —sacó un pañuelo y se sonó la nariz—. Quería quedar hoy con todas, como cuando salimos después de que tú y Pedro…ya sabes.

—Ya… ¿Has roto con alguien? No sabía que tenías pareja…

—Bueno, es que no quise decir nada, me daba un poco de vergüenza, supongo que aún no tenía bien asumida mi nueva situación.

—¿Qué situación?

—Pues…verás…la persona con la que estaba saliendo era…una mujer, soy bisexual, Diana.

—¿Y tenías miedo de contarlo? No pasa nada, Vane, cada uno es como es, nosotras te queremos tal y cómo eres.

—Gracias, nunca había salido con una mujer hasta ahora, ella es muy especial para mí, me gusta mucho pero, la fastidié.

—¿Por qué?

—Pues porque ella quería conocer a mis amigas y yo…no podía—. Vanesa volvió a llorar—. Me dijo que si me avergonzaba de ella que no merecía la pena que siguiéramos juntas y me dejó. Pero, yo no me avergonzaba de ella, me avergonzaba de mí, por ser una cobarde.

—Tranquila, cariño, ya verás como todo se solucionará. Y gracias por contármelo.

—¿Me ayudarás a decírselo a las demás? Se que me va a resultar muy difícil, sobre todo con Laura, porque ella siempre es la primera en enterarse de todo lo que me pasa y creo que se va a sentir defraudada conmigo. Pero, es que precisamente por esa cercanía con ella, no podía contárselo, no quería que nuestra amistad cambiara.

—No te preocupes por las demás, lo entenderán perfectamente. Y te apoyarán igual que yo. ¿Qué? ¿Vamos a cenar?

—Sí, venga vamos.

Durante la cena, Diana se esforzó porque su amiga dejará a un lado sus preocupaciones y se lo pasara bien. Aunque ella, en su cabeza, no dejaba de darle vueltas al asunto, quería ayudar a Vanesa. Al despedirse de ella, empezó a trazar un plan, le mandó un mensaje a Laura y Sofía, diciéndoles que al día siguiente sin falta tenían que quedar con Vanesa, que era muy importante, su amiga las necesitaba a todas, comerían en casa de Diana. La primera en contestar fue Sofía:

"Cuenta conmigo, allí estaré, espero que no sea nada grave, besos, hasta mañana."

Laura no contestó hasta la madrugada, aunque Diana ya lo había supuesto, teniendo en cuenta que tenía su cita con David.

"Siento no haber contestado antes, estaba liada, ya sabes…jeje. Bueno, mañana nos vemos, si Vane nos necesita yo no la voy a fallar. Besitos."

Diana se levantó temprano para arreglar un poco la casa y preparar la comida para sus amigas, puso la mesa en el comedor, así estarían más cómodas. Empanó unos filetes de pollo y dejó preparada y sin aliñar una ensalada grande como acompañamiento. Bajó a la calle y compró unos pasteles en la pastelería de enfrente, para tomar con el café.

Sofía apareció a las doce y media, Manu la había dejado allí de camino a casa de sus padres.

—Hola, Sofi —le dio dos besos. —Pasa anda, estaba terminando de preparar la comida.

—Ten —le dijo dándole una botella de vino—. He traído una botellita para la comida.

—Uhm, que bien. Antes de comer le pondré un enfriador, para que esté más fresquito.

—Bueno, ¿me vas a contar ya lo de Vane?

—No puedo, tiene que decirlo ella. Pero, en lo que vendrá después me tienes que ayudar, ¿vale?

—No sé, ni siquiera sé para lo que te estoy ofreciendo mi ayuda—. Le guiñó un ojo.

—Confía en mí, querrás ayudar. —Llamaron al telefonillo. Contestó Sofía.

—¿Si? ¿Quién es? Ya está abierto, empuja la puerta. —Se giró hacia Diana —Es Vanesa. Voy a abrirle la puerta. —Sofía salió al pasillo.

Al momento aparecieron las dos en la cocina, Vanesa intentaba sonreír, aunque se notaba que estaba muy nerviosa, así que Diana sin que se diera cuenta Sofía, le agarró la mano y le dio un apretón. Laura llegó un poco más tarde, disculpándose por la tardanza, se le habían pegado las sabanas, su cita con David había terminado más tarde de lo que ella esperaba. Ayudaron a Diana a llevar la comida al comedor y se sentaron todas a la mesa, pasaron unos cuantos minutos sin que nadie hablara, todas miraban a Vanesa esperando a que contara algo, pero ella no se atrevía, miraba su plato y bebía sin levantar la vista. Diana, para evitar ese silencio incómodo, empezó a contarles detalles de su viaje, para que se distrajeran un poco del motivo principal de la comida y con la excusa de preparar la cafetera se llevó a Vanesa a la cocina.

—¿Estás bien, Vane? Si crees que es mejor no decírselo hoy a las chicas, no te preocupes ya habrá otra ocasión.

—No, no, tiene que ser hoy, tengo que ser capaz, sois mis amigas, tenéis que saberlo todas.

—Bueno pues, no des muchos rodeos, lo mejor es soltarlo sin más, ya verás como te quitas un gran peso de encima y recuerda que yo estoy contigo, ¿vale?

—Vale, gracias. —Le dio un abrazo. —Voy a decírselo ahora, así si se crea tensión en el ambiente, lo rebajaremos tomando el café.

—Muy bien, pues suerte, si me necesitas…aquí estoy.

Diana se afanó en preparar la cafetera, colocó las tazas en sus correspondientes platitos, encima de la bandeja, cucharillas, el azucarero, servilletas y los pastelitos. Lo dejó todo encima de la mesa de la cocina, decidió concederle unos minutos más a Vanesa, así que se sentó en la cocina, escuchando atentamente, para salir en el momento oportuno. Oyó como Vanesa les contaba todo, primero empezó contándoles lo mismo que a Diana, que había roto con alguien, después les contó que era bisexual y se hizo el silencio, Vanesa lloraba, era el momento de salir, pero tal y como imaginaba las cosas habían ido bien, Sofía y Laura abrazaban a Vanesa y lloraban con ella.

—Todo irá bien, Vane, estamos contigo. —Le decía Sofía.

—Claro y nada va a cambiar, te lo prometo, esto no cambia nada, seguimos siendo las mismas. —Laura le dio un beso. Vanesa se secaba las lágrimas con los dedos.

—Bueno, chicas aquí traigo el café, basta de lloros, hoy es un día grande, es el día de Vanesa. Así que venga, también traigo pasteles—. Les enseñó la bandeja, las demás sonrieron y volvieron a sus sitios.

El resto de la tarde pasó entre risas y confidencias por parte de todas. Primero Laura les contó como había sido su noche con David, estaba contentísima, saltaba a la vista y se le iluminaban los ojos, recordando los detalles de la velada. Llegó el turno de Sofía, con la que se metieron todas, especialmente Diana, su relación con Manu iba viento en popa y era tan dulce que llegaba hasta el empalago pero, se alegraban por ellos. Diana les contó sus progresos con Paolo y sus conversaciones a través de *Skype*, que ya iban subiendo de tono según pasaban los días. Tomó Vanesa la palabra, todas querían conocer al detalle a la mujer que le había robado el corazón, no pararon de acosarla a preguntas, hasta que les contó su historia. Su chica se llamaba Inma, trabajaba organizando exposiciones de arte, se habían conocido en una de ellas. Vanesa iba como invitada y se paró a contemplar maravillada uno de los lienzos, en él había dos figuras sobre una noche negra y estrellada y el mar de fondo, era un cuadro precioso. Inma se paró a su lado, pero no miraba el cuadro, la miraba a ella, Vanesa no se percató de que la estaban observando hasta que ella le habló.

"¿Te gusta el cuadro? Por el interés que pones, parece que sí…"

Vanesa la miraba sorprendida. Era una chica preciosa, rubia, con una melena larga y ondulada que le llegaba hasta la cintura, un pequeño piercing asomaba en su nariz y sus ojos posados en Vanesa eran negros, como la noche del cuadro.

"*Sí, es muy bonito."*

Fue lo único que consiguió decir, seguía impactada con la belleza de Inma, no pudo más que mirarla y observar como sus labios se abrían para hablarle.

"*Por cierto me llamo Inma y soy la autora del cuadro".*

Le tendió la mano.

"*Es un placer, yo soy Vanesa, pintas muy bien".*

"*Gracias. ¿Te apetece ir a tomar algo? Se está llenando mucho la sala y me estoy empezando a agobiar."*

Vanesa seguía perpleja, asintió con la cabeza, Inma la cogió de la mano y la sacó de la exposición en apenas un minuto. Cuando se quiso dar cuenta estaban en un bar, tomando una copa. Hablaron sin parar

durante horas, más Inma que Vanesa, cuando salieron del bar era cerca de las tres de la mañana. Compartieron un taxi, ya que Inma le dijo que vivía prácticamente al lado de ella, lo cual no era verdad y pudo comprobar cuando se bajó del taxi con ella y se lo confesó en el portal de su casa.

"*Perdona, es que no quería separarme de ti todavía, lo estoy pasando muy bien esta noche."*

"*No pasa nada, yo también lo estoy pasando muy bien. ¿Quieres subir a tomar un café?"*

"Me encantaría, pero primero, me gustaría hacer otra cosa, si no te importa."

"Claro, ¿qué?"

"Pues esto…"

Inma se acercó y la besó, fue el beso más profundo y perfecto que le habían dado jamás, no se asustó cuando fue consciente de que se lo estaba dando otra mujer, porque era Inma, sentía que aunque sólo hacía unas horas que había aparecido en su vida, era la persona a la que había estado esperando.

"*Espero que no te haya molestado Vanesa"*

"No, no me ha molestado, ha sido…diferente"

"¿Diferente?"

"Sí, es la primera vez que beso a una mujer".

Notó como Inma se entristecía.

"Perdóname, yo no he pensado, me he lanzado sin más, desde que te he visto delante de mi cuadro, no he podido apartar mis ojos de ti, me gustas mucho".

Vanesa se acercó y la besó con fuerza pegando su cuerpo al de ella.

"*Te he dicho que no me ha molestado y a mí también me gustas mucho. ¿Subimos?"*

Así comenzó su relación con Inma, ahora todas lo sabían igual que sabían cómo y por qué había terminado. Cuando Vanesa terminó de contar su historia, no pudo evitar echarse a llorar, como todos los días desde que Inma la había dejado, pero hoy había una gran diferencia, no estaba sola, las tenía a ellas, las miró y sonrió.

—He echado mucho de menos esto…

—¿El qué? ¿Llorar a moco tendido? —Sofía le guiño un ojo, mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo que le dio Laura.

—No, echaba de menos estas charlas. Contárnoslo todo, prometedme que por muchos años que pasen esto no va a cambiar. —Puso una mano boca abajo apoyada en la mesa.

—Lo prometo —dijo Diana poniendo su mano encima.

—Y yo —Laura puso la suya.

—Y yo también. —Sofía puso la suya y así sellaron un pacto que no se rompería nunca.

Pasaron el resto del día juntas en casa de Diana, viendo fotos de los primeros años de su amistad, criticando sus peinados y vestidos. Se rieron a carcajadas. Después de picar algo, Vanesa se despidió de sus amigas con un fuerte abrazo y se marchó a casa. Diana aprovechó entonces para contar a Laura y a Sofía su plan, iban a volver a juntar a Vanesa y a Inma.

Faltaban apenas tres días para partir a Roma, era jueves y el domingo salía su avión, decidió que lo que más le apetecía era pasar con sus amigas una noche, así que organizó una "*fiesta de pijamas*" a la antigua usanza. Compró helado, palomitas, gominolas y todas las chucherías que pudo encontrar, preparó en el salón unos colchones hinchables, de los que usaban cuando iban de acampada, mantas, almohadas y cojines. En una pila puso las películas clásicas, que nunca se cansaban de ver como "*Pretty Woman*" y algunos CD´s con antiguas canciones que tantos recuerdos les traían. A eso de las cinco de la tarde, llegó Laura cargada con unas botellas de vino y su mochila.

—Vaya, qué preparada viene—. le dijo Diana al abrir la puerta del ático.

—Ya ves, hoy es una noche especial y hay que celebrarlo como se merece.

Diana la acompañó al salón, para que dejara sus cosas.

—Oye, menuda pasada, es como retroceder en el tiempo a mis dieciséis años. Te ha quedado genial.

—Gracias —sonó el telefonillo. —Deben de ser el resto de las invitadas. —Salió al pasillo.

La siguiente en llegar fue Vanesa.

—Hola, cariño, ¿qué tal estás? —Le dio dos besos.

—Hola, Vane, madre mía, qué color más atrevido, ¿no?

—¿Te gusta? —Dijo girándose, para que su amiga pudiera admirar su cabellera. —Es azul…Pitufo —Vanesa se echó a reír.

—Sí, me gusta, estilo Katy Perry, muy de moda. Bueno, pasa, no te

quedes ahí plantada. —Diana estaba cerrando la puerta cuando sintió que alguien empujaba por el otro lado.

—Eh, abre, Di, ya estoy aquí, no soy la última. ¿Verdad?

—Sofí, pues sí, eres la última, lo siento. Las demás están en el salón, ven.

Llegaron al salón, donde Laura y Vanesa ya se habían puesto sus respectivos pijamas. Sofía y Diana se echaron a reír.

—Estáis súper sexys, chicas —dijo Sofía.

—Sofi, tú lo que tienes es envidia por no tener un pijama tan bonito y divertido como el nuestro.

—Si claro, Vane, pero ahora que me fijo… ¿Son eso Pitufos?

—Pues claro, te he dicho antes en la puerta Diana que mi color de pelo era azul Pitufo, pues tendré que llevar el pijama de los Pitufos. ¿No?

—Evidentemente, es un buen razonamiento. Laura, porque no digas nada, no te creas que no vamos a hablar de tu modelito. —le advirtió Diana.

—Eso, el tuyo ¿qué lleva? —preguntó Sofía acercándose para mirarlo.

—Son fresitas, ¿qué pasa?

—Nada, nada, el estampado es aceptable pero… ¿las zapatillas?

—¡¡¡Son de Bob Esponja!!! ¡¡¿¿En qué estabas pensando??!! —Sofía y Diana reían a carcajadas.

—Laura, no les hagas caso, las zapatillas son geniales, igual que tú. Y quien te las haya regalado tiene mucho gusto.

—Vane gracias, sobre todo porque me las regalaste tú.

Las cuatro rompieron a reír, a Diana se le saltaban las lágrimas y Sofía se agarraba el cuerpo con los brazos para evitar el dolor en sus costillas de tanto reír. No habría podido existir un principio de fiesta mejor, la noche prometía ser inolvidable.

Llamaron al timbre y Vanesa miró a sus amigas una a una, estaban todas. ¿Quién llamaba? Diana fingía estar muy ocupada buscando algo en los cajones del aparador del comedor, Sofía se fue al baño y Laura muy oportunamente había ido a la cocina a preparar palomitas.

—¿Te importa abrir, Vane? —Le pidió Diana sin darse la vuelta.

—Claro, voy.

Según Vanesa avanzaba por el pasillo, se iban asomando las cabezas de sus amigas por las respectivas puertas. Volvieron a llamar al timbre.

—Ya voy, ya voy, un segundo. —Vanesa abrió la puerta y se quedó sin habla.

—Hola, Vane. ¿Puedo pasar?

—Inma… ¿tú? ¿Aquí? No entiendo nada —dirigió su mirada al pasillo y vio tres cabezas sonrientes. —Esto… claro, pasa, pasa.

Inma llevaba una mochila colgada al hombro, por lo que según parecía iba a pasar la noche también con ellas, Vanesa no podía estar más confundida, avanzaba por el pasillo detrás de Inma en dirección al comedor, podía oler su perfume. Al llegar al comedor sus amigas con una sonrisa de oreja a oreja saludaban a Inma. Unos dedos se movieron por delante de sus ojos, era Diana.

—¿Hola? ¿Hay alguien? Tierra llamando a Vanesa…

—¿Qué? Perdona, no te había oído. ¿Decías?

—Vaya, veo que más que sorprendida, te has quedado en estado de shock.

—¿Vosotras conocéis a Inma?

—Claro —le dijo Laura cogiéndola del brazo. —Nos hablaste tanto y tanto de lo maravillosa que es, que no tuvimos más remedio que ir a conocerla. —Le apretó cariñosamente el brazo.

—He invitado a Inma, porque quería que vosotras arreglarais las cosas y así poder irme tranquila a Italia, sabiendo que mis tres mejores amigas son felices.

—Yo… yo… no sé qué decir, chicas…

—No digas nada, lo sabemos. —Sofía le guiño un ojo.

—Os he preparado la habitación del fondo, para que estéis tranquilas. ¿Por qué no acompañas a Inma para que deje sus cosas?

—Sí, ¿vienes, Inma?

Inma que hasta el momento había permanecido a un lado y en silencio, observando la escena, avanzó hasta Vanesa y le cogió la mano.

—Cuando quieras —le dijo. Vanesa era incapaz de dejar de sonreír.

—Volvemos en un ratito chicas…

—No hay prisa, tomaos vuestro tiempo. —Dijo Sofía llevándose una palomita a la boca.

—Eso, eso, tenéis mucho de que hablar. —Laura se sentó en uno de los colchones con una copa en una mano y una botella de vino tinto en la otra—. ¿Creéis que es demasiado pronto como para empezar a beber? —Diana miró el reloj de la televisión.

—No y, además, tenemos que hacer un brindis, somos una perfectas alcahuetas. —Cogió dos copas y le dio una a Sofía.

—¿Os habéis fijado en cómo miraba Inma a Vanesa? —Sofía alzó su copa para que Laura la llenara—. Están muy enamoradas, qué bonito.

—Por el amor, —propuso Diana alzando su copa —para que siempre esté en nuestras vidas. —Chocó su copa con la de sus amigas.

Al cabo de media hora y, en vista de que Vanesa e Inma no daban señales de salir en un futuro próximo de la habitación, decidieron ver una película de las del montón de Diana. Se decantaron por "*City of angels*" e inevitablemente las tres lloraron como magdalenas. Así las encontraron Vanesa e Inma cuando aparecieron por el comedor.

—Pero, ¿qué os pasa? —Preguntó Vanesa.

—Nada—. contestó Laura sonándose ruidosamente la nariz. —Es que es tan bonita y tan triste a la vez.

—Bueno, pues basta de lágrimas —Diana se levantó y fue hacia la pareja—. ¿Qué Inma? ¿Ya te has instalado?

—Sí, muchas gracias por invitarme, Diana.

—No hay de qué, ha sido un placer, de verdad.

—Aquí tenéis, chicas —les dijo Sofía entregándoles una copa de vino a cada una. —Ya podéis daros prisa si queréis coger el ritmo, porque os llevamos tres copas de ventaja.

—Venga sentaos e ir eligiendo otra peli, yo voy a por algo de comer a la cocina. —Diana fue a la cocina y Vanesa la siguió.

—Sé que todo esto ha sido idea tuya, Di, no sé qué haría sin ti, no sabes lo feliz que me hace saber que tengo una amiga como tú. —Vanesa le dio un gran abrazo, Diana se quedó conmovida por el gesto. —Gracias, Di, mil gracias.

—Ay mi, Vane, prométeme una cosa.

—Lo que quieras.

—Que no tendrás más problemas sentimentales, al menos, hasta que yo esté de vuelta y pueda solucionarlos. —Le guiñó un ojo.

—Hecho.

CAPÍTULO XI

La primera semana de Diana en Roma, resultó ser muy estimulante, dedicó la mayor parte del tiempo a explorar la ciudad, unas veces sola y, otras, acompañada por Paolo. Le encantaba ir con él porque le mostraba los lugares menos conocidos de la ciudad, aunque no por ello menos bellos que los famosos.

Uno de los primeros sitios que le enseñó fue su empresa, el lugar donde iban a trabajar codo con codo. Y le presentó a sus colaboradores. Mara Chianello era su secretaria, una chica de unos veinticinco años, rubia, con cuerpo de modelo y que no pareció alegrarse demasiado con su presencia y con la atención que le prestaba Paolo. Cuando por algún motivo se quedaban a solas incluso la miraba mal. El resto eran mucho más simpáticos. Samuel Garufi, un chico de veinte años, que se acababa de incorporar a la plantilla. Angelo Bracciale, con bastantes años de experiencia en el sector pero, que por alguna razón, había ido dando tumbos de una empresa a otra, hasta que conoció a Paolo y se hicieron muy buenos amigos. Por último, estaba Chiara Busi, tenía un par de años más que Diana, era muy alegre y divertida y, se llevaba bien con todo el mundo. Fue la única que se le acercó nada más conocerla y se ofreció para enseñarle la ciudad e incluso para ayudarla a instalarse en el apartamento cuando estuviera listo. Desde entonces, en apenas unos días de estancia en Roma, ya habían quedado para comer un par de veces y siempre se convertían en horas de risa imparable.

Por Navidad, en la Piazza Navona, hay un mercado. Diana no lo sabía pero, le pareció un detalle muy bonito por parte de Paolo, el que la llevara allí. En esos días se sentía un poco triste, llevaba tiempo sin pasar las fiestas navideñas sola. Echaba de menos a Sofía, el viaje se le iba a hacer más duro de lo que pensaba, al fin y al cabo ellas no habían estado más de una semana separadas desde que eran amigas. Paolo había observado un poco de melancolía en Diana, por eso se rebanó los sesos pensando en planes que le alegraran e hicieran que se olvidara un poco de su amiga y su familia. Fue el novio más atento y considerado, no escatimó en besos, ni en caricias. Y funcionó, Diana volvió a ser la que era, volvía a sonreír.

El día de Navidad, la invitó a su apartamento, comieron con Marcello, que, como es normal, no quería desaprovechar la ocasión para estar con su hijo en esas fechas tan señaladas. Diana estaba encantada, padre e hijo se desvivían por ella, felices de que una mujer

se hubiera unido a su mesa generalmente para dos. Fin de año, sin embargo, lo celebraron en el hotel de Diana, los dos solos, fue la noche en que se acostaron por primera vez.

Aquella mañana Diana se había despertado temprano, desayunó en el comedor del hotel y salió a pasear por la ciudad, que aún estaba dormida. Sin saber muy bien cómo, sus pasos le llevaron hasta la calle donde vivía Paolo y allí, sentado en un banco, se lo encontró. Estaba con la mirada perdida en el horizonte, no se percató de la presencia de Diana hasta que ella le habló.

—Buenos días, veo que eres tan madrugador como yo –dijo mientras se sentaba a su lado.

—Hola, cariño, ¿tú por aquí? —La abrazó y le dio un beso.

—Sí, me desperté muy temprano y salí a pasear… Verás llevo desde ayer dándole vueltas a algo…

—¿Ah sí? ¿A qué?

—Pues, es que me gustaría….me gustaría que esta noche después de la cena te quedaras a dormir conmigo.

—Ah, ya veo. ¿Te daba vergüenza pedírmelo? —Paolo buscaba la mirada de Diana, que estaba mirándose los pies.

—Un poco. Ya sabes, es que no estoy muy segura de la clase de relación que tenemos…No quiero estropearlo. —Paolo le levantó la barbilla y la besó.

—Me encantará pasar la noche contigo.

La cena fue bastante ligera para ser Nochevieja, Diana estaba demasiado nerviosa como para comer. Mientras daban las doce campanadas se fueron comiendo las uvas de la suerte, costumbre española que compartían los dos. Al terminar, se besaron y brindaron con champán mirándose a los ojos. Diana coqueta, le cogió de la mano y lo arrastró al ascensor. Le besaba el cuello, le mordisqueaba las orejas y Paolo se dejaba hacer, hasta que le llegó su turno. Metió una mano por debajo del vestido de Diana, la miraba esperando su aprobación. Sonó el timbre del ascensor que indicaba que habían llegado a su planta, se recompusieron la ropa y con paso acelerado entraron en la habitación. Diana tiró los zapatos a un lado y empujó a Paolo hasta sentarlo en la cama, se montó a horcajadas sobre él.

—Eres la mujer más guapa que he conocido en mi vida—. Paolo le desabrochaba el vestido.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal—. Se reía para provocarle.

Paolo hizo un rápido movimiento quedando tumbado encima de Diana, la miraba a los ojos.

—Ahora en serio, eres preciosa, Diana, me tienes loco, nunca había sentido algo así…

—Paolo… tú también me tienes loca —le dio un beso, luego otro y otro más, hasta que los labios no les bastaban para expresar lo que

quería el uno del otro.

El vestido de Diana estaba en el suelo al lado de la cama, con sus medias, la chaqueta y la camisa de Paolo. Él miraba el cuerpo de Diana maravillado, quería recorrer cada centímetro con las manos, con la boca. Ella le quitó los pantalones, los calcetines, todo. No les quedó nada más que entregarse el uno al otro, con ternura, con pasión, con mordiscos, con caricias y, así, se escurrieron las horas debajo de las sábanas, hasta el amanecer.

Diana se despertó con una sonrisa en los labios, Paolo dormía tendido boca abajo a su lado, le besó el pelo, él se volvió para mirarla.

—Buenos días, siento haberte despertado.

—Oh, no, tranquila. No pasa nada, ya debe ser hora de hacerlo, ¿no? —Paolo miró su reloj. —La una de la tarde, yo diría que sí. ¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien —entrelazó su mano con la de él.

—Diana, lo de esta noche…no tengo palabras…

—Fue perfecto, al menos para mí.

—Para mí también, sé que aún no hemos hablado del tema, pero creo que ahora sería un buen momento para definir nuestra relación.

—Me parece bien, ¿cómo la quieres definir?

—Pues a ver—. Se apoyó sobre un codo para incorporarse en la cama. —A mí me gustaría que saliéramos juntos en plan serio, es decir quiero que esta sea una relación estable. Soy consciente de que te irás en un mes, quizá en dos pero…quiero estar contigo, no sé qué pasará después, sólo quiero estar contigo el tiempo que tengamos.

—Bueno, a mí también me gustaría que nuestra relación fuera algo serio, aunque, por otra parte, me da miedo. Ya sabes qué hace sólo unos meses que he terminado una relación de muchos años e, iniciar una a distancia… Pero, me quedo con lo último que has dicho… Estar contigo el tiempo que tengamos y después ya veremos.

—Entonces ya está, estamos de acuerdo.

—Sí, estamos de acuerdo. ¿Te apetece comer algo? ¿Llamo al servicio de habitaciones para que nos suban comida?

—Vale, pero primero me gustaría desayunar otra cosa —Paolo la atrajo hacia él bajo las sábanas.

—¿Sí? ¿El qué? —Diana le mordisqueó el labio inferior.

—Pues a ti.

No salieron de la habitación en todo el día y cómo Paolo había llevado ropa al hotel, al día siguiente fueron juntos a trabajar.

El día 9 de enero, Diana se instaló oficialmente en el apartamento y por entonces ya le habían informado de que su estancia en Roma iba a alargarse un mes más de lo previsto, no le importó, así podría estar más tiempo con Paolo. Desde Nochevieja eran inseparables, habían

dormido juntos cada día, unas veces en el hotel y otras en el piso de él. Hablaba a diario con Sofía y con Manu, les echaba mucho de menos, aunque no tardarían en verse, porque iban a cogerse unos días libres para ir a Roma. A Vanesa y a Laura las llamaba una vez a la semana, el resto de los días se bombardeaban a emails, para no olvidarse de nada. Su madre, para no ser tildada de pesada, se limitaba a llamarla una vez cada dos días, aunque siempre quería hablar una hora como mínimo.

Llevaba un par de semanas saliendo oficialmente con Paolo, cuando empezó a ver la verdadera personalidad de él. Los mimos y las atenciones tan presentes al principio, fueron disminuyendo cuanto más tiempo pasaban juntos. Diana no le quiso dar mayor importancia pero, encontró raro el hecho de que cuando estaban en compañía de otras personas, especialmente de otros hombres, se volvía empalagoso, no la dejaba sola ni un solo momento, no le quitaba las manos de encima, si no la estaba abrazando, le estaba dando un beso o la cogía de la mano.

Por fin, Sofía y Manu llegaron a Roma y, las dos parejas, habían quedado para cenar. Con ellos Paolo fue encantador y se esforzó para hacerles ver lo bien que trataba a Diana. Durante la cena las dos amigas se disculparon para ir al baño y así poder hablar un rato a solas.

—Ay, Sofi, no sabes lo contenta que estoy de que hayáis venido.

—Yo también, Di, echaba de menos poder hablar contigo cada día, en persona, claro. Cuéntame, ¿qué tal con Paolo? Parece que os va muy bien y él está pendiente de ti todo el tiempo.

—Sí—. Diana se quedó un poco pensativa y seria, pero al notar la mirada preocupada de Sofía sonrió. —Sí, va todo muy bien.

—No, no, claro que no va bien, pasa algo, lo sé. Esa cara que has puesto te delata.

—No pasa nada…es sólo…es sólo…que llevo notando desde hace unos días…A ver, Paolo es muy atento y cariñoso cuando estamos en compañía.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, por ejemplo, el otro día fuimos a tomar una copa con los de la oficina y uno de los chicos se puso a hablar conmigo, intentando hacerlo en español, así que nos estábamos riendo un montón. Paolo, que no me había hecho ni caso en toda la noche, es más parecía que andaba ligando con su secretaría, la chica que te conté que me miraba mal. El caso es que me estaba riendo y, de repente, noté el brazo de Paolo rodeándome los hombros. Después, le dijo al chico que nos disculpara que teníamos que hablar y, me montó una escenita de celos de lo más absurda.

—Bueno, no lo puedo creer, será imbécil, mándalo a paseo, Di.

¿Qué haces todavía con él?

—Ese día me marché cabreadísima, hasta lloré de la rabia. Me acusó de estar ligando con otro en su cara. Él me alcanzó corriendo por la calle, se me puso delante pidiéndome perdón, me dijo que yo le importaba mucho y que tenía miedo de perderme. Hasta el momento no ha vuelto a hacer nada por el estilo.

—Ya, Diana pero…

—Lo sé, Sofi, tranquila. Estoy empezando a conocer al verdadero Paolo. Sé que le gusto e incluso estoy convencida de que siente algo por mí. Pero, también, sé que es un caprichoso y que quiere tener lo que otros no pueden para restregárselo por la cara. Y, yo soy eso. Me tiene como un juguete del que se está cansando pero, cuando ve que otra persona está interesada en mí, me reclama como suya. Por mucho que él me lo ha negado, estoy segura de que tiene algo con su secretaria. Él me gusta mucho, Sofí, pero, por suerte, esta vez no he sido tan tonta como para enamorarme y negarme lo obvio. Lo que no sabe Paolo, es que a este juego podemos jugar los dos y que no voy a dejar que me haga daño. Por eso sigo con él…

—Ten mucho cuidado, Di, las relaciones con celos de por medio son muy tormentosas.

—Ya. Bueno, basta de hablar de mí. ¿Cómo te van las cosas con Manu, *cuñadita*? —Sofía sonrió de oreja a oreja.

—Pues, la verdad, de maravilla, cada día estamos más unidos y sé que puede parecer algo precipitado pero, hemos empezado a mirar pisos, para irnos a vivir juntos.

—¿De verdad? Qué guay, no me parece precipitado, si los dos lo tenéis claro.

—Me hace mucha ilusión y estaba deseando contártelo. Bueno creo que deberíamos volver ya o pensaran que nos hemos colado por la taza.

—Sí, vamos, va a resultar muy evidente que estábamos hablando de ellos.

El resto de la noche fue muy tranquila, después de cenar, dieron un paseo, tomaron una copa y se despidieron en la puerta del hotel donde se hospedaban Manu y Sofía.

—Mañana os invito a mi apartamento a comer, ¿vale?

—Muy bien, por la mañana vamos a hacer algo de turismo y después de comer quería ir de tiendas. Como Manu no va a querer ir… así se puede quedar en tu apartamento y entretenerse con algo, ¿verdad?

—Qué bien me conoces, cariño.

—Vale, entonces os espero a las dos o así.

—Allí estaremos. Hasta mañana, hermanita. —Manu le dio un abrazo y un beso. —A ti también te veremos mañana, ¿no, Paolo?

—No, lo siento Manu, mañana tenía una visita programada con unos clientes.

—¿Un domingo?

—Sí, es que vamos a un viñedo, a una cata de vino.

—Ah, bueno pues entonces ya nos veremos otro día. —Manu le estrechó la mano y Sofía se adelantó para darle dos besos.

—Hasta mañana, chicos.

—Hasta mañana, Di.

Durante el camino de vuelta a casa de Diana, Paolo apenas le dirigió la palabra. Ya en el portal tuvo que ser ella la que rompiera el hielo.

—¿Te quedas esta noche?

—No, lo siento, preciosa, pero mañana me toca madrugar y además no he traído ropa, ni nada. Queda para otro día, ¿vale?

—Sí, claro, no pasa nada. Que lo pases bien mañana, llámame por la noche y me cuentas.

—Sí, si no llego muy tarde, ni muy perjudicado —se rió y le guiñó un ojo. —Tú también pásalo bien con Sofía y con tu hermano.

—Gracias, bueno pues nos veremos el lunes en la oficina…

—Sí… —Paolo se acercó y le dio un beso en los labios de lo más frío, apenas se le podía llamar roce en vez de beso. —Que descanses.

—Igualmente, buenas noches, Paolo.

—Buenas noches, Diana. —Paolo giró sobre sus talones y con paso ligero se alejó, ni siquiera esperó a que Diana entrara en el portal.

Diana se había quedado aún más desconcertada, Paolo había cambiado mucho su actitud con ella, era la primera vez que rechazaba pasar la noche en su apartamento. Una vez que la había conquistado y ahora la estaba dejando escapar. Se sentía engañada. Con una mezcla de rabia e indignación subió a su apartamento. *“Esto no va a quedar así”*. Se metió en la cama, pero era incapaz de dormir. *“Diana duérmete de una vez, ahora no vas a arreglar nada”*. Después de un par de horas por fin se durmió.

A las once de la mañana, el frío la obligó a abrir los ojos, había dado tantas vueltas durante la noche que la sábana y el edredón estaban en el suelo. Los cogió y se acurrucó debajo de ellos para entrar en calor. Miró el reloj de la mesilla, las once y veinte, hora de ponerse en marcha. Tenía que limpiar un poco el apartamento, pero a la una menos cuarto ya estaba preparando la comida. Primero preparó un pisto manchego y mientras este se hacía al fuego, hizo una tortilla de patata. Comida española con productos italianos. Manu ya había manifestado que quería comer algo de “*casa*”, estaba un poco cansado de la comida italiana y eso que sólo llevaban tres días allí. A Diana, sin embargo, le encantaba y se había acostumbrado pronto a sus sabores.

Una vez hecha la tortilla, a las dos menos cuarto, puso la mesa de la cocina, el apartamento se hacía algo pequeño para tener reuniones con amigos. Llamaron al portero, Manu y Sofía, llegaban justo a tiempo.

—¿Si?

—Abre hermanita, me muero de hambre.

—Como no… Venga, subid.

Manu y Sofía entraron en el apartamento, les sorprendió que siendo tan pequeño tuviera tanta luz exterior, enseguida comprendieron por qué. La fachada que daba a la calle, donde estaban el salón y la cocina, tenía un enorme ventanal para las dos estancias que estaban separadas entre sí por un pequeño tabique con un hueco a modo de ventana en medio. Por otro lado estaban el baño y la habitación, no tenían ventanal porque daban al patio interior, pero como el apartamento estaba en el último piso, tenía un tragaluz en el techo del baño para aprovechar al máximo la luz natural.

—Uhmm…Qué bien huele. —Manu entró en la cocina olisqueando el aire—. ¡Tortilla! —Exclamó feliz.

—Sí, es tortilla, pero no le pongas tus zarpas encima, espera a que nos sentemos los demás. —Diana puso el pisto en el centro de la mesa, en la que ya se había sentado su hermano.

Sofía entró en la cocina con una botella de vino en la mano.

—Hola, Di. Manu, ¿ya te has sentado?

—¿Lo dudabas? Y si no le paro se pone a comer sin nosotras.

—Me gusta el apartamento, es muy luminoso y está bien aprovechado.

—Sí, la verdad es que está muy bien. Lo mejor es que como es tan pequeño lo limpias en seguida. Pero, ¿qué habéis traído? ¿Vino? —Señaló la botella que Sofía llevaba en la mano.

—Ah, sí, qué tonta, es para acompañar la comida.

—Muchas gracias, no os tendríais que haber molestado.

—No es molestia, que menos, tú nos invitas a comer.

—Eso, nos ha invitado a comer y me gustaría empezar a hacerlo, si no os importa, que como ya he dicho antes… ¡Tengo hambre!

Sofía y Diana se miraron y se echaron a reír.

—Eres peor que un niño. Siéntate, Sofi e iros sirviendo, yo voy a descorchar el vino.

Después de comer, mientras Sofía ayudaba a Diana a recoger la cocina, Manu preparó un café y lo sirvió en la mesita de centro del salón. Cuando terminaron Manu se recostó en el sofá y las invitó a irse de compras mientras él se echaba una siesta. Sofía y Diana no se lo pensaron dos veces y salieron a complacer su espíritu consumista.

Entraron en varias tiendas de alta costura de Via Condotti, se probaron infinidad de vestidos, así que cansadas y cargadas de bolsas se metieron en el Antico Café Greco, tan conocido en Roma. Al ser domingo, el local estaba bastante lleno, pero no les costó encontrar una mesita para sentarse. Pidieron unos cafés bien calientes, el sol ya se estaba ocultando y volvía a hacer frío. Cuando la camarera les sirvió los cafés pidieron un par de trozos de tarta de manzana, que tenía muy buena pinta.

—Lo he pasado muy bien esta tarde, Di.

—Yo también, Sofí. Al final ¿qué día os vais?

—Pues tenemos el billete para el viernes por la mañana, así que aún nos quedan unos días para estar juntas.

—Sí, que bien. —Diana tomó un trago de café.

—Ah, ya se me olvidaba contártelo…

—¿El qué?

—El otro día, tu hermano y yo nos encontramos con Juan en un restaurante.

—¿Ah sí? Y, ¿qué tal está?

—Pues, yo le vi muy bien.

—¿Con quién estaba? ¿Estaba con una chica? —Diana intentó que sus preguntas sonaran con un tono de indiferencia.

—Sí, entre otros amigos más, había chicas por supuesto. ¿Por qué? ¿Estás celosa?

—No, no estoy celosa, era curiosidad nada más. ¿Te preguntó por mí?

—Claro. —Sofía no dijo nada más y se quedó observando a su amiga mientras esta se iba impacientando a medida que pasaban los minutos, comió un trozo de tarta. —Uhmm… está riquísima.

—Sofí, ¿qué le dijiste?

—¿A quién?

—A Juan. ¿A quién va a ser?

—Ahhh…A Juan, pues nada, le dije que estabas en Roma trabajando y que había un italiano rondándote.

—¡Sofía! ¿Por qué le has dicho eso?

—Pues porque también me preguntó si estabas con alguien y, no podía decirle que sí, porque tú le pediste a él un poco de tiempo y, tampoco le podía decir que no, porque a lo mejor pensaba que le estabas esperando a él.

—Ah, vale… Siendo así, está bien…

—Ya me parecía—. Sofía se rió. —Por cierto, me dijo que iba a venir con algunos compañeros del trabajo a Roma y que le gustaría verte.

—¿Verme? ¿Y qué hago con Paolo?

—Nada, ahora entre Juan y tú no hay nada. Sólo sois amigos, ¿no?

—Sí, pero si le presento a Paolo, le voy a hacer daño y, si no se lo presento y Paolo se entera de que me he visto con él, me puede montar una buena…

—Di, sigo sin entender por qué estas con este tío. Sí, es guapo y es simpático pero, no se porta bien contigo.

—No creo que tarde mucho en plantarme, eso si no lo hago yo primero. Estoy esperando para pillarlo en algo, porque así mis motivos no perjudicarán a nuestra relación laboral. Si le dejo ahora y aparece Juan, va a decir que le he dejado por otro y me pondrá a caer de un burro, pero si hace algo y es un buen motivo para dejarle, yo quedaré de víctima y le haré un gran favor por seguir en el proyecto con él y no dejarle tirado.

—Vaya, me dejas perpleja, eres como de la mafia o algo por el estilo. Veo que lo tienes planeado al milímetro.

—Sí y mientras pasa algo de eso, aprovecho el momento—. Las dos se echaron a reír.

—Bien dicho, a ver si ahora van a poder sólo los tíos aprovecharse. Que te quiten *"lo bailao"*. —Sofía miró el reloj. —Creo que deberíamos irnos, a ver qué hace Manu, seguro que está roncando todavía.

—Seguro, veo que le conoces muy bien. ¿Sabes? Pensé que me costaría más asimilar vuestra relación, pero es como si ya lo supiera de siempre, os complementáis muy bien, me gusta veros juntos. Además, yo ya te consideraba mi hermana y ahora lo serás de verdad.

—Qué bonito. Gracias, Di, te quiero mucho. —Sofía le dio un fuerte abrazo a Diana.

—Y yo a ti. Bueno, vamos para casa.

Estaban saliendo del Café cuando se encontraron con Chiara, la amiga de Diana en el trabajo.

—Hola, Chiara. ¿Qué tal ha ido el fin de semana?

—Diana, no espera verte por aquí. Me llamó Paolo esta mañana para decirme que mañana no iba a venir a trabajar y me imaginé que estaba contigo de escapada romántica.

—Pues no, no estaba conmigo…Oh, perdona, te presento a mi mejor amiga, ella es Sofía. —Chiara se adelantó y saludó a Sofía.

—Bueno, tenéis que perdonarme pero me están esperando más adelante mis amigos. Encantada de conocerte, Sofía y Diana, te veo mañana en la oficina.

—Claro, no te preocupes, nos vemos mañana.

—Un placer conocerte, Chiara, hasta otro día.

El camino de regreso hasta el apartamento de Diana, lo hicieron en silencio, Sofía sabía en qué estaba pensando su amiga, no hacía falta que lo dijera. Paolo la estaba engañando con otra, seguro que Diana estaba hecha polvo, aunque le había dicho que estaba aprovechando el momento con Paolo y que no estaba enamorada de él, resultaba

evidente que le gustaba demasiado como para no importarle que la estuviera engañando. No quiso hurgar en la herida, se limitó a caminar a su lado y cuando se despidieron para irse al hotel le dio un abrazo y le dijo al oído: "*Estoy contigo, no lo olvides, aunque estemos en diferentes países, siempre estoy contigo.*" Diana sonrió y le dijo: *"Lo sé, gracias."* Esperó a que fueran las once de la noche para llamar a Paolo, necesitaba escuchar su excusa para actuar en consecuencia, hicieron falta cinco tonos hasta que su voz se escuchó al otro lado del teléfono.

—Hola, Diana. ¿Cómo ha ido el día?

—Hola, pues muy bien, ha sido divertido. Y tú, ¿qué tal? ¿Cómo ha ido el viaje?

—Ah, pues muy bien también. Por cierto, tengo que pedirte perdón, pero esta noche tampoco voy a poder ir a dormir a tu apartamento, lo siento.

—Vaya, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, no te preocupes. Es sólo que hoy vamos a dormir aquí. Ya sabes, estos se han pasado un poco con los vinos y…es mejor que se despejen antes de marcharnos.

—Entiendo…Bueno, entonces mañana tampoco te veo en el trabajo.

—No, pero te prometo que mañana me quedo a dormir contigo, te echo de menos.

—¿De verdad?

—Claro, he estado muy triste todo el día. Siento no haber pasado el día contigo, con Manu y con Sofía, sé que son muy importantes para ti. ¿Tú no me has echado de menos?

—Por supuesto, claro que sí. Bueno, pues mañana por la noche nos vemos, pásalo bien y no bebas mucho.

—No, yo ya me he retirado a mi habitación, ellos siguen de fiesta en el restaurante.

—Que descanses, Paolo.

—Hasta mañana, preciosa.

Colgó el teléfono, seguía muy confundida, no sabía que pensar. ¿Estaría engañándola de verdad o eran sólo suposiciones? Lo que estaba claro es que no lo iba a descubrir esa noche, ya investigaría al día siguiente en la oficina.

Hubo otro hecho que le hizo sospechar aún más, la secretaria personal de Paolo había llamado a primera hora de la mañana para avisar de que estaba enferma y no iría a trabajar. Se le estaban amontonando los indicios, tenía una certeza casi absoluta del engaño de Paolo, pero aún no iba a tirar de la manta.

Pasaron los días, el distanciamiento entre Diana y Paolo era más que evidente. Había reducido el número de noches que pasaba con ella considerablemente, incluso dejo de llamarla por teléfono cada día

después del trabajo. No paraba de tener reuniones con clientes, siempre en fin de semana y siempre fuera de la ciudad. Manu y Sofía habían vuelto a España, así que Chiara se ofreció para ayudarla a pillar a Paolo. Tenían muy controlada también a Mara, la secretaria, que no dudaba en hablar con otros compañeros sobre los viajes que hacía y que siempre coincidían con los destinos que elegía Paolo.

Una noche en que como de costumbre, en las últimas semanas, Paolo no había ido a su apartamento, se le ocurrió conectarse en el *Skype*, hacía mucho que no hablaba con los amigos de España, curiosamente el único conectado era Juan. Llevaba tiempo sin hablar con él y por lo que le dijo Sofía era probable que se vieran pronto. Tenía que hablarle pero, no sabía qué poner para romper el hielo. No le hizo falta, Juan ya se había adelantado.

"Hola, guapísima, ¿cómo van las cosas por Italia? ¿Qué tal estas?"

"Hola, Juan, por aquí todo bien, trabajando mucho, pero sobre todo disfrutando de la ciudad que es preciosa. Y tú, ¿qué tal?"

"Me alegro, yo muy bien también. Por cierto, no sé si te lo comentó Sofía pero, voy a ir a Roma a principios de la semana que viene, ¿te parecería bien que nos viéramos? "

"Claro que me gustaría verte, qué bien que vengas, si quieres hasta puedo ir a buscarte al aeropuerto y llevarte al hotel…"

"¿De verdad? Me encantaría, si tienes tiempo también podías hacer de guía turística, prometo invitarte a cenar para compensarte, jeje"

"No esperaba menos de ti, jeje"

"Voy con los compañeros del trabajo, pero no te preocupes que son buena gente, espero que no te importe…"

"No, para nada, os llevo a todos encantada."

"Gracias, Di. Bueno, tengo que dejarte, te mando un email con la información del vuelo para que nos recojas, estoy deseando verte…muchos besos."

"De nada, yo también estoy deseando verte. Besos, Juan."

Diana sonrió, Juan siempre aparecía para rescatarla, justo cuando más le necesitaba, allí estaba, aunque sin saberlo, la estaba salvando una vez más.

CAPÍTULO XII

El avión de Juan llegaría al aeropuerto en menos de una hora. Diana le había dicho a Paolo que esa tarde no iría a la oficina porque venían unos amigos españoles y tenía que recogerlos en el aeropuerto. Él ni siquiera la miró y la despidió con un gesto de la mano diciéndole: *"Ah, sí tranquila, no te preocupes. Además hoy estoy hasta arriba de trabajo y saldré tarde, así que… ve sin problemas."*

Llegó temprano al aeropuerto, buscó en el panel de información el vuelo de Juan, ponía que llegaba a la hora prevista. Mientras, para hacer tiempo, dio una vuelta por las tiendas y comprobó su correo en el móvil por si le habían enviado algo del trabajo. Del trabajo no, pero sí tenía un email, era de Sofía.

"*Hola, Di. ¿Qué tal va todo? Yo por aquí ando en la oficina, esto es un muermo sin ti, estoy deseando que vuelvas. Por cierto, hoy llegaba Juan ¿no? ¿Cómo se lo ha tomado Paolo? ¿Qué le has dicho? Seguramente estarás en el aeropuerto, así que llámame esta noche y me cuentas qué tal ha ido todo, ¿vale? Cuídate, muchos besos."*

Por la megafonía anunciaron la llegada del vuelo de Juan, se dirigió a la terminal y a la puerta de salida. Aún tardarían en salir los primeros pasajeros, así que aprovechó para contestar el email de Sofía.

"Hola, Sofiíta, jeje. Las cosas hoy bastante normales, salvo por el hecho de que estoy a punto de ver a Juan y no sé cómo reaccionaremos ninguno de los dos. A Paolo le dije que esta tarde no iría a trabajar porque tenía que ir al aeropuerto a buscar a unos amigos y no me hizo ni caso, mejor porque no me apetecía soportar una escenita de celos en la oficina, ya tendrá tiempo de hacerlo cuando conozca a Juan, si es que le llega a conocer. Bueno, por la noche te llamo sin falta y te cuento, están empezando a salir los primeros pasajeros. Yo también tengo ganas de volver para estar contigo, aunque echaré de menos esto…ya sabes que me encanta esta ciudad. Besos."

Mientras se abrían y cerraban las puertas de salida Juan ya la había visto, la habría distinguido entre un millón de personas. Ella aún no le había visto, se movía nerviosa de un lado a otro mirando su teléfono móvil. Se paró delante de ella, Diana le miró, sus ojos se agrandaron al reconocerle y su sonrisa iluminó el mundo, al menos el de él.

—Hola, preciosa. Te he echado de menos. —Juan le dio un fuerte abrazo.

—Hola, Juan. —Se dejó arrastrar por el calor de ese abrazo.

—Oye, no la acapares tanto y preséntanos a tu amiga. ¿No?

Se separaron, un grupo de dos chicos y una chica estaban detrás de Juan. El más alto, un chico rubio de ojos verdes se adelantó.

—Hola, soy Iván, encantado. —Le dio dos besos.

—Yo soy María, mucho gusto. —La chica se acercó y también le dio dos besos, era morena y menuda, con una mirada muy dura para alguien de su tamaño.

—Falto yo. —El otro chico se acercó, era moreno con los ojos verdes como el primero. —Soy Luis. —Le dio dos besos.

—Bueno, pues mucho gusto en conoceros, yo soy Diana y si ya estamos todos podemos irnos. ¿En qué hotel estáis alojados?

—En el Hotel Mondia—. dijo Juan. —Creo que es bastante céntrico, ¿lo conoces?

—Sí, sí que lo conozco, me alojé allí cuando llegué a Roma.

—¿Ah, sí? Bueno, pues entonces no tendrás ningún problema para guiarnos. —Juan le colocó el brazo alrededor de los hombros.

El contacto con el cuerpo de Juan hizo que algo dentro de ella saltara e, inconscientemente, apoyó la cabeza en su hombro, provocando aún más proximidad entre ellos, a lo que Juan respondió apretándola contra él. María, su compañera, no les quitaba ojo, cuando llegaron al coche no tardó en reclamar la atención de Juan.

—Juan, siéntate atrás conmigo… Es que si se sientan estos dos me aplastan, así tu me proteges—. Agarró a Juan por el brazo, llevándolo hacia la puerta trasera del coche, sin dejarle oportunidad para negarse.

Diana no pudo evitar mirar más de la cuenta por el retrovisor y todas las veces sus ojos se encontraban con los de Juan. Mientras, María no paraba de agarrarle y se aseguraba de hacer algún comentario para dejar claro que Juan y ella se conocían desde hacía mucho tiempo, que habían ido a cenar y de viaje juntos… Quería dar la impresión de que eran más que amigos y lo consiguió, Diana empezó a tener celos.

Mientras se registraban en el hotel y dejaban el equipaje en sus respectivas habitaciones, Diana llamó a Chiara por si la necesitaban en la oficina.

—Hola, Diana. ¿En qué puedo ayudarte?

—Hola, Chiara, me preguntaba si todo va bien por la oficina, si no necesitáis mi ayuda… Paolo me dijo que no hacía falta, pero como también me dijo que ibais a trabajar hasta tarde…

—¿Hasta tarde? Pero si hoy nos ha mandado a todos antes a casa…

—¿De verdad? Buff… Esto ya me parece un poco descarado por su parte, creo que es hora de que termine. ¿Se quedó solo?

—No, se quedó Mara, como siempre. ¿Qué piensas hacer?

—Creo que me daré una vuelta por la oficina…

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí, es buena idea. Así, si nos ven podemos poner la excusa de ir a preparar algo del trabajo.

—Bien, pues… ¿quedamos en la calle de la oficina en veinte minutos?

—Vale, hasta ahora.

Colgó el teléfono y se dio la vuelta cuando Juan la llamó desde el otro lado del vestíbulo.

—Yo ya estoy listo, los demás bajaran enseguida. —Se sorprendió al mirar a Diana—. ¿Estás bien? —Le acarició el brazo. —Estás temblando. ¿Qué ha pasado?

—Oh, nada, estoy bien, no te preocupes. Me ha debido de coger frío. —Sonrió, le salió muy forzada, pero era una sonrisa y resultó convincente. —Por cierto, si no es mucha molestia… me ha llamado una compañera y tengo que ir un momento a la oficina…

—Claro, no es molestia. Tú déjanos de turistas y haz lo que tengas que hacer… Daremos una vuelta por los alrededores y, si quieres, luego nos vemos para la cena.

—Vale, muchas gracias, Juan, entonces cuando acabe te llamo y quedamos. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla, pero Juan no se resistió a tanta proximidad, de nuevo la abrazó.

—No te imaginas cuánto te he echado de menos…

—Juan… yo…

—Sé que estás con alguien, Sofía me lo dijo, perdóname, no debería decir estas cosas, pero… es la verdad.

—No, no me pidas perdón, yo también te he echado de menos—. Se separó de él. —Tengo que irme, me están esperando.

—Vale, hasta luego, Diana.

—Ciao.

Salió del hotel, cuando llegó a la esquina de la calle de la oficina vio a Chiara que ya estaba esperándola. Había intentado durante el camino irse mentalizando por lo que pudieran ver no estaba dispuesta a acabar hundida otra vez.

—Hola, Chiara.

—Hola, ¿estás lista?

—Sí… creo que sí. Vamos, cuanto antes acabemos con esto mejor.

Subieron a la oficina y con mucho cuidado para no hacer ruido metieron la llave en la cerradura. La oficina estaba en penumbra, iluminada solamente por las luces de emergencia. Una franja de luz salía por debajo de la puerta del despacho de Paolo.

—¿Estás bien, Di? —Dijo Chiara en un susurro. Diana asintió con la cabeza. —Saca tu teléfono.

Se aproximaron con cuidado a la puerta, Chiara giró despacio el

pomo y abrió una pequeña rendija. Diana tomó unas cuantas fotos, le hizo un gesto con la cabeza a Chiara para que cerrara la puerta y después tal y como habían entrado en la oficina, salieron.

Media hora después, mientras se dirigía al restaurante dónde había quedado con Juan y sus amigos, Diana seguía sin creerse lo que había visto en la oficina, menos mal que tenía las fotos para confirmárselo, si no hubiera pensado que había sido un mal sueño. Decidió que lo mejor era dejar a un lado todo lo que había pasado y disfrutar de la compañía de Juan… Juan, era siempre tan oportuno, llegaba para recoger los pedazos rotos de Diana, otra vez.

Los chicos habían elegido un pequeño restaurante cerca del hotel, en cuanto Juan la vio aparecer, se levantó y le hizo señas para que se acercara.

—Buenas noches, chicos, perdonad el retraso. —Dijo Diana acercándose y poniendo su mejor sonrisa.

—Hola, Di, tranquila acabamos de llegar —Juan le acercó una silla.

—Gracias. Y bien, ¿qué os está pareciendo Roma?

—De momento me está encantando. —Dijo María agarrándole el brazo a Juan.

—A mí también me está gustando mucho —intervino Luis.

—No está mal —contestó Iván.

—A mí, lo que más me está gustando es poder estar contigo. —Le susurró Juan al oído.

Diana se puso roja como un tomate y le miró intentando que no se le notara. María la fulminó con la mirada. *"Y a esta ¿qué le pasa?"* Durante unas horas se esfumaron todas sus preocupaciones, rieron, bebieron… De vez en cuando las miradas de Juan y Diana se encontraban y una descarga eléctrica le recorría el cuerpo. Parecía que sus ojos intentaban mandarle algún mensaje pero, cuando quería profundizar más en ellos estaba María para romper el encanto e intentar acaparar la atención de Juan aunque, sin mucho éxito, él la ignoraba.

Terminada la cena María sugirió ir a tomar unas copas, Luis e Iván se apuntaron al momento, Diana se excusó ya que ella al día siguiente trabajaba.

—Ah, es verdad que mañana trabajas, bueno…en otra ocasión será —dijo María con una sonrisa en los labios.

—Sí, en otra ocasión. Que lo paséis bien. Juan, mañana te llamo…

—Te acompaño. —Dijo Juan y a María se le quitó de golpe la sonrisa y el color de las mejillas—. Es tarde y no deberías ir sola.

—No hace falta, Juan, no vivo lejos. Quédate con tus amigos.

—Ni hablar, he dicho que voy contigo. Ya os veré en el hotel, chicos.

—Bueno, pues entonces…hasta mañana, disfrutad la noche—. Dijo Diana con un movimiento de la mano. Juan le colocó el brazo alrededor de los hombros.

—Hasta mañana, Diana —dijeron al unísono Iván y Luis, María no dijo nada, se limitó a dedicarle una mirada llena de odio a Diana, pero ella no se percató, estaba demasiado ocupada identificando la descarga eléctrica que le provocaba el contacto con Juan.

Caminaron agarrados y despacio, ninguno de los dos quería que acabara la noche. Diana se olvidó por completo de Paolo y de lo que había descubierto esa tarde, se limitó a escuchar a Juan, sus anécdotas sobre el trabajo la hacían reír. Ella le contó lo mucho que le gustaba Roma y que ese había sido el factor principal para aceptar el trabajo. Evitó hablar de su relación con Paolo, no era algo que quería que supiera Juan, ni algo que quería tener en mente. Llegaron al portal, la calle estaba tranquila, no se veían ni oían coches, ni gente…

—Ya hemos llegado, vivo aquí.

—Vaya, está muy bien, parece un barrio tranquilo.

—Sí, lo es. ¿Te apetece subir? —Diana se ruborizó.

—Claro, si me invitas a un café…

—Hecho —sonrió.

Le enseñó el apartamento, mientras se hacía el café. Estaba nerviosa, hacía tiempo que no estaba con Juan a solas… Respiró hondo e intentó tranquilizarse, no quería que las tazas tintinearan en la bandeja de camino al salón.

—Diana, hay algo que quería preguntarte… Llevó todo el día queriendo hacerlo pero… ¿Desde cuándo sales con el chico italiano? —Diana palideció. —No hace falta que contestes, es sólo algo que me causa curiosidad, lo siento.

—No, no pasa nada. Creo que llevamos saliendo sobre unas tres semanas… o un mes, más o menos, no estoy segura… ¿Por qué querías saberlo?

—Oh, es porque como pareces estar disponible todo el tiempo para estar conmigo…digo con nosotros, si tienes novio…me resulta algo raro que a él no le moleste que pases el día con nosotros…

—¿A Paolo? No te preocupes por él, es algo complicado…Ya te lo explicaré. Ahora no quiero hablar más del tema, vamos a tomarnos el café antes de que se enfríe. —Diana puso su mejor sonrisa para zanjar el tema.

—Me parece muy bien.

Al cabo de un rato, Juan miró su reloj, el tiempo pasa muy deprisa cuando uno se lo pasa bien.

—Bueno, creo que debería irme y dejarte descansar, mañana tienes que madrugar y es tarde. —Juan se levantó del sofá y Diana le imitó.

—Vale, pero… ¿sabrás llegar al hotel?

—Oye, ¿por quién me tomas? Tengo un excelente sentido de la orientación para su información, señorita —dijo falsamente ofendido.

—Usted perdone, caballero —Diana levantó las manos a modo de disculpa. —Es que sería una pena que te perdieras en tu primera noche en Roma.

—Sí, pero tranquila que no me perderé. ¿Nos vemos mañana?

—Si quieres…

—Claro que quiero, me gusta pasar tiempo contigo. —A Diana le ardía la cara, él la abrazó y le dio un beso en la mejilla, algo dentro de ella saltó como un resorte por el contacto con Juan.

—Hasta mañana, Juan. —Consiguió decir al separarse. —Mándame un mensaje para saber que has llegado bien.

—De acuerdo. Buenas noches, Diana.

—Buenas noches.

Una sonrisa enorme apareció en la cara de Diana nada más cerrar la puerta. Cogió el teléfono y miró la hora, era tarde pero aún podía llamar a Sofía.

—Hola, Sofi. Vaya qué rápido has cogido el teléfono…

—Hola. Sí, es que estaba esperando tu llamada. ¿Qué? ¿Qué tal ha ido con Juan?

—Bien, muy bien, ha sido encantador, como siempre. Hemos quedado en vernos mañana otra vez. ¿Sabes lo qué me ha soltado hoy en la cena?

—No, ¿el qué?

—Que lo que más le estaba gustando de Roma era poder estar conmigo…Bueno y me lo dijo al oído para que no lo oyera nadie más.

—Ooohhhh, qué bonito—. Sofía reía al otro lado del teléfono—. Y Paolo, ¿qué?

—Ah, eso, es otra historia, prepárate…Esta tarde le he pillado poniéndome los cuernos y hasta tengo fotos que lo demuestran.

—¡¿Qué?! Pero, ¿dónde? ¿Con quién?

—Pues en la oficina y con su secretaria, como era de esperar.

—¡Será cabrón! Bueno, era obvio que algo pasaba entre él y su secretaria pero, así, en la oficina… ¿Tú cómo estás?

—Bien, sorprendentemente, creo que según han ido pasando las horas lo he ido asimilando. Me ha dolido, pero… no sé, no me está afectando tanto como esperaba.

—¿Será cosa de Juan?

—No lo sé, esta tarde ha sido genial y después incluso ha renunciado a ir con sus compañeros a tomar una copa por acompañarme a casa…

—¿De verdad? Si es que Juan es un cielo… ¿Qué tal sus compañeros?

—Pues son dos chicos y una chica, los chicos son muy majos…

—¿Y la chica?

—La chica no tanto…No para de agarrar a Juan y de insinuar que hay algo entre ellos… Sé que no es así pero…

—Te molesta, ¿no? ¿Estás celosa?

—Sí, creo que sí, pero no sé por qué, Juan no es nada mío…

—Ya pero, eso es porque tú no quieres… Bueno, es tarde y tienes que descansar, mañana tienes que ir espectacular al trabajo para que Paolo vea lo que ha dejado escapar. —Dijo Sofía riendo. —Además, así después puedes lucir palmito con Juan…

—Claro, claro, te llamo mañana y te cuento, ¿vale? Y, Sofí… muchas gracias por estar siempre ahí.

—De nada, mi niña, para eso estamos… Que descanses y hasta mañana.

—Hasta mañana, Sofi.

Nada más colgar le llegó un mensaje de Juan.

"Querida, señorita, le informo de que ya estoy sano y salvo en mi hotel. Me ha encantado verte, hasta mañana, besos."

"*Estimado, caballero, me alegra saber que su sentido de la orientación funciona tan bien en el extranjero, jeje. A mi también me ha encantado verte, besos. "*

Hacía tiempo que no dormía tan bien, abrió los ojos antes de que sonara el despertador, estaba tranquila, relajada, como si lo que iba a pasar no fuera importante. Desayunó en una cafetería cerca del trabajo, cogió el móvil, miró las fotos que había hecho el día anterior y sin pensarlo dos veces se las envió a Paolo con un mensaje.

"*Me parece que tienes algo que contarme, ¿verdad?"*

Pagó y se dirigió con paso decidido hacia la oficina, era temprano así que la mayoría de sus compañeros aún no estaban sentados en sus sitios. Chiara la esperaba en recepción, Diana le dedicó una gran sonrisa para indicarle que estaba bien y ella a modo de respuesta le dio un apretón en el brazo.

La puerta del despacho de Paolo estaba abierta, así que entró sin llamar, le encontró sentado en el borde de la mesa con la mirada perdida, ni siquiera se percató de la presencia de Diana hasta que ella habló.

—Buenos días, Paolo. —Dijo mientras cerraba la puerta tras de sí. Paolo levantó la vista para mirarla, estaba guapísima. Llevaba un vestido verde de manga larga y unos botines negros.

—Buenos días, Diana —consiguió decir, aunque le salió una voz un tanto triste.

—¿Y bien? Tienes algo que decirme o, ¿me equivoco? —Diana sonreía irónicamente.

—Diana… yo… yo…lo siento… Supongo que si tienes esas fotos no hay mucho que yo pueda decir. No quería hacerte daño.

—Pues para no ser tu intención lo has bordado. Qué pronto te has cansado de mí… ¿Qué hay de lo que me dijiste en Nochevieja? ¿Esta es tu idea de una relación seria?

—No, en absoluto… Yo, supongo que soy así por naturaleza, no puedo cambiar… Pero, si te sirve de consuelo, eres la única persona por la que lo he intentado aunque, fracasé. De verdad que lo siento. —Realmente Paolo parecía arrepentido.

—Ya está hecho, ya no se puede dar marcha atrás. Desde hoy dejo de colaborar con vosotros. Pero, aún así, me gustaría que tú y yo pudiéramos ser amigos, Paolo.

—Entiendo que quieras irte, pero el contrato del apartamento finaliza dentro de un mes, puedes quedarte en él sin problemas, aunque me encantaría que siguieras con nosotros, porque eres una gran profesional y tu trabajo es excelente. A mí también me gustaría que fuéramos amigos. —Paolo la miró con sus inmensos ojos azules que tanto poder habían ejercido sobre ella—. Me ha encantado ser tu novio, Diana, eres preciosa, lista, simpática… El sueño de cualquier hombre y, te voy a echar mucho de menos. —Agarró a Diana por la cintura y la acercó a él, sin darle tiempo a reaccionar la besó.

—Paolo, a mí también me ha gustado ser tu novia y, también te echaré de menos —Diana notaba un nudo en la garganta. Esta vez fue ella quien le besó. —Adiós, Paolo.

—Adiós, Diana.

Cuando salió del despacho una sensación de paz la inundó, cogió aire y suspiró, no había resultado tan horrible, al final habían terminado bien, a pesar de que las circunstancias hacían presagiar lo peor. "*Bueno Diana, otra relación al traste… y en un tiempo record… Te estás superando."* Se rió de sí misma. Chiara la estaba esperando en su mesa, era la única amiga que había hecho en Roma, pero había demostrado ser una amiga de verdad, se despidió de ella, aún no sabía cuando regresaría a España y prometió llamarla para verse antes de irse. La despedida con el resto de los compañeros fue mucho más breve, tampoco podía dar muchas explicaciones sobre su repentina marcha, así que se alegró. Decidió sentarse en una cafetería, tomar un café y llamar a Sofía.

—Hola, Di. ¿Ya has terminado? ¿Qué tal estás?

—Sí, ya he terminado y estoy bastante bien, es como si me hubiera quitado un peso de encima y no lo entiendo, Paolo me gustaba mucho.

—Bueno, lo importante es que estás bien. ¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Cuándo vuelves?

—Pues aún no lo he decidido, Paolo me ha dicho que puedo

quedarme en el apartamento un mes más que es cuando termina el contrato…

—Muy amable por su parte, aunque teniendo en cuenta que te ha puesto una gran cornamenta… Qué menos.

—Sí, qué menos. —Diana rió amargamente, dos relaciones, dos engaños…

—Sé lo que estás pensando pero, no te preocupes, cariño, ya llegará. No todos los hombres son unos cerdos, mira Juan… ¿Vas a verle hoy?

—Habíamos quedado en vernos esta noche, ya que yo trabajaba todo el día pero, en vista de los recientes acontecimientos… Creo que le llamaré, me apetece verle.

—Muy bien, así te distraes un poco. Bueno, tengo que dejarte… Algunas seguimos teniendo trabajo. —Se rió—. Mantenme informada.

—Vale, no trabajes mucho. Besos.

—Lo intentaré. Besos.

Se terminó el café y sin perder más tiempo le escribió un mensaje a Juan.

"Hola, ¿qué tal va el día turístico? ¿Por dónde andáis?"

"Hola, el día bastante bien, ahora mismo vamos hacia La Fontana di Trevi, ¿qué tal tu día?"

"Mi día bastante bien, tanto que he decidido tomármelo libre y pasarlo contigo si te parece bien."

"¿De verdad? Pues claro que me parece bien bueno, mejor que bien… Ven a la Fontana, te espero allí, besos."

"Voy para ahí, hasta ahora. Besos."

No había demasiados turistas en Roma en esa época del año debido al frío, por lo que pudo ver a Juan enseguida, él miraba a un lado y a otro. La estaba buscando pero aún no la había visto, así que, se acercó despacio hacía donde estaba, hasta que sus ojos y los de Juan se encontraron, él sonrió y fue hacia ella para abrazarla.

—Hola. Estás preciosa, me alegro de que hayas venido. —Le dijo al oído. Ella aspiró su aroma, podría pasarse así todo el día, estaba a salvo, estaba en casa…

—Yo también me alegro de haber venido, me apetecía mucho pasar el día contigo. —Juan la separó para poder mirarla y le dedicó una sonrisa enorme. Luis e Iván le estaban haciendo señas a Juan para que se acercara a hacerles una foto.

—Perdona, será sólo un minuto —se disculpó.

—Tranquilo, no voy a ir a ningún sitio.

María se le acercó, saludándola con la mano y con una cara que denotaba las pocas ganas que tenía de ver a Diana.

—Hola, Diana. ¿No tendrías que estar trabajando? —Preguntó con suficiencia.

—Sí, bueno, digamos que soy tan buena en mi trabajo que me puedo permitir el lujo de tomarme el día libre si me apetece—. Sonrío forzosamente, María no le caía bien.

—Ah, ya veo. —Diana no le hacía caso, se limitaba a mirar a Juan, que seguía haciendo fotos a sus compañeros. —Pues has pillado a Juan aquí por casualidad, porque hoy pensábamos pasar el día los dos solos…

—¿Ah sí? Qué raro, porque no me ha mencionado nada de eso cuando me ha pedido que viniera hasta aquí. —María enmudeció—. Perdona, pero Juan me está llamando para hacernos una foto, hasta luego. —Ni siquiera la miró mientras se acercaba a Juan, María echaba chispas por los ojos.

Diana se sentó al lado de Juan en el borde de la fuente, él le rodeo con el brazo los hombros como siempre y con la otra mano cogió la de ella. Algo dentro de Diana se accionó, como si hubieran apretado un botón y apoyó su cabeza en el hombro de Juan.

No se separaron en todo el día, recorrieron los principales monumentos de la ciudad, de los que Diana les contaba anécdotas y curiosidades, algo que había aprendido de Paolo. Juan siempre iba a su lado, bien cogido de su mano, bien rodeándole los hombros y Diana estaba encantada. Cuando se puso el sol, Diana les propuso quedar para cenar y después llevarles a una de las mejores discotecas de Roma. A todos les encantó la idea, a todos menos a María. Llevaba todo el día sin hablar, con el ceño fruncido y de mal humor. Pero a los demás no parecía importarles lo más mínimo. Diana tenía que ir a su apartamento a cambiarse para la cena, así que Juan subió a su habitación y en veinte minutos estaba en el vestíbulo duchado y cambiado, listo para acompañarla.

—Bueno, señorita, cuando usted quiera, yo estoy listo. —Se había puesto unos vaqueros oscuros y una camisa azul marino con ribetes blancos, estaba muy guapo.

Juan le cogió la mano y salieron del hotel hacía el apartamento de Diana. Mientras ella se daba una ducha y se cambiaba, Juan se quedó viendo la tele en el sofá. En apenas media hora estaba lista, se puso una mini falda negra con un top blanco de encaje, se había recogido el pelo y unos mechones sueltos le caían por los hombros.

—Ya estoy lista —dijo entrando en el salón. Juan se había quedado dormido. Se acercó despacio y se agachó a su lado para quedar a la misma altura. —Juan—. le susurró al oído, pero él no se despertó. Le

acarició el pelo, no pudo resistirse más y le besó.

Juan abrió poco a poco los ojos, con una mezcla de sorpresa y somnolencia. *"¿Me acaba de besar o lo he soñado?*

—Vaya, lo siento, me he quedado frito—. Dijo estirándose y sentándose en el sofá.

—Sí, ya veo. Ya estoy lista así que, cuando quieras. —Diana se incorporó con una sonrisa.

—Estás preciosa —dijo levantándose del sofá, quedando delante de ella.

—Gracias —se quedaron los dos quietos, callados, sin apartar la mirada—. Será mejor que nos vayamos, los demás deben de estar esperándonos.

—Sí, tienes razón. Después de usted, señorita. —Hizo una pequeña reverencia y le sonrió.

—Gracias, caballero —contestó Diana riendo.

María se había pasado con el maquillaje, probablemente intentó en vano parecer más atractiva a los ojos de Juan. No pudo más que mirar perpleja a Diana cuando se sentó a la mesa con él. La odiaba y no estaba dispuesta a rendirse. La cena fue bastante silenciosa, sin duda el cansancio de todo un día de turismo estaba haciendo mella. Cuando terminaron ya algo más animados gracias al vino de la cena, Diana les guió hasta la discoteca. Allí bailaron como locos, Iván y Luis se fueron en "*misión de reconocimiento*", a buscar chicas italianas. María no se separaba de Juan y Diana. Cuando ya llevaban un par de copas Diana tuvo que ir al baño, lo que vio cuando salió hizo que se le parara el corazón y salió corriendo de la discoteca.

Diana apretó el paso y llegó al puente, había luna llena y su reflejo se difuminaba en el agua del río. Se tocó la mejilla, estaba empapada por las lágrimas. María había besado a Juan, no sabía que había pasado después, no se quedó para averiguarlo. Después de haber roto con Paolo esa misma mañana en ese momento tenía un popurrí de sentimientos. Se sentía triste porque no hubieran funcionado las cosas con Paolo, aunque habían quedado como amigos. Y luego estaba Juan, que desde que aterrizó en Roma apenas se había separado de ella, pero María no se había apartado tampoco, dejando claro que quería a Juan para ella solita, aunque él no le daba muestras de interés, al menos cuando Diana estaba delante. Sentía que había perdido su oportunidad con Juan y se dio cuenta de lo obvio, estaba enamorada de él.

—Por fin —la voz jadeante de Juan a su espalda la sobresaltó, rápidamente se secó las lágrimas con el dorso de la mano, pero sabía de sobra que él se daría cuenta de que había estado llorando. —Has corrido mucho…me ha costado seguirte, ¿estás bien? —Le giró la cara para mirarla a los ojos—. ¿Qué pasa, Di?

—Nada, no me pasa nada. —Pero, involuntariamente, puso una mueca de dolor.

—No me mientas, sé que algo te pasa, no se llora por nada. Te has ido sin más. ¿Es por Paolo? ¿Habéis discutido?

—No, no es por Paolo, ya no estamos juntos…

—¿Ah no? ¿Y eso?

—Pues resumiendo, era un celoso, posesivo y caprichoso. Se cansó de mí y me puso los cuernos con su secretaria…

—Ya veo… Entonces, si no lloras por Paolo… ¿Por qué lloras? Y, ¿por qué te has ido así?

—Pues, me he ido porque… porque… No creo que sea justo que te diga esto Juan, al fin y al cabo entre tú y yo no hay nada, ni siquiera sé si estás con María…

—¿Con María? ¿Lo dices en serio? Con María no tengo, ni quiero tener nada. Está pirada, si te hubieras quedado me habrías visto mandarla a paseo. Me tenía harto todo el día persiguiéndome… Espera, ¿estás así por eso?

—Sí, lo siento. Sé que no tengo derecho a ponerme así pero… cuando la he visto besarte… Ha sido superior a mis fuerzas.

—Ay Diana, Diana—. Le cogió la cara entre las manos y la besó. —Deberías saber que esa tía no te llega ni a la suela del zapato y que yo no tengo ojos para nadie que no seas tú… Te quiero, Diana, estos meses separados sólo han servido para alimentar cada día el amor que sentía por ti, esperaba que tú, algún día, sintieras lo mismo por mí. Cuando Sofía me dijo lo de Paolo se me cayó el alma a los pies, pero estos días que hemos pasado juntos…me devolvieron la esperanza. ¿Crees que podrás quererme algún día?

—No —Diana se puso seria mirándole a los ojos—. No, porque ya te quiero. Pensaba que te había perdido, no soportaba verte con ella, cuando te ha besado…No podía dejar de pensar que me estaba arrebatando algo mío. Siento haber tardado tanto en darme cuenta, haberte hecho daño con Paolo…Quiero estar contigo, Juan. —Juan la abrazó y volvió a besarla con mayor intensidad, con ansiedad.

Fue una promesa de amor eterno la que se hicieron esa noche sobre el puente. No sabían que les depararía el mañana, pero tenían el presente que era maravilloso. Diana volvería con él a España, Roma había obrado el milagro de arreglar su vida y volver a recuperar la felicidad y la ilusión que creyó perdidos. Empezaba una nueva etapa y prometía ser aún más apasionante que la anterior.

EPÍLOGO

Tres años después…

Sofía estaba sentada a los pies de la cama con su hija Ingrid en brazos. Mientras, contemplaba el reflejo de su amiga Diana en el espejo. Ésta ultimaba los retoques de su maquillaje. Estaba preciosa vestida de novia.

Sofía no podía evitar emocionarse al ver a su amiga y cuñada. Se acordaba de lo nerviosa que había estado ella el día de su boda con Manu, dos años atrás.

—¿Crees qué le gustará a Juan? —Le preguntó Diana sacándola de su ensoñación.

—¿Estás de coña? Le va a dar algo. Estás guapísima.

—Gracias, Sofi. Bueno…Pues creo que ya estoy lista para salir.

—Muy bien, es la hora —Sofía se levantó y se acercó a Diana. —Mi niña, sólo quiero que sepas, que te quiero y que te deseo toda la felicidad del mundo.

—Ay, Sofi… ¿Quieres hacerme llorar? Yo también te quiero y a esta princesita todavía más —acarició la cara de su sobrina.

—Venga, no nos entretengamos más o al final el novio va a pensar que no te quieres casar con él.

—Sí, como Manu, que le tuviste más de cuarenta minutos esperando—. Se rió Diana y Sofía con ella.

Tras coger una pequeña maleta con ropa para llevar al hotel donde pasaría su noche de bodas, Diana, Sofía y la pequeña Ingrid salieron a la calle donde les esperaba el coche que las llevaría hasta la Iglesia.

Su padre ya estaba allí, caminaba nervioso de un lado a otro de la acera. Una sonrisa enorme se dibujó en su cara cuando vio llegar el coche que traía a su pequeña. Sofía e Ingrid bajaron las primeras del coche, le dieron un abrazo cuando pasaron a su lado y entraron en la Iglesia.

No había nadie más en la calle, sólo padre e hija que se miraban felices.

—Cariño, estás…deslumbrante. Juan es un hombre afortunado.

—Gracias, papá. Estoy un poco nerviosa, así que agárrame fuerte por si me caigo.

—Oye, si no estás segura…podemos largarnos, no hay *“moros en la costa”* —rió.

—No, papá, no tengo dudas, el hombre al que quiero me está esperando ahí dentro.

—Eso es lo que quería oír. Entonces, ¿vamos?

—Sí, vamos —Diana se cogió del brazo de su padre y juntos entraron.

El principio del pasillo estaba en penumbras, pero según iban avanzando hacia el altar se iba iluminando cada vez más. Comenzó a sonar la música que anunciaba la llegada de la novia. Juan se giró nada más escucharla y se quedó con la boca abierta. Diana estaba radiante y no pudo evitar pensar: "*Va a ser mi mujer*."

La Iglesia estaba a rebosar, ninguno de sus amigos ni de sus familiares había querido perderse tal acontecimiento. En primera fila y, por expreso deseo de la novia, estaban sentadas sus mejores amigas y sus respectivas parejas. Sofía y su hermano Manu, con su pequeña sobrina. Laura y su prometido David. Y una embarazadísima Vanesa con su mujer, Inma.

Diana pasó al lado de sus amigas y no pudo evitar dedicarles una mirada y una sonrisa. Laura repartía pañuelos a destajo y eso que aún no había empezado la ceremonia.

—Hola, preciosa —dijo Juan en un susurro mientras se acercaba y le daba un beso en la mejilla—. ¿Nerviosa?

—Mucho —le contestó Diana también en un susurro.

El sacerdote salió de la sacristía y comenzó la ceremonia. Los novios decidieron decir sus propios votos matrimoniales, al estilo americano, lo que provocó que se emocionaran todos los invitados.

Cuando les declararon marido y mujer, se levantó todo el mundo de su asiento y comenzaron a aplaudir. Mientras, los recién casados se daban su primer beso como matrimonio.

El banquete fue muy divertido, se hicieron muchos discursos, brindis e incluso algún monólogo improvisado.

Cuando llegó el momento del baile, Sofía, Vanesa y Laura corrieron para colocarse las primeras.

—Está guapísima, ¿verdad? —Dijo Laura mientras se secaba una lágrima.

—Sí que lo está. Pero, Lau no empieces a llorar, que una está muy sensible y después no es capaz de parar. —Vanesa colocó un brazo alrededor de su amiga.

—Se les ve muy felices. Diana se lo merece, ella nos ha ayudado siempre a todas —Sofía observaba a su mejor amiga mientras bailaba, sus ojos se encontraron y ella levantó su copa a modo de brindis.

Terminó el baile, Diana besó a su ya marido y fue a abrazarse a sus amigas. Las cuatro reían y bailaban. Sus parejas las observaban divertidas.

Juan tenía en brazos a la pequeña Ingrid mientras, Manu le hacía carantoñas. David e Inma se habían acercado para hablar con el novio.

—La verdad es que tenemos mucha suerte —dijo David señalando a las chicas. —Son únicas.

—Sí, sí que lo son—. aseguró Juan.

—Y están como auténticas cabras… ¿Las estáis viendo? Es ver una tarima y pelearse por subir a bailar encima. Voy a ayudar a Vanesa, que con el bombo no es capaz ni de verse los pies.

—Pues corre, porque a Vanesa a cabezona no la gana nadie —le dijo Manu a Inma y los demás se echaron a reír.

Diana y Juan se lo pasaron en grande. Llegaron a la habitación del hotel agotados.

—¿Eres feliz, cariño? —Le preguntó Juan.

—Muy feliz, ¿y tú?

—¿No se me nota en la cara? ¿Tú qué crees? Soy el hombre más feliz del mundo.

—No me extraña, con la mujer que tienes—. rió Diana.

—Ven aquí, mujercita mía, que te voy a demostrar lo afortunada que eres tú. —Juan cogió a Diana en brazos y la tumbó en la cama. —Creo que vas a tener que ayudarme, este vestido parece de alta tecnología.

Diana se puso de pie sobre la cama, bajó la cremallera de su vestido y una cascada de granos de arroz y confeti cayó sobre Juan.

—Bueno, por lo menos tenemos para hacer una paella mañana.

—Sí, eso es verdad. —Diana tiró su vestido al suelo de la habitación, dejando a su marido boquiabierto. —Cariño, te estoy esperando… ¿Vienes?

Juan se desvistió en un abrir y cerrar de ojos, ansioso por estar con la mujer a la que tanto quería. Disfrutaron del resto de la noche y de parte del día siguiente, uno en brazos del otro. Ese era el primer día de su vida como marido y mujer. Era el primer día de los muchos que llegarían, cargados de sueños y de ilusiones por cumplir.

Fin.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mi marido Sebas, por estar siempre a mi lado y cuidar de mí.
A mis primas: Ana, Alba y Sara. Por leer mis historias. Especialmente a Ana, por ser mi primera lectora y por pedirme siempre más.
A mi hermana Noelia, por sus correcciones y críticas (siempre constructivas, claro).
A mi hermano Roberto, por saber convertir en ilustraciones mis pensamientos. Eres un artista.
A mis padres, que me apoyan y me animan a seguir siempre adelante.
A mis abuelos: Francisco (que me cuida desde el cielo), José, Adelia y María. Por inspirarme con sus historias y por transmitirme el amor por la lectura.
A mis amigas: Ale y Bea, por su cariño y amistad. A Bea, por ser un pilar fundamental en mi vida. Y a Ale, por ser una fuente constante de alegría y positivismo.
A Uxía, por sus recomendaciones literarias y por su ayuda.
A las demás personas de mi vida, a las que quiero. Familia y amigos, que aunque no ponga todos los nombres (porque sois muchos) os tengo muy presentes, porque todos de alguna manera habéis contribuido en esta novela.
Y por último, aunque no por ello menos importante, un gracias muy especial. A ti lector, porque ¿qué sería de un escritor sin sus lectores? Muchas gracias. Espero que nos sigamos encontrando en el camino.

Conoce más sobre la autora y sus novelas en:

www.bblotk.com

¿Todavía no has entrado en La Cueva?

https://www.facebook.com/groups/LaCuevadeLorenaLopezMiguez/

Grupo de Facebook creado por mis lectoras, en dónde se comparten noticias y contenidos exclusivos, ¿te lo vas a perder?

O sigue sus páginas en Facebook:

https://www.facebook.com/LorenaLMEscritora

https://www.facebook.com/bblotk